













Sandra C. Pulido Chaparro

Hija de Blanca Ligia Chaparro. Psicóloga y Especialista en Filosofía de las Ciencias de la Universidad El Bosque. Docente e investigadora de la Facultad de Psicología. Su labor académica se enmarca en la psicología social y cultural y en los métodos de investígación en las Ciencias Sociales. Sus proyectos de investigación se han centrado en el análisis de procesos de socialización a través de la agresión, como, por ejemplo, las representaciones sociales sobre el castigo y el maltrato; las pautas, creencias y prácticas de crianza en diferentes contextos sociales y las representaciones sociales en la resolución del conflicto en la pareja. Ha trabajado en la elaboración e implementación de proyectos psicosociales. Como complemento y resultado de todo lo anterior la escritura es un accidente necesario de su cotidianidad.





Álbum de retazos. Usaquén historias entrecruzadas

Sandra Carolina Pulido Chaparro



Álbum de retazos.

Usaquén historias entrecruzadas.

Sandra Carolina Pulido Chaparro

Proyecto Ganador del Programa Local de Estímulos y Apoyos Concertados Usaquén 2011. Alcaldía Local de Usaquén. Pulido Chaparro, Sandra Carolina. Álbum de retazos. Usaquén, historias entrecruzadas.

ISBN: 978-958-44-9493-1

Copyright: Sandra Carolina Pulido Chaparro.

Copyright: Programa Local de Estímulos y Apoyos Concertados Usaquén 2011. Alcaldía Local de Usaquén.

Editora: SANDRA CAROLINA CHAPARRO, Universidad El Bosque, Alcaldía Local de Usaquén y Universidad de Cundinamarca.

Corrección de estilo y co–edición: Juana Mª Marín Leoz, Pontificia Universidad Javeriana.

Asesoramiento literario: Jaime A. Montaña Domínguez, Universidad El Bosque y Universidad El Rosario.

Diseño Portada: Nereyda E. Comas, Universidad Nacional de Colombia.

Ilustraciones: WILLIAM A. COMAS,

Diagramación: PATRICIA MONTAÑA DOMÍNGUEZ.

Al primer amanecer de muchos. *La vie en rose*, Edith Piaf

Y a todos mis muertos, en especial a mi tía Elizabeth



Agradecimientos

A Juana y Jaime, mi pocho, mis pilares para la creación del libro; gracias por la confianza diaria, la paciencia de escuchar las historias en cualquier momento, por soportarme mis momentos intensos y monotemáticos y, sobre todo, por darme un lugar para estar. A mi familia, mi mamá, por enseñarme a luchar diariamente, la nena y Naruto, mis niños bonitos, por seguir creyendo en los riesgos de la loca y ser lo más mejoradito de la familia

A todos los que creyeron en la locura de hacer esto en tan poco tiempo y que con sus frases y su compañía me dieron la confianza para seguir adelante, especialmente a Ana María Salazar, por su voto de fe, y a Ana Isabel Mendieta, por ser particularmente ella.

A Simón, que todavía no ha nacido pero que ya es uno más, que espero algún día lea una de las historias de la tía y pueda entenderla más, a Carmen, la artista de la familia, y por su puesto a sus padres, y los de todos, Lluis y Mária I.

A mis estudiantes, en especial a aquellos que me ayudaron con una cita, un contacto, una foto... Henry Ayala,

Álbum de retazos

Carolina Álvarez, Jorge Cardozo, Andrea Cabrera y Santiago Sánchez.

A todos los que están lejos topográficamente pero que siempre están muy cerca, Mayi, Juanita, Laura, Benjo, Hernán, Alejandro, Luisa, Nerea, Garrido, Víctor y los que todavía no he conocido en el otro continente

A los que fueron parte de este proceso pero que el tiempo no permitió construir sus historias, sus palabras son también parte de este libro, la profe Estella Valenzuela, una maestra en todo el sentido de la palabra, Camila Gonzáles, una estudiante que se busca en la música, y Mary Luz Domínguez, una luchadora que le canta a la vida

Y a cada uno de los protagonistas de este libro por permitirme dibujar con palabras un trozo de sus historias.

¡Gracias!

Introducción

Álbum de retazos. Usaquén historias entrecruzadas es un proyecto que se enmarca en la "Convocatoria de Estímulos y Apoyos Concertados" de la Alcaldía Local de Usaquén del año 2011, cuyo proceso de creación se materializa en un libro que narra esas historias anónimas y cotidianas que, en conjunto, construyen un rompecabezas de testimonios que se entrecruzan en un territorio concreto, Usaquén.

El proceso de elaboración partió de un trabajo de investigación articulado en la realización de entrevistas a profundidad a los vecinos de la localidad. Estos fueron seleccionados a partir de la técnica cualitativa "bola de nieve", a través de la cual un participante me llevó al otro hasta llegar a la saturación de la información. La búsqueda de los protagonistas ubicó aquellos espacios de intercambio de la palabra que permitieran la construcción de otro tipo de narrativas no tan linéales, aquellas que surgen de la espontaneidad del sonido de la misma voz, que juegan con el eco de quién la recibe y se mezclan, por ejemplo, en un lugar impregnado de café. En estos espacios, he escuchado tantas historias, historias que se

Introducción

narran de mil formas, historias con sentidos, historias que dejan entrever fragmentos de la vida. En conjunto, unos relatos que recogen vivencias de jóvenes, adultos y ancianos de diferentes estratos socioeconómicos, credos, orientación sexual... que comparten una característica común, vivir o haber vivido en Usaquén y que conforman así una cartografía multicultural de la localidad.

Después del trabajo de campo, a partir de las observaciones realizadas, las narraciones resultantes de las entrevistas y, además, de los instantes de quiebre que se dieron en las conversaciones, de los gestos inesperados, de las miradas lejanas, de los brillos en los ojos, de los nudos en la garganta, de las carcajadas, de los silencios, de las lágrimas contenidas... se construyó una imagen estética, basada en una anécdota, imaginaria, real, racional, compleja... de cada uno de ellos. Un compendio de relatos que componen este Álbum de emociones y momentos de vida compartida en la localidad.

Las historias que finalmente dan vida a este texto están tituladas a partir de un nombre propio, que no se corresponde con el nombre de los entrevistados, que hace parte de ese universo de etiquetas en el que nos movemos constantemente. La elección de los nombres es una invitación a que el lector vaya más allá de la simple etiqueta, más allá de lo seres anónimos y extraños que se encuentran en las calles, como Amaia, Felipe, Rosa, Zara, y se permita escuchar y observar las historias como yo pude sentirlas, leyendo, entre líneas, lo frágil, paradójica, fugaz, eterna y compleja que es la vida y, por segundos, se sienta parte de ellas.

Prefacio

Camino por cada una de las calles del barrio donde vivo, observo los edificios nuevos que están construyendo, cada cuadra me evoca una parte de mi historia. Sigo caminando al lugar de la cita, mientras tanto hago un chequeo mental de las preguntas de la entrevista y me pregunto por mi primera experiencia en la localidad. Me llegan imágenes entremezcladas de la clínica El Bosque, las cuadras de lotes, el verde por todo lado y mi cabeza se va a una de las habitaciones de la clínica, la nostalgia me invade. Recuerdo la muerte de mi tía a sus 33 años y, sobre todo, su lucha y su apuesta por vivir. Veo estas calles llenas de muchísimas otras historias, pero prevalecen los recuerdos de mi tía, cuando ella me festejaba cada uno de mis cuentos; mis nuevos pasos de baile; me enseñaba a hacer melcochas y yo me volvía, como siempre, una melcocha más; le gritaba, ¡tía; mira que puedo montar la bicicleta, sin las manos, sin los pies... luego me veía caer y me sonreía, solo me decía, eres una loca. Era como si gozara con toda mi existencia. Vuelve a mí la sensación que tuve cuando me enteré de su muerte, lo extraño de sentir que el mundo seguía sin ella.

Álbum de retazos

Las calles son como fragmentos de memoria que me recuerdan mi presente y mis posibles recuerdos futuros. Me pregunto por cada parte de Usaquén, las que no conozco y las que siento mías. Llego al sitio señalado, al lugar de mis encuentros, Juan Valdez, ese espacio en donde puedo sentir al otro a partir de la palabra y atreverme a entenderlo bajo otra lógica. Estoy esperando a mi entrevistado, siento la angustia previa de romper el hielo, de poder desarrollar la empatía de la que hablan los expertos. Me antojo de un cigarrillo, pero prefiero continuar con mi promesa de no caer. Mientras espero a ese otro me tomo un café, siento su aroma, su sabor amargo, me pierdo en mis pensamientos. Llega mi entrevistado, nos presentamos, siento la adrenalina de empezar. Hago la pregunta inicial, ¿cuál fue su primera experiencia en la localidad? Lo escucho, observo su mirada, sus reacciones... trato de sentirlo para poder capturarlo en una imagen y escribir a partir de una emoción particular. Espero sus respuestas, pienso en la pregunta que pueda salir a partir de lo que me muestra ¿ha vivido algún momento irreal e ilógico? Me escapo al momento en que llegué a Usaquén. Recuerdo cuando salí de mi casa sin autorización de mi mamá, metí mis maletas, mis libros y mi cama en ese camión chiquito. Llovía y solo me preocupaba que a mis libros no les pasara nada, eran mi tesoro. Llegué tarde y el apartaestudio que había arrendado no tenía portería. Esa noche me quedé sola y comencé a sentir todos los ruidos de la calle y del edificio, era como si me hubiera puesto unos auriculares en mis orejas y todas las realidades se hicieran posibles a través de los ruidos. El día siguiente era sábado y llegué en la noche al apartamento. Al acercarme a mi puerta, escuché a mi vecina

Álbum de retazos

gritar como desesperada. Mi paranoia y mi imaginación me hicieron pensar que le estaba pasando algo, miré su puerta y estuve a punto de timbrar o llamar a la poli-cía, pero el frío y la hora me detuvieron. Mientras metía la llave en mi chapa, comprendí que esos gritos eran de placer. Fue así como descubrí que mi vecina todos los sábados por la noche sentía el goce en su cuerpo; y que a la mañana siguiente todavía tenía energía para hacer aseo con la música de Sabina. Así que sin querer, la conocí a partir de sus ruidos.

A medida que la entrevista avanza, la tensión disminuye. Trato de develar lo que me dice el timbre de la voz del entrevistado. Busco preguntas que generen reacciones, para a través de ellas ver momentos de fractura, de quiebre, de rompimiento. Toda mi atención está puesta en sus respuestas, me siento como en una montaña rusa, subo y bajo con sus experiencias. Me siento romántica y deseo regalarle un dibujo con palabras de su historia. Espero a que termine para hacer las preguntas que construyen el perfil del personaje. ¿Una frase que se repita en su cabeza? Pienso en cuando conocí a Frida Khalo v en la frase que marcó mi existencia, ¡viva la vida! Sigo preguntándole por sus gustos, sus miedos... algunas de sus respuestas me hacen reír, otras me hacen reflexionar. Al terminar, le doy las gracias, me despido y comienzo a sentir la tensión de la construcción de la historia.

Me voy a mi casa, pienso en sus palabras, en sus frases, en los momentos en los que me sentí identificada con sus emociones; me veo reflejada en un espejo de múltiples tonalidades. Con los recuerdos de mi entrevistado, siguen resonando en mi cabeza los míos, Frida, Usaquén, la vecina, mi tía... pienso en la última sensación que me acompañó al lugar de la entrevista, que el mundo seguirá girando sin ella. Al repetirla me siento frágil, pero esa fragilidad me hace sentir más viva, me da fuerza para escribir, me anima a escuchar a cada uno de los entrevistados y a comprender que ellos y yo estamos en el mismo escenario vital tejiendo nuestras propias historias.



Amaia

"Esta es la vida que yo quería para mí, pero no es la vida que tú querías para mí". Quique González, Doble Fila.

Es un día lluvioso, el frío de Bogotá me entra por todo el cuerpo y los huesos empiezan a dolerme por la humedad. El tinto me calma un poco, pero la sensación persiste en mi cuerpo y me hace recordar el invierno en Pamplona. Me escapo a la nieve, a esa sensación mezclada de dulzura, paz, frío, silencio... a esos momentos de alegría. Me da una nostalgia profunda al sentir mi pasado, trato de distraerme y ver a través del vidrio, pero los recuerdos siguen llegando intensamente. No hay muchas personas en Juan Valdez; veo a la gente correr huyendo de la lluvia y a los automóviles hacer malabares para pasar un hueco y, por supuesto, no faltan los pitos sonorizando este caos. Todavía no entiendo esa necesidad compulsiva de pitar por todo. De nuevo me pregunto por qué estoy en Colombia, automáticamente me vienen las imágenes de mi ida. Recuerdo cuando les dije a mis amigos que me iba para Colombia, me hicieron cara como si yo

\frac{1}{7}

17

estuviera loca, no creían que me fuera a quedar, siempre les pareció una broma. Además, como después de terminar el doctorado estaba trabajando en una clínica psiquiátrica, creían que el lugar me estaba afectando. No fue nada fácil decirles a mis padres que me iba, y más a un país que tiene fama de ser uno de los más peligrosos del mundo, porque quería buscar mi propio camino. Mi familia es muy unida y sintieron que una parte de ellos se desgarraba, la juiciosa, la estudiosa, la memoriosa, la niña ejemplar para mostrar... los dejaba solos. Mi madre siempre me ha apoyado en mis decisiones, ese día me respondió que ella solo quería que estuviera bien. Pero para mi padre, el hombre de la casa, ese macho español que evita mostrar todas sus emociones, el que se le fuera su hijita mayor fue un golpe muy duro. En los días antes de irme, no me hablaba, se movía de un lado a otro y sentía que no sabía qué hacer. Su dolor no pudo guardarse más y cuando cogí las maletas para irme al aeropuerto, empezó a llorar como un niño chiquito; fue tan doloroso ese momento, verlo así me hizo sentir un cuchillo en el estómago. Alcé las maletas cargadas con todas mis fuerzas para irme, reuní mis pocos alientos para llegar al aeropuerto y traté de recordar, aunque con poca claridad, todos los motivos para partir. Y es que irse es sentir, literalmente, que te rompes en pedazos, para con el tiempo coserte y reacomodarte cada una de las partes.

Entra un viento frío por la puerta, me llega a todo el cuerpo y este se mueve instantáneamente al sentirlo. Junto las manos para calentarme y veo llegar a una pareja un poco mojada, a la que el calor que les da el roce de sus cuerpos les hace olvidar la lluvia. El brillo de sus ojos y el cariño de sus expresiones me hacen recordar

ese amor torturante, angustiante, que me ahogaba cada vez y me hundía en ese abismo sin salida. Sabía que no podía seguir así con mi vida; ese fue uno de los grandes motores para mi búsqueda de una distancia atlántica, para poder encontrarme y no destrozarme más, como un adicto tratando de huir de su droga. Trato de pensar en otra cosa, intentando entender por qué estoy aquí. Vuelvo a mirar a través del vidrio, cada vez más opaco por la humedad, y aparece otra imagen, mezcla de alegría y dolor, el recuerdo de cuando estaba a punto de aterrizar en la Sabana. El avión se movía un poco y mi cuerpo sentía todas las emociones al tiempo. Estaba completamente alerta, como si ese estado me permitiera tener el control del avión y saber que no iba a pasar nada. Al escuchar las llantas tocar tierra, la gente empezó aplaudir, me sorprendió tanto, nunca había visto eso antes, era el reflejo de la mezcla entre alegría y descanso al sentir su tierra. Después, llegan mis primeras imágenes de Colombia, mujeres con ropas muy ajustadas, las famosas latinoamericanas apretadas, muchos policías en el aeropuer- to, como si llegara una persona muy importante, y los funcionarios de emigración y sus preguntas surrealistas: ¿la ropa que trae en la maleta es suya?, ¿qué va a hacer con ella?, ¿tiene intención de venderla?, ¿lleva más de mil euros en efectivo?, ¿verdad que Cristóbal Colón era español?...

Miro mi reloj y sigo esperando. De nuevo esa lluvia bogotana que genera trancones metafísicos que paralizan la ciudad y que nadie puede explicar. Saco unos exámenes de mis estudiantes para leer, pero los recuerdos continúan. Las primeras imágenes que recuerdo al pisar el otro lado, las de Colón y la reina Isabel solos y perdi-

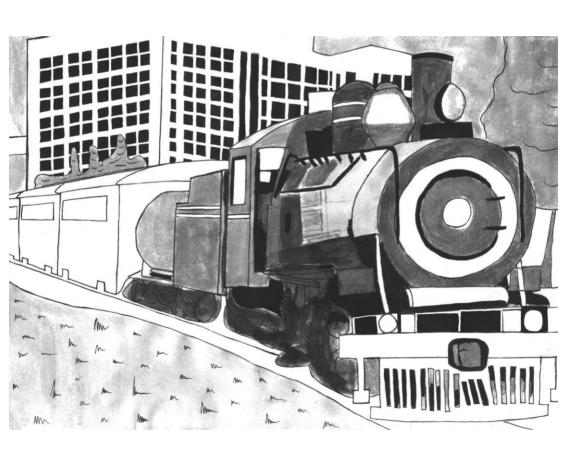
19

dos en esta ciudad gigante, me hacen pensar en mí; en que lo único que quiero en mi vida es compañía, el sentir otra vez un cuerpo a mi lado, en encontrarme y sentirme bien. La mayoría de la gente piensa que soy lo más racional; desde chiquita, en el colegio, sacaba las primeras notas, mi memoria siempre me ha ayudado a estudiar con facilidad, a grabarme cosas, fechas, nombres, definiciones... a entender con más rapidez. Pero, precisamente, eso no ha sido más que un caparazón que he usado por mucho tiempo, porque es lo que conozco y manejo; pero la verdadera Amaia es un acertijo para el que todavía no encuentro respuesta, tal vez porque cada vez tenemos más capas detrás de las que escondernos. Leo la respuesta de uno de mis estudiantes, pienso en como escriben, la ortografía es algo que está en desuso aquí, es tan raro hablar el mismo idioma y encontrar tanto baches en la comunicación. Igual que cuando estás enamorada. La lluvia está bajando un poco, sigo esperando, pero siento que no vendrá. Desde que llegué de España, me estuvo llamando de forma insistente, como gueriendo que volviera, que botara lo poco que he construido solo por sus besos. No puedo creer que haya caído tantas veces por sus trozos de amor, aunque yo ya no creo que esto sea amor, sino una forma de hacernos daño constantemente.

Me llamó y me dijo que nos viéramos, que había venido a Colombia a pasar las vacaciones, pero sus palabras ya no me llegan como antes, mi cuerpo ya no reacciona ante su voz, siento que estoy saliendo de ese hueco oscuro. Timbra el celular, me dice que ya viene, que estaba en un trancón. Me repite insistentemente que espere, que no me vaya. Sus palabras resuenan en mi cabeza, esperar más, más tiempo, ¿por qué? Mi pregunta de por qué es-

Álbum de retazos

toy en Colombia retumba, no se suponía que había roto y desatado todos esos nudos que me ahogaban, pareciera que sigo en otro continente haciendo más nudos irrompibles. Siento de nuevo la incomodidad de haber sido por mucho tiempo la otra y no quiero jugar a ese círculo vicioso... Me miro en el reflejo del vidrio y trato de responder de nuevo ¿por qué estoy aquí? Cojo el vaso vacío del tinto, lo arrugo con toda mi fuerza, decido pararme y mojarme con la lluvia, sentir el frío por todo el cuerpo y no esperar más, no dar más marcha atrás en mi decisión. Camino y camino, cada paso que doy me fortalece más, es como si por fin todas las promesas incumplidas dejaran de importar, como si ese pasado del que tanto había huido lo estuviera dejando ir a cada metro, apostando conscientemente a construir mi presente día a día en este continente tan lejano al mío.



Beto

"Nadie es como otro, ni mejor ni peor. Es otro" Jean Paul Sartre.

¡Señorita! Venga le cuento un cuento para su libro. Pacho, mi amigo, era portero como yo. Siempre llegaba a la misma hora, a las 7:00 a.m., y trabajaba en unos apartamentos cerca a la 142. Él era de Sucre, Córdoba, y tuvo que llegar a Bogotá por cosas de trabajo, buscando una mejor vida, como yo. Allá en Sucre, los dos trabajábamos en el cultivo, con el azadón, jeso sí era un trabajo difícil! y bueno, a cada cual. Pero venga le cuento de Pacho. Nosotros de vez en cuando nos reuníamos para hablar y echar carreta, porque nosotros no podemos jugar o hablar mucho con la gente, y menos con los propietarios de los apartamentos, pero uno se da sus mañas para distraerse. Por las noches, cuando nos podíamos escapar un rato, los porteros de la cuadra nos sentábamos a jugar parqués o contar chistes verdes, esos chistes que no le puedo contar a una señorita como usted porque son súper picantes.

Un día de agosto, yo vi al Pacho muy pensativo, tanto que no hablaba. A mí se me hizo muy raro, porque la verdad nosotros somos amigos desde hace rato y nunca lo había visto así. Le pregunté, ¿qué le pasa viejo Pacho? No me contestó y no quise seguir molestando, porque él siempre ha sido como tímido. Luego pensé, será que se enojó conmigo por alguna chanza que le hicimos con el William, otro de los compañeros de la cuadra; o será que el administrador o alguno de los dueños del conjun- to se la tiene montada. Desde ese día, el Pacho andaba todo pensativo. No contaba ni las moscas, estaba rarísi- mo, pero la verdad yo no le paré muchas bolas. Y es que, sabe señorita, por ese tiempo preciso, vo andaba un poco afectado porque un escolta me había puesto un arma en la frente. ¡Imagínese eso señorita! Venga le cuento. En la portería, uno tiene que obedecer las reglas. Aquí en el conjunto, cada propietario tiene un solo parqueadero y claro, si a los propietarios se lo utilizan sin permiso se quejan, y uno tiene que respetar eso porque ellos son los que manda. Todos pelean por lo suyo. Entonces, preciso el escolta que acompañaba al notario ocupó otro parqueadero del conjunto y aunque yo le dije que no podía dejar el carro ahí, se hizo el bobo. Entonces, la dueña del parqueadero me llamó y me dijo, Beto, por favor, necesito que desocupen mi parqueadero. Y ahí fue. Le dije al escolta, por favor, quite el carro del parqueadero, mire que la dueña está molestando. El tipo no aguantó que yo le subiera la voz, me pegó con el radio y me rompió la frente. A mí no me importó y me le mandé encima; él me puso el arma en la frente y, no sé, pero yo no me iba a dejar, y menos de él. El tipo, con la pistola en mi cabeza y viendo mi reac-ción, me pegó en el estómago y se fue. Eso me marcó esas semanas y por eso no estaba pensando tanto en el Pacho, sino en la vida y en la muerte. En las noches, Pacho seguía igual de raro, hasta que un día dejó de ir a nuestros encuentros. El día de descanso, lo busqué en su portería. Le pregunté que qué le pasaba, que dejara la bobada. Él conmigo era bien. Entonces me dijo, Beto, tengo que contarle algo, y yo le dije, ¿qué?, cuénteme. Pacho no sabía cómo decirme, es que él siempre ha sido callado. Vi que se ponía rojo y le dije, Oiga, deje la bobada, que está hablando conmigo. Arrancó, ¿se acuerda de la dueña del 405?, la que vive sola. Y entonces me contó; que ella lo saludaba muy amablemente todos los días, que si esto que si lo otro, y va, a lo último, se puso nervioso y me dijo que le gustaba. Yo lo único que le dije fue que dejara la bobada, que si seguía así lo iban a echar, que uno tiene que obedecer las normas del edificio y respetar a los dueños. Él me miró a los ojos y me dijo, lo sé, no le diga a nadie. A mí me pareció que si iba por ese lado iba a perder lo de la papa, por lo que seguí dándole consejos. No recuerdo muy bien lo qué le decía, yo solo quería que dejara las cosas así, a uno le tienen completamente prohibido meterse con alguien en el trabajo, ni tan siquiera con las empleadas de servicio. Señorita, eso del amor aquí en el trabajo se respeta. A mí me caía muy bien el Pacho y por eso le dije que no se metiera con nadie del edificio, porque si uno quiere ser feliz, uno no se mete para nada con la gente dueña, eso es hacerse mucho daño. Total, el Pacho es de esa gente como soñadora y se enamoró de la dueña del 405. Como yo era el único que sabía me contaba todo, a la hora que llegaba, a la hora que salía, la ropa que usaba, los hombres que la frecuentaban, incluso sabía el color y vestido que más usaba; recuerdo que me decía, el rojo se le ve tan pero tan... Nunca me terminaba la frase y sus ojos se iban para otro lado. Los sábados de parqués, an-

tes o después del juego, se habían convertido para Pacho en su momento de confesión. Yo le decía siempre, Pacho deje ese cuento que no va para ningún lado, se va meter en problemas. Hasta que un día, él no apareció. Pasó una semana, un mes; le mandé a decir con todo el mundo que se comunicara conmigo, pero nada, y me dije, jy ahora a este verraco que le picó! Yo seguía llamándolo y no me contestaba el teléfono. Hasta que un día, la señora del aseo me dijo que lo había visto con la señora del 405. Yo pensé, malo malo esta señora lo metió en problemas por andar de enamoradizo. Pero doña Patricia, la señora del aseo, que ella es, mmm, no sé cómo explicarlo, me dijo, no sé, pero esos dos tienen algo. Ya está, pensé, a esta señora se le corrió algo, pobre Pacho, ¿cuándo una señorita de plata se fija en uno como uno? Es como para meterse en problemas, o no, señorita. Total que a los seis meses de que se me perdiera, ese verraco apareció; lo único que me dijo fue, estoy bien, me echaron y ahora vivo en el 405.





Catalina

"... gente que da la vida, que infunde fe, que crece y que merece paz, gente que se funde en un abrazo en el horror y que comporte el oleaje de su alma". Presuntos implicados, Gente.

Todavía me levanto con la imagen de esa última vez que la vi. En sus ojitos se veía un gesto de pregunta, como tratando de entender a su corta edad el mundo; ese mundo que a algunos les reparte la mejor tajada y a otros solo migajas. A veces, me pregunto por ella, por su vida, por toda esa historia que vio, por todo lo que sufrió y que seguramente no puede olvidar. Recuerdo el día que llegué al jardín público Obra Suiza. Después de caminar por horas y ver durante el camino el cerro en todo su esplendor, me encontré con 200 niños hermosísimos; cada uno con sus particularidades, sus diferencias, sus historias... todas esas circunstancias que nunca pidieron tener, pero así es el azar de la vida, tú no pides en que cuna nacer. A los pocos días de estar en el jardín, llegó Cata. Su mamá la dejó en la puerta, ella atravesó la entrada toda calladita, frunciendo el ceño y mirando a todo el mundo con

desafío, apenas tenía 4 años. Cuando la vi, fui por ella y me presenté, Hola, buenos días, soy Alba, la directora. Ella me respondió, Yo soy Catalina, pero todo el mundo me dice Cata. Le di un beso de bienvenida, le cogí la manito v sentí la ternura de tener entre mis dedos sus diminutos deditos. Ella me miró y me agarró fuertemente. Le seguí hablando envuelta en la dulzura que despertó en mí ese rostro de niña grande. Me preguntó si ya había comido y si tenía esposo e hijos, haciendo todo un interrogatorio a esa gigante que la había recibido. Yo me agaché y le respondí a los ojitos, tengo dos hijos adorados, Santi y Camila. Le di un beso en la mejilla y la llevé a su clase. Cuando pasábamos por párvulos para ir a su salón, ella abrió los ojos al ver a todos esos niños chiquitos. Me preguntó ansiosa, ¿los puedo cargar? No Cata, no los puedes cargar, pero luego te los presento. Me sonrió y me dijo, tan chiquitos, son nininos, yo ya soy grande y te puedo ayudar. La miré de arriba abajo, me fijé en sus ojitos vivos, sentí que era una niña que había crecido demasiado rápido, era una niña grande en un cuerpecito de pitufina. Llegamos a su salón, al abrir la puerta ella se quedó observando a todos esos niños sentados en sus puestos y me cogió la mano duro. Pero, cuando la profesora la llamó no dudó ni un segundo en ir corriendo con los otros niños. Desde ese día, Cata tuvo que ver con todo lo que pasaba en el jardín, corría por todo lado, brincaba como un resorte, le gustaba jugar en cada momento, como si en cualquier instante se le fuera a acabar ese pedazo de felicidad. Era la líder del curso, todos le hacían caso y, mejor así, porque cuando no lo hacían o no le prestaban el juguete les pegaba un puño. Su madre siempre le enseñó a no dejarse de nadie.

Álbum de retazos

El día que compramos la piscina de plástico para los niños, les enviamos una nota en el cuaderno para que los mandaran con su vestido de baño. Ese día Cata llegó triste y nos dijo que la mamá no le había dejado traer su vestidito; yo le pregunté, y tú ¿te quieres meter? Ella me miró sorprendida, en sus ojitos se veía un destello de luz, como diciéndome que sí, pero sin guerer decir nada. Le pregunté de nuevo y movió su cabecita, le dije, bue- no, te puedes poner una camisita y ya, no hay problema. Ella me dio un beso en la mejilla y me dijo, voy a ser la mejor nadadora. Pasó el día feliz en la piscina, jugando con sus amiguitos, sonriendo todo el tiempo. Me encantaba verla así. Al otro día, su mamá llegó ofendidísima porque le habíamos dejado jugar en la piscina. La traté de calmar, le dije que Cata solo era una niña, que había que dejarla disfrutar. Ella exclamó, después Cata me va pedir piscina y yo ni tengo plata para pagar el cuarto. Yo la miré y le dije, mi señora, tranquilícese, usted tiene una hija muy inteligente y va a entender si usted le explica que la piscina solo está en el jardín. En ese momento, la señora apretó la mandíbula, pero no pudo evitar estallar en llanto. Es que no le puedo dar de comer a mi niña, solo tengo pan y aguapanela. Mi señora, aquí le tratamos de dar comidita y Cata se la come toda. A veces le damos más, para que ella tenga más fuerzas. Si puedo, le pongo lo que queda en su lonchera para que tenga que llevar a la casa, pero usted sabe que eso puede ser un problema porque si lo hago con Cata, los otros niños también van a querer y se me arma un lío en el jardín. La señora me miró y me dijo, no directora, no la quiero meter en problemas, yo la entiendo, pero a veces me desespero por la falta de plata. Hace dos semanas que no me llaman para limpiar casas y me preocupo por la niña. Le respondí, mi señora tenga fe que algo le llegará,

mientras tanto deje a Cata disfrutar y ser feliz en la piscina. Ella me miró, asintió con la cabeza, sacó un papelito arrugado que tenía en su bolsillo y se limpió rápidamente los restos de lágrimas. Me dio las gracias y se fue.

Desde el primer día, Cata me generó mucha dulzura, sentía que me enseñaba mucho; ella podía disfrutar con tan poco y ser muy feliz. Siempre me buscaba para que cantáramos, Mambrú se fue a la guerra, que dolor que dolor que pena, o me cogía de la mano para que la llevara a ver a los niños de párvulos, ese era su plan preferido. Un lunes de septiembre Cata no fue al jardín. Se me hizo tan raro que llamé a su casa. Nadie respondió, no entendía como en un inquilinato en el que vivía tanta gente nadie me cogía el teléfono. Sentí algo extraño por todo el cuerpo, como un presentimiento, preocupada porque sabía que Cata el fin de semana solo comía pan y aguapanela, pensé que podía haberse enfermado. Decidí pasar por su casa y aprovechar también para hacer otras visitas que tenía pendientes. Cogí una bolsa y la llené de comida para llevársela a Cata. Me fui caminando. Mientras subía a lo más alto del cerro, trataba de responderme qué podía haberle pasado a Cata. Pensé en que se había puesto enfermita, en que tenía que ayudarle de algún modo. Esa niña se me había metido en el corazón y me sentía muy responsable de ella. Llegué a una tienda, me tomé una colombiana y, mientras descansaba de la subida de la loma, pregunté por la dirección de Cata. El señor me dio las señas y me acompañó a la calle para indicarme donde quedaba. En la puerta de la tienda, el señor sorprendido me dijo, tan raro, ve donde está la patrulla y la ambulancia, por ahí es la dirección que pregunta. Me afanó ver esa imagen, no entendía qué pasaba, pero una punzada atravesó

mi estómago. Le pagué rápido y subí. Cuando llegué a la dirección del inquilinato, comprobé que la policía estaba ahí, que algo había pasado. Empecé a sudar, me asusté y pensé que algo le había ocurrido a la niña. En ese momento, vi como sacaban el cuerpo de un adulto envuelto en una sábana blanca en una camilla. ¿Qué pasa?, acerté a decir, pero nadie me respondió. Me acerqué a un policía y le dije, oficial, soy funcionaria del distrito, soy la directora del jardín público Obra Suiza, necesito saber qué pasa. Él me miró con suspicacia, tratando de ver si era verdad lo que le decía; finalmente me respondió, apuñalaron a esta civil aue ahora está en el otro mundo, vamos a llevarla a la morque, necesitamos que alquien la identifique. Inmediatamente pregunté, ¿Quién la apuñaló? Parece que fue el señor con el que se acostaba, estuvo tres días muerta sin que nadie se diera cuenta, bueno menos su hija que vio todo y estuvo encerrada con su mamá hasta que los vecinos decidieron abrir la puerta. Lo último no lo escuché con atención, me quedé pensando en que la mamá de Cata no tenía ningún amante, así que me tranquilicé un poco pensando en que sería otra señora del inquilinato. Le di gracias al oficial y me fui a buscar el cuarto de Cata.

Al subir al segundo piso, vi a Cata en cuclillas en una esquina de la puerta de su cuarto. Me miró con sus ojitos negros tristes, era una niña tan expresiva, sentí como si su mirada me atravesara el estómago. Me acerqué, ella bajó la cabeza, me agaché con ella y le pregunté, ¿dón- de está tu mamita? Ella, llorando, me señaló la calle. En ese momento, me reproché mi ingenuidad, sentí cómo la tierra se abría y me caía en un abismo. No podía imaginar que esa chiquilina había visto todo, que había estado con su mamá muerta durante esos tres días. Tratando de

Catalina

tranquilizarla, le di un abrazo fuerte y le dije que todo iba a estar bien. Ella se aferró a mi cuerpo, me abrazó con toda su fuerza y comenzó a llorar. Poco después, llegó un oficial del ICBF y me dijo que se la tenía que llevar. Cata comenzó a llorar fuerte, sollozando que no se que-ría ir; yo me encaré con el oficial, me resistía a que se la llevaran. El señor me preguntó cuál era mi relación con la niña. Le dije que era su profesora, que era la directora del jardín en el que ella estudiaba. Él me miró extrañado y me respondió enojado, me recordó cuál era el procedimiento y qué era lo mejor para la niña. Le cogí la manito a Cata, le di un beso, le puse la bolsa que llevaba en la mano y le dije, muñeca, come lo que te he traído y luego hablamos.

Según la policía, la mamá de Cata se había conseguido un hombre que le ayudaba con el arriendo. El tipo, al parecer, era muy violento con ella, tuvieron una pelea y la apuñaló. Nunca nadie hizo nada para encarcelarlo, andará por ahí todavía libre y Cata tendrá para siempre la imagen de la tragedia en sus ojos.



Daniel

"Yo no quiero morirme nunca, porque quiero jugar siempre".

Un niño en Montevideo a Eduardo Galeano.

Siempre me ha gustado jugar a las escondidas, era mi juego preferido cuando era niño. Recuerdo cuando, en las noches antes de dormir, me escondía de mi mamá; me gustaba quedarme quietecito y en silencio debajo de las escaleras, esperando a que ella me encontrara. Ella sabía que ese lugar era mi escondite preferido, sin embargo, por ese amor de mamá, buscaba en los otros espacios y gritaba, ¿dónde está Dani?, no veo a mi hijo. Luego volvía a preguntar, ¿alguien ha visto a mi Dani?, lo estoy buscando y él no aparece. Me hacía sentir unas cosquillitas en el estómago, era saber que yo estaba, pero que, en realidad, no estaba porque ella no me veía, y eso me generaba mucha alegría. Todas las noches jugábamos con mi mamá y, cuando a ella se le pasaba, yo con mi piyama de dinosaurio le recordaba con un beso, mamá a las escondidas; y ella, con un gesto de complacencia, me decía, vale mi corazón, pero luego vamos a dormir. Cuando ya estábamos en la cama, rezábamos el ángel de la guarda, mi mamá

todas las noches me hacía repetirlo para protegerme de todo mal, de pronto llegaba mi papá, me daba un beso en la frente y se iba para el cuarto.

Un día cualquiera de mis seis años, yo estaba jugando con mis juguetes en el cuarto, mi papá abrió la puerta de una forma muy repentina, como un relámpago se arrodilló y me dio un abrazo muy fuerte, como queriendo agarrarme para que no me fuera a escapar. Entonces, con una voz muy baja y triste, me dijo que mi mamá estaba en el cielo. La verdad, en ese momento, no entendí a qué se refería; el cielo que yo veía en las mañana con el sol, o el cielo de las noches con las estrellas y la luna. Pero si mi mamá no me había dicho nada; ingenuamente me pregunté por qué no me habría llevado e, instantáneamente, me respondí, seguro que ella sí consiguió esos cohetes que van al superespacio.

Dejé que los grandes hicieran cosas de grandes, que se ocuparan del cajón negro y que fueran a la iglesia de San Juan de Ávila. Todos lloraban, mi abuela, mis tías, mis primos, todos menos mi papá y yo. Yo sabía que, en últimas, los dos teníamos la seguridad de que mi mamá estaba bien y que nunca nos iba a abandonar. Era rarísimo. En el entierro, le mandaban muchas flores al ataúd, mi abuela gritaba, ¡no puede ser, mi hijita!, y yo, detrás de todos, buscaba con mi mirada tratando de descubrir el escondite de mi mamá. Me preguntaba dónde se escondería, dónde estaría, porque sabía que ella había encontrado un buen escondite, cómo el mío debajo de las escaleras. Total, ella y yo teníamos nuestro juego y nadie sabía como yo que ella estaba, pero que no quería que nadie la viera.

Yo seguí con mis juegos en las noches, pero ahora ya no había nadie que me diera un beso y me dijera, bueno Dani, jugamos y luego vamos a la camita. Jugaba solo, tratando de descubrir el escondite de mi mamá, hasta que un día me dije, no la voy a buscar más, voy a dejar que ella me encuentre en mi escondite preferido. Entonces, cuando mi papá me decía, Daniel vaya a dormir y apague la luz, me ponía solito mi piyama de dinosaurios y le hacía caso. Pero luego, me escapaba de la cama y salía caminando muy despacio en la oscuridad, en cuclillas, para no despertar a mi papá; bajaba y me hacía debajo de la escalera. El tercer día de mi hazaña, empecé a escuchar unos pasos. Estaba seguro que era mi mamá, pero a medida que se iban acercando se me hacían diferentes, eran más duros, caminaban más despacio, como si cada paso fuera un gran peso por levantar. Los pasos llegaron al primer piso, mientras tanto yo estaba súper nervio-so, por fin me iba encontrar, iba a aparecer. Escuchaba los pasos cada vez más cerca, pero a medida que sabía que me iban encontrar, sentía, por alguna extraña razón, que no eran los pasos de mi mamá. Entonces oí un rui- do fuerte, como si hubieran golpeado la lámpara del sa-lón; sentí que los pasos hacían un enorme esfuerzo para que la lámpara no se rompiera, lo tuve claro, era ella, mi mamá siempre había sido muy cuidadosa con las cosas de la casa. Pero entonces, algo raro pasó, escuché como se sentaba en el sofá rojo, yo no entendía por qué no me seguía buscando, si estaba muy cerca, por qué ya no me quería buscar. No quise esperar más, quería que ella me viera, me abrazara y me dijera, corazón te encontré y nos vamos corriendo a la cama. Sin pensarlo, instintivamente, salí al hall. Me paralicé al escuchar un llanto, escuchaba

Daniel

llorar a mi mamá, estaba muy triste porque no me podía encontrar. Entonces, me acerqué y vi a mi padre de espaldas llorando; volví corriendo a mi escondite, porque si él me veía seguro que me regaña. Me agaché y, haciendo eco a las lágrimas de mi papá, bajé mi cabecita y la metí entre mis piernas. Era la primera vez que me sentía tan cerca de mi papá y comprendí, además, que mi mamá ya no volvería más al escondite, que nuestro secreto y la alegría de abrazarla ya no sería más. Mi piyamita de dinosaurios se llenó de lágrimas. Desde ese día, las escaleras fueron el lugar donde me encontraba a escondidas con mi papá y me sentía morir al oírlo llorar.





Eliana

"La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no puede igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como la honra, se puede y debe aventurar la vida".

Miguel de Cervantes Saavedra, El ingenioso hidalgo de Don Quijote de la Mancha.

Ring, ring, ring... sonó varias veces el teléfono. Estaba llegando a mi casa, dejé las llaves, como siempre, sobre la mesa y pensaba en lo último que Consuelo había dicho en la clase. En el tercer o cuarto timbre contesté. Al levantar la bocina, reconocí la voz, era familiar, pero no entendía bien lo que me quería decir. Comencé a sentir un escalofrío al tratar de comprender lo que la voz me decía al otro lado. Todo me daba vueltas, era la primera vez que mi cuerpo giraba, mi cabeza andaba en otro lado y, por un instante, sentí una lejanía. Quería escapar, no podía creer lo que estaba pasando, no alcanzaba a sentir la magnitud de las palabras, solo quería meterme en un hueco, retroceder el *cassette* y hacer que esa llamada no fuera para mí. Aunque no fui consciente hasta mucho

tiempo después, en ese momento mi vida giró 180 grados. Mi hermano estaba al otro lado del teléfono, Eliana, están asustando a mi papá... están pidiendo plata, amenazan a mi papá. Yo solo trataba de dar respuestas razonables, y no sabes quiénes son. Al otro lado, sentí un silencio. Entonces exclamé, ¡¿Quiénes van a querer hacer eso?! Si mi papi es lo más querido con los empleados. Tras un silencio escuché, No Eliana, no son los empleados. Por un momento, sentí que mi hermano hacía un esfuerzo por hablar, que se le cortaban las palabras. Eliana, es la guerrilla, quieren su parte por la empresa. ¡¿¿Queeeeé?! Pero la guerrilla porque se quiere meter con mi papá y la empresa, si todo ha sido muy bien. Yo conozco a mi papi, él siempre ha sido un hombre correcto, igual la empresa es el esfuerzo de él. Si él es bueno con todo el mundo. Eliana, escucha por favor, trataba de tranquilizarme mi hermano, a ellos no les importa nada si es bueno o es malo, solo quieren plata; ya mataron a Jorge el empresario, llamaron a la casa, ellos no quisieron hacer caso y lo mataron, lo descuartizaron. ¡¿Qué me estás diciendo?!!!, no pude reprimir el grito. Eliana escúchame, ellos ya nos tienen localizados, saben que tú vives en Cedritos y saben que estás sola; nos han mandado cosas detallando absolutamente todo de nosotros, ¡por Dios! queremos que te protejas, no sabemos si este teléfono lo tienen chuzado, pero quiero que ya no nos contestes aquí, hablamos en otros teléfonos, por favor, Eliana cuídate, no andes por ahí sola, trata de andar acompañada... la cosa está pesada y no queremos que te pase nada. Se notaba que mi hermano trataba de ser fuerte con cada una de las palabras, y a mí cada una de ellas me penetraba por cada poro de mi cuerpo. Mi cabeza retumbaba, ¿cómo así?, ¿por qué a mí?, ¿por qué a mi familia? Colgué, no entendía nada, solo pensaba que cualquiera podía hacerme daño.

Lloré mucho, sentí que mi cuerpo se desahogaba por un rato, pero mi cabeza seguía retumbando, me sentía tan frágil. Por un momento, sentí que me desdoblaba y veía mi cuerpo pequeño y frágil y no sabía como podía defenderme. Antes no había que defenderse de nadie, todo era tranquilo. Recuerdo que siempre mi papá llevaba la plata, mi mamá era feliz como maestra y mis hermanos y yo solo teníamos que responder por el estudio. Lo teníamos todo, porque mis papás querían siempre darnos lo mejor; todo era tan fácil. Por un momento, recordé la sensación que tuve cuando llegué al barrio, sentía tanta, pero tanta, tranquilidad. Me mudé al apartamento que mis papis nos habían comprado, era tan bonito, quedaba en la 146 con octava. Había muchos árboles, no había tanto edificio y me llegué a sentir como en Tunja, total Cedritos parecía un pueblito chiquito. Me sentía en mi hogar. Pero, tras la llamada, algo se resquebrajó dentro de mí, como cuando un pocillo se rompe y no se sabe como unir los pedazos. Ya no era lo mismo, ya no me sentía segura en mi casa. Mi apartamento se había convertido en otra cosa, va no era ese espacio reconfortante, sino un espacio donde estaba angustiada. Pero tampoco quería salir a la calle, sólo quería ir a las casas de mis amigas que vivían cerca. Quería ir a mi casa, a la otra casa, pero no tenía la opción de ir donde mi papi y mami y darles un abrazo y que supieran que su hijita estaba con ellos. Era muy peligroso, mi hermano me dijo que estaban secuestrando gente en la mitad del camino de Bogotá a Tunja. Cerré los ojos, le pedí a Dios por mí y por mi familia. Todo giraba en mi cabeza, fue la primera vez que sentí que vo vivía en otra realidad, una realidad que la mayoría de la gente vive. A lo mejor, las noticias eran reales.

Al otro día me llegó un mensaje, mi hermano me dice que tienen que negociar, que tenemos que vender los carros y el apartamento de Cedritos. Pero, ¡si es donde vivo! Me pregunto, ¿y ahora para dónde cojo? Al medio día me voy a clase de estadística, siento que tengo que distraerme o si no me vuelvo loca. Los números me retumban, el profesor habla, habla y habla y pienso ¿por qué nunca he podido con las matemáticas? Tal vez me hubiera inclinado por mi impulso inicial, las plásticas, pero mis miedos no me dejaron. El arte no me daba la seguridad económica que otras carreras me dan. Estoy callada, asustada, quisiera gritar, pero no puedo, porque es mejor que nadie sepa. Mi hermano me escribe otra vez. Todo pasa tan rápido, tan ligero, y yo no me siento capaz de hacer sumas. Me pregunto ¿por qué todo se reduce al número? Me pide que venda el apartamento. ¿Cómo? ¿yo? ¿Cuánto cuesta?, pero si yo no sé de números. Me dice que ya no puedo gastar mucho, que esa gente pide juna cantidad! Números de nuevo. Mi padre tiene que dar mucha plata, ¿Cuánto es mucha plata? De nuevo son cifras. Escucho a lo lejos lo que dice el profesor, como sacar la media y la moda. Los números estallan en mi cabeza y vo veo como la confusión me acompaña. Dicen que las matemáticas son claridad, total uno más uno son dos, pero yo no lo veo así. Todo lo reducimos a eso, pero yo estoy aprendiendo que no es así de simple. Me siento sin respiración, ahogada, cojo fuerzas y salgo de la clase, tratando de escapar de todo lo que me está pasando. Me paro al lado de un muro, cojo aliento y respiro. Necesito sentir la seguridad de algo firme, pero el frío me recuerda el miedo. Carolina me persigue, ha pedido permiso para acompañarme y ver qué me pasa. Ella, en clase,

me hacía muecas y quería contarme algo. Me pregunta que me pasa y vo solo puedo decirle, ¿por qué para mí las matemáticas son tan confusas? Ella me mira sorprendida, no sabe que responder. Desde la ingenuidad de no saber nada dice, tal vez porque no son tan claras como cuando uno siente algo por alguien. Yo le digo, ahhhhhh, y ella se ríe. Ella solo pensaba en lo que estaba pasándole. La noche anterior había conoció un hombre que sentía que le encantaba, lo tenía claro, pero, a la vez, sabía por algún motivo que le iba a romper el corazón. También eso era algo claro. Su repuesta me permitió calmarme un poco, no era filosófica, no era lo que yo esperaba, pero era tan clara que me gustó. Sentí el impulso de darle un abrazo, porque vo sabía en estos momentos qué es romperse v quería consolarla, que supiera que no estaba sola, tratando, además, de decírmelo a mí misma. Ella sentía el calor de mi abrazo y la consolaba que alguien la entendiera. No sé que me pasó en esos días, la verdad, pero el saber que ya no iba a tener apartamento propio, que no iba a tener plata, pero más que eso, que mis seres queridos estaban en peligro y ser consciente de que la vida pasa tan fugazmente que no sabemos hasta cuando nos dura, me hizo sentir una claridad que no había sentido antes. Toda sensación de seguridad se fracturó, mi mundo se rompió y yo me rompí con él.



Felipe

"Ningún amor puede sustituir al amor". Marguerite Duras

Recuerdo aquel día en que mi mamá me llamó al celular y me dijo, Felipe tengo que contarle algo. Yo pensé, malo, malo, se va a casar con el novio con el que anda y cla-ro tocará aguantarse otra persona en la casa. La verdad, no soporto más hombres en nuestra casa, eso no entraba en mis planes. Ese día se le hizo más tarde que nunca. Cuando llegó, le hice un scanner con mis ojos y vi en su cara una especie de preocupación mezclada con sorpresa. Pensé, me lo va a decir de una, ella tiene que decir las cosas como vienen y yo, esta vez, no sé si quiera oírla. Entonces, comenzó a hablar y me dijo algo que no me esperaba, Felipe, traiga el computador. No entendía porque no me lo decía, será que me va a mostrar el sitio de la luna de miel, pensé. Me senté, le di el computador, lo prendió y abrió la página de Facebook. En la parte de las búsquedas, mi mamá puso el nombre completo de aquella persona que no había visto en mis 18 años de vida, mi papá. Mientras mi mamá buscaba, yo pensaba en lo

loco que era pensar que lo íbamos a encontrar así, si ya lo habíamos buscado de muchas formas, cómo íbamos a localizarlo así tan fácil. Un victorioso ¡lo encontré! me sacó de mis pensamientos. Su perfil apareció ante nosotros, no lo podía creer, estaba ansioso, confundido, incrédulo. A medida que veíamos sus fotos, yo quería saber más y más, no quería parar. Estaba sorprendido, pasé de no querer verlo a, con un nudo en la garganta, querer saber todo de su vida.

Mi mamá nunca se cansó de buscarlo, y así, un día cualquiera, se le ocurrió rastrearlo por Facebook y lo encontró. Vio su perfil, sus fotos, sus gustos, sus amigos... No podía dejar de sentir cierta alegría al haber encontrado a ese hombre que la dejó con un bebé en el vientre. Mi mamá no quería que esta vez se volviera a escapar, pero no sabía cómo presentarse, cómo acercársele. Pasó un tiempo y mi mamá construyó un perfil de Facebook falso. Puso las fotos de una amiga que es divina y comenzó a etiquetarse para que la cosa fuera real. Cuando tuvo como 300 ó 400 amigos, decidió incluir a mi papá como contacto. Lo raro fue que él aceptó y se empezaron a hacer amigos de Face. Él, en seguida, se mostró interesado en ella. Comenzaron a hablar por el chat del trabajo, de las cosas de la vida... hablaban mucho y él comenzó a coquetearle. Después de un mes, él llamó a mi mamá por teléfono a la oficina. Mi mamá se asustó, pensó que, quizás, podría reconocer su voz, pero, después de tanto tiempo, él no reconoció nada de ella. Él la llamó una segunda vez, seguía conqueteándole, se hablaron con más confianza y él insinuó que quería que se vieran. Mi mamá no sabía cómo finalizar todo, además, era ella quien lo había iniciado. Apenas unos segundos después

de colgar el teléfono, mi mamá recibió una llamada del mismo celular, pero, esta vez, no era la voz de él, sino la de una mujer muy alterada que le gritaba, señora, por qué se mete con un hombre casado, mire que él tiene un hijo y un hogar conmigo. La voz seguía diciéndole una cantidad de cosas. Mi mamá esperó a que la señora hablara y se desahogara; en últimas, ella la entendía, tenían algo en común, el mismo hombre les había roto el corazón. Cuando la señora terminó de hablar mi mamá le dijo, señora, no sé preocupe que usted y yo tenemos un hijo del mismo padre y mi único interés es que ellos se conozcan. Por un momento, la señora se quedó en completo silencio. Después, comenzó a preguntarle a mi mamá sobre mí y sobre ella. Mi mamá, con toda la paciencia del mundo, porque total ya había esperado toda una vida, le contó. Mire, cuando era muy joven y estaba terminando mi bachillerato, quedé embarazada del que ahora es su esposo; cuando me enteré, lo busqué inmediatamente porque él era el amor de mi vida, ese amor que uno siente cuando es muy joven y cree que va a ser para toda la eternidad. Recuerdo el lugar en el que se lo dije, estábamos en la panadería de Pañuelito, esa que queda bajando del colegio Ana Restrepo del Corral, tomando roscón con Coca-Cola. Le dije a Fabián que estaba embarazada y su reacción inmediata fue decirme que lo teníamos que arreglar. Yo le respondí que quería tenerlo, que iba a tenerlo; él, entonces, me dijo que me iba a responder, que nos íbamos a casar. Esa fue la última vez que lo vi, no volvió a aparecer por el colegio ni por el barrio. Yo lo busqué por cielo y tierra, pero nunca supe de él. Su fa-milia nunca me habló y al año se fueron del barrio. En el otro lado, solamente se escuchaba la respiración. Mi mamá continuó su relato, y es hasta el día de hoy que lo encontré; mi único interés, señora, es que mi hijo conozca a su padre, se

lo prometí desde chiquito y yo siempre le cumplo sus promesas, usted sabe que es ser madre. Al acabar, mi mamá se sentía desahogada, hacía mucho tiempo que necesitaba hablar de lo que había pasado, se lo debía. Al finalizar, la señora conmovida le dijo, no se preocupe señora, la entiendo.

Mi mamá colgó, sintió de nuevo su cuerpo y tuvo la sensación de que una de sus grandes luchas ya iba a terminar. Pensó en su vida y en esos momentos en el colegio cuando era una niña. Recordó como todo pasó tan rápido y se convirtió en mujer, como su corazón se partió en pedazos y tuvo que coserlo como fuera por su hijo. Mientras recordaba, el teléfono volvió a sonar. Era mi papá, pero esta vez no llamaba a saludarla sino a insultarla. No entendía porque mi mamá lo seguía buscando, porque quería interferir en su matrimonio. Ella, de nuevo, escuchó paciente porque, total, el tiempo ya no importaba, su tiempo era otro. Cuando mi papá terminó de hablar, mi mamá le preguntó, ¿Recuerda a Felipe?, él, sorprendido, le respondió, ¿Cuál Felipe? ¡Recuerda cuando éramos jóvenes y le dije que estaba embarazada y usted me dijo que nos íbamos a casar y después usted desapareció de la faz de la tierra? Le cuento de Felipe, él nació y era el niño más bonito de toda la clínica, el más bonito que yo hubiera visto. Luego fue al colegio y comenzó a preguntarme por su papá y lo único que yo le decía era que algún día lo conocería, se lo prometí. Fue creciendo y empezó a gustarle el fútbol, hasta jugaba con unos niños más grandes que él, pero me lloraba porque no le gustaban las matemáticas. Siguió creciendo y ahora está hecho todo un hombre y quiere ser psicólogo. Es el hombre más importante de mi vida y me gustaría que lo conociera a usted y supiera quién fue su papá. Que reconozca de donde salieron sus crespos, el color de sus ojos y tal vez... Tras un silencio

sepulcral, una voz que había pasado de la agresividad al tono de niño regañado dijo, *veámonos*, *quiero conocer a mi hijo*.

La verdad, en ese momento, yo tenía muchas ganas de conocerlo por lo que acepté que mi mamá pusiera una cita con él. Recuerdo el día, era un sábado soleado, yo había estado jugando fútbol en el colegio Ana Res-trepo del Corral. Llegué a mi casa y me bañé. Mi mamá me miró también nerviosa y me preguntó si estaba lis- to. Yo asentí con la cabeza. Cogimos un taxi y nos mi-ramos como dos niños huérfanos que van a conocer a sus nuevos papás. Veía a mi mamá, pero ella no estaba conmigo, ella estaba en sus recuerdos. Yo andaba súper ansioso, pensaba en cómo sería su reacción al verme y en cómo sería la mía al verlo a él. Sería igualito a como me lo habían descrito, flaco, delgado, crespo, un poco como yo. Llegamos al café señalado, quedaba en la 116 con 19. Entramos, esperaba encontrármelo de una vez, que estuviera ya allí, esperándonos, total yo lo había esperado por mucho tiempo. Pero él no estaba. Nos sentamos en una de las mesas que quedaban en el rincón, al lado de la ventana. Mi mamá me decía, llegará, llegará. Después de 10 minutos, llegó un tipo, alto, acuerpado, con barriga y un poco calvo, que miró hacia la mesa. Instantáneamente, pensé que no se parecía nada a mí; mi mirada corrió rápidamente hacia mi mamá y en su cara solo se veía un gesto de satisfacción.



Gloria

"El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos". William Shakespeare

Miro por la ventana, pienso en las manos fuertes de Manuel que me sostienen cuando decido huir de sus brazos. Él siempre me busca en la tienda, le gusta que lo mire y que juguemos a ser unos desconocidos. Entra haciéndo-se pasar por un cliente, pide una gaseosa o una cerveza y me mira desde lejos. Después se cerciora de que no haya nadie atendiendo conmigo y se acerca. Su proximidad me pone nerviosa, no puedo manejar lo que siente mi cuerpo, me vuelvo loca y mi atención solo se fija en él. Me empieza a endulzar el oído, me gusta que me diga palabras bonitas, es rico que lo consientan a uno.

Llega un cliente y me pide un café. Miro el reloj, me pregunto si hoy vendrá, qué estará haciendo... Sirvo el café, pero como estoy perdida en mis pensamientos lo riego en el plato. Le pido disculpas al señor, estoy impaciente, cada minuto que pasa me pongo más nerviosa, me inquieto porque Manuel no llega y no puedo pensar con claridad. A veces me pregunto qué estoy haciendo, por qué estoy arriesgando mi matrimonio; mis hijos no me lo van a perdonar nunca. La culpa me envuelve todo el cuerpo, me siento como esas mujeres de las que tanto habla el padrecito, esas mujeres malas y pecadoras que dañan sus matrimonios. El demonio está dentro de mí. Pero con solo pensar en la mirada de Manuel se me olvidan todas esas palabras. Un día de estos, Pedro va a matar a Manuel con su pistola, porque ese si es lo más atravesado del mundo.

Me voy detrás del mostrador, el señor me paga el café y miro de nuevo por la ventana. Me repito a mí misma todas las razones para no esperar con ansiedad a Manuel, voy a quitarle de la cabeza esa idea loca de estar juntos. Recuerdo cuando conocí a Pedro, todo fue tan simple. A mis 15 años, mi papá decidió sin preguntarme que me casara con él. Llegó a la casa y me dijo, mija, mañana se nos casa, busque un vestido bien bonito para ir a la notaría. Yo toda asustada le pregunté con quién y él me dijo, deje tanta preguntadera, usted me hace caso a mí, porque yo soy su papá, pero bueno, para que lo vaya sabiendo, con mi amigo el de la capital. Esa noche no pude dormir pensando en el rostro de ese hombre. Al otro día, me bañé, me puse los chiros que tenía y bajé con mi papá a donde el no-tario y como si nada nos casamos. En mis recuerdos, se mezclan la rabia hacia mi papá y la seguridad que durante estos años nos ha dado Pedro a mí y a mis hijos. Decido desterrar todos los pensamientos hacia Manuel, porque eso no puede acabar más que en problemas y no quiero sufrir más. Me pongo a limpiar el mostrador para espantar todas esas ideas locas. De pronto, veo que viene Manuel, mi cuerpo se pone nervioso, siento miedo,

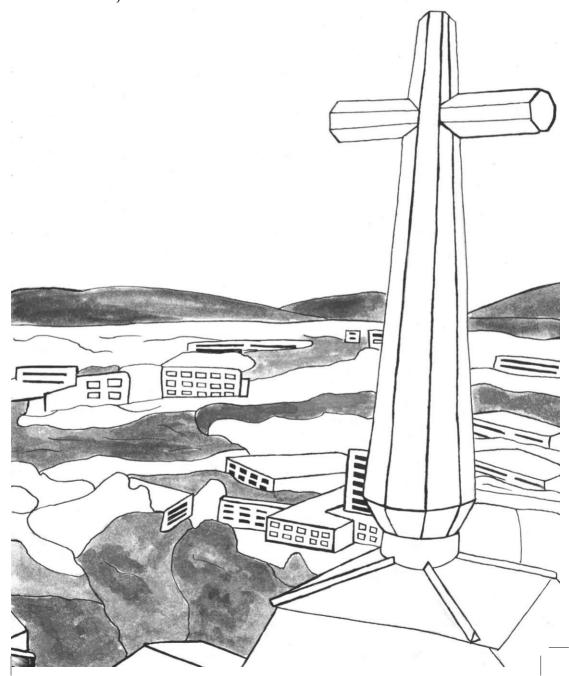
no sé que pueda pasar. Como siembre, me saluda muy amablemente, doña Gloria, ¿cómo esta?, me mira con esos ojos pícaros, como si fuera un niño chiquito a punto de hacer alguna malicia. Yo le digo, muy bien Manuel, ¿qué me le trae por acá? No nada doña Gloria, solo quería una cerveza. Veo que mira para todos los lados, ¿no es como muy temprano para tomar?, él me responde, es que tengo unos calores y lo único que me los baja es una polita. No aguanto más y lo miro a los ojos, me pregunta, ¿está solita? ¿a qué se refiere? lo interrogo cómo si esa pregunta no me la hubiera hecho antes. Él me sonríe v vo le respondo, sí, todos se fueron. Me pregunta, y ¿cómo esta don Pedro?, pienso en cómo puede ser tan cínico, se acabó de ir hace poco al trabajo y está muy bien. Usted sabe cómo es el Pedro, que no se deja de nadie, por eso anda bien armado. Doña Gloria, no se ponga a decir esas cosas, que así nadie se acerca a usted, ¡ay doña Gloria!, pero cómo amaneció de bonita, ¿si me la están tratando bien? Mientras le respondo, cierra el portón de la tienda, ¿qué está haciendo Manuel? No sea loco. No se afane doña Gloria, que tengo que hablar de algo muy importante con usted. Se me acerca, me pongo nerviosa, le digo que deje tanta bobada, él me agarra por la cintura y me dice, doña Gloria no se preocupe que no le voy a hacer nada, solo quiero consentirla un ratico porque veo que su marido no la cuida mucho. Siento unas cosquillas en mi vientre, él me da un beso en el cuello... ¿Manuel qué estamos haciendo? Él solo me dice, muchas cosas buenas, deje que yo le voy a mostrar las estrellitas. Mientras me habla mete la mano entre mis piernas, yo ya no puedo aguantar más, mi cuerpo comienza a responder a sus caricias. Decido no resistirme y dejarme llevar por esos brazos; decido que ya no me importan las habladurías de las viejas chismosas, ni los

55

sermones del padre, solo quiero sentirme deseada, perderme en cada uno de sus besos, tenerlo dentro... Me tira sobre el mostrador, él hace lo que tiene que hacer, baja su cremallera, me levanta el vestido... Estuvimos un rato sudando, a medida que lo sentía en mi cuerpo, una fuerza indescriptible me gobernaba, era mi primer sí, era mi primera decisión y salía desde mi vientre, ¡siiiiií! Terminamos tanto jaleo y él me dice, doña Gloria, cómo me gusta visitarla. Yo me arreglo el pelo rápido, acomodo mi vestido, le doy un beso y le pido que se marche. Él me dice, no crea que esta vez va a ser la última, yo la seguiré visitando y atendiendo... Me río y le digo, ya Manuel, que si nos descubre Pedro nos mata.

Corro la cortina y miro por la ventana de mi sala, me fijo más allá de la séptima y veo los edificios lujosos y las casas; me imagino a la gente como hormiguitas, todo ese mundo de allá abajo se ve tan chiquito, es como si fuera de juguete. Me voy otra vez más allá, al pasado, mi respiración se entrecorta al recordarlo. Después de mucho tiempo sigo pensando en su última visita, en sus atenciones y, sobre todo, en su muerte repentina. No fue la temida bala de Pedro, sino su corazón el que se llevó. Un día, sin avisar, dejó de funcionar y él se fue; y con él nuestro amor a escondidas. Me fijo en quiénes suben la loma, mi enfermedad ya no me deja subir ni bajar como lo hacía antes. Veo a Pedro, observo detenidamente su cuerpo, el esfuerzo que tiene que hacer para subir la cuesta. Pienso en los esfuerzos que hemos hecho todos estos años juntos, en las peleas, en las alegrías, en las infidelidades, en los hijos. Ahora todo es tan diferente, el verlo así de viejo, con esa dificultad para subir la loma, como pensando cada paso para no caerse, me hace

pensar en mi papá, en su decisión y en mi perdón. Pero, sobre todo, me hace pensar en mi sí, en todos los sí que le dije a Manuel.





Harold

"El futbol es imprevisible porque todos los partidos empiezan cero a cero". Vujadin Boskov

Me levanto por la mañana y me siento a desayunar. Como de costumbre, mi abuela prende el televisor y me cuenta las últimas cosas que han pasado en el ba-rrio. Cojo mi pan y lo mojo en el chocolate, lo saboreo y pienso en los partidos que tenemos esta semana. Es la semifinal, seguro que esta vez sí vamos a ganar, tene- mos un buen equipo: yo como defensa, Javier como por- tero y Miguel como delantero; estamos muy bien. Los otros también son buenos, pero sé que nosotros sacamos el equipo adelante, no nos dejamos meter gol y siempre anotamos con la puntería de Miguel. Es imposible que esta vez no ganemos el campeonato interbarrial. Sigo mojando mi pan y pienso en los ánimos de Javier, el po-bre ha estado un poco bajoniado, pero no importa, yo me encargaré de animarlo para que estemos compactos en el momento de jugar. Sé que si ganamos se le va a olvidar todo lo que le ha pasado a su papá en estos días. Me distraigo con las propagandas. Inician las noticias, siempre dicen cosas tan aburridas, tan malas. Los del noticiero siguen hablando, dan paso a una nueva noticia; reconozco la imagen de la tele, ¡no me lo puedo creer! Siento unos impulsos incontrolables de arrojar todo lo que he comido, tengo ganas de vomitar, como si a partir de esa acción botara todo el dolor que me produce la imagen del televisor. No lo puedo creer. Mi abuela me pregunta si me pasa algo, le digo que nada, la dejo con la palabra en la boca, el desayuno medio servido y salgo corriendo a la casa de Miguel. Corro muy rápido, como tratando de devolverme en el tiempo y comprender todo lo que había pasado en esos días. Recuerdo el partido que jugamos sin Javier hace dos semanas. Él siempre ha sido el mejor; hacíamos un buen equipo, yo jugaba en la defensa y él se encargaba de tapar. Preciso ese día llegó tarde al partido y se quedó de suplente. Perdimos y no le queríamos hablar, pero al ver su cara solo pude decirle que se tranquilizara, que no pasaba nada. Él no hablaba, sólo repetía que no podía ser, que no podía ser. Yo le dije que no era para tanto, que nos recuperaríamos, que todavía quedaba mucho campeonato, pero que, eso sí, teníamos que ponernos las pilas y que no nos podía volver a fallar. Él seguía negando con la cabeza y yo pensaba en lo mucho que Javi quería al equipo. Después del partido, salimos para la tienda de doña Lucía a tomar algo, pero a medida que nos acercábamos veíamos un tumulto de gente y mucha policía. Entre la confusión, alcanzamos a ver la volqueta del papá de Javi. Yo no entendía nada, le dije a Javi, mira, es tu papá. Él bajó la cabeza y no pronunció palabra. Yo intenté meterme entre toda esa gente que estaba tratando de ver que había pasado. Como era chiquito, me colé, empujé y mandé unos cuantos codazos para poder ver lo que había en el piso. Me dio un escalofrío al ver la cara de doña Emilce tirada en el asfalto, con la cabeza abierta y cubierta de sangre. De pronto, alzo la mirada y veo al frente al único hijo de doña Emilce. En sus ojos había dolor, angustia y, sobre todo, rabia; tanta que no le permitía llorar. Me devuelvo y busco a Javier, pero él ya no estaba donde lo había dejado. Entonces, busco a mis amigos del equipo y me siento con ellos en la tienda de doña Lucía. Mientras nos tomábamos una colombiana con roscón, escuchábamos como la gente decía que la volqueta del papá de Javier estaba mal de los frenos. Yo seguía sin ver a Javier. Al rato, me fui a jugar, pero sólo podía pensar en el hijo de doña Emilce. Al volver a casa, mi abuela me recibió con la noticia y me contó que no iban a detener a don Manuel, porque todo había sido un accidente. Entonces, me dije a mi mismo que había que subirle los ánimos a Javi, porque no podía estar desatento ni en los entrenamientos ni, sobre todo, en el partido de la otra semana.

Sigo corriendo por la loma, los recuerdos y las imágenes se mezclan. Me siento agitado, pero lo único que me importa es llegar a casa de Miguel. Sin querer, sigo pensando en Javi; pienso en cómo desde ese día había estado muy raro, ya no hablaba como antes, no reía, estaba siempre triste... y yo no entendía porque estaba así, si a su papá no le habían metido a la cárcel. Él me con-tó que desde el accidente, su papá se había puesto muy mal, que llegaba tarde a la casa, con mucha cerveza en la cabeza y que no hablaba. Javi estaba muy afectado. Yo seguía tratando de animarlo y, sobre todo, de ayudarle a concentrarse cuando entrenábamos; también en los par-

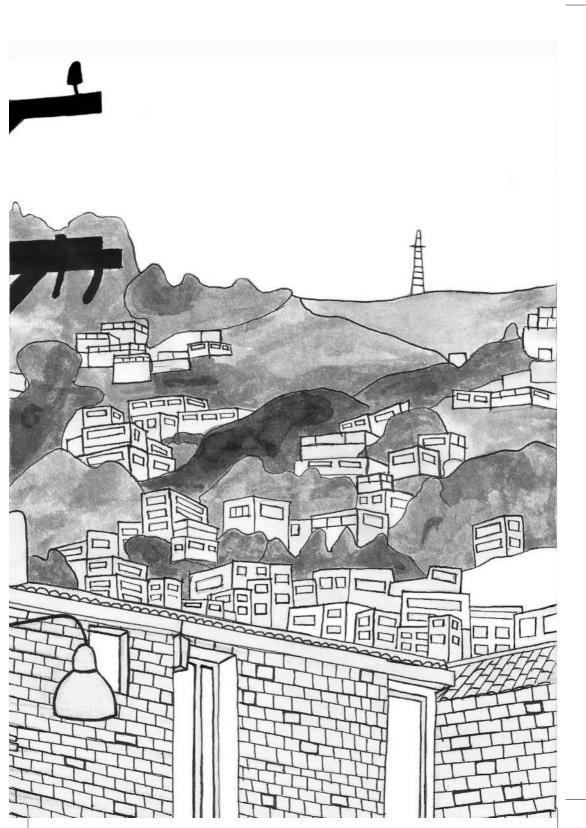
61

tidos estaba muy atento en la defensa para que a Javi no le entrara ningún gol.

Por fin llego a la casa de Miguel. Ya no tengo casi respiración, me pregunto si ya habrá salido al colegio, cojo alientos y golpeo la puerta. Él me abre y estalla a llorar. Le doy un abrazo y me dice, Harold, ya no va a estar, ya se fue. No quiero oír lo que me está diciendo, no quiero saber qué significa, sólo le digo, le grito, mire Migue, ayer no pude ir al entrenamiento porque mi abuela se enfermó mucho y me tocó acompañarla al médico, la pobre estaba muy mal de un pie y andaba medio coja. Estaba seguro que podía llegar, pero Migue, usted sabe que los médicos dicen una hora y es como a las dos horas que lo desocupan a uno. Mis palabras tratan de excusarme por no haber estado allí, así como devolverme en el tiempo. Miguel me coge de los hombros y me dice, jescuche!, ayer estábamos jugando en el parque de arriba, allá donde no nos molesta tanta gente. A mitad del partido, Daniel tiró la pelota y Javier fue a recogerla al barranco. Pasaron 10 minutos y nada que subía. Le gritamos que dejara la bobada, que subiera que necesitábamos la bola. A los 20 minutos, ya no podía más y fui a buscarlo. Bajé al barranco y cuando lo vi me paralicé. Grité y los demás bajaron y, como yo, lo vieron tirado, lleno de sangre y con la cabeza vuelta nada. Todos gritamos y comenzó a llegar la gente. Pedíamos una ambulancia, que-ría correr, hacer algo... Llegó el señor de la panadería, mando retirar a la gente y revisó los signos vitales de Javi. La verdad Harold, Javi tenía más cara de estar en el otro lado que aquí.

Miguel sigue hablando, no puede parar. En su rostro se refleja la impresión de la imagen, habla entrecortado, con rabia y desesperación, como si todavía estuviera en el barranco. Miguel continúa contándome. *La gente co*-

menzó a preguntar qué había pasado, yo les dije que estábamos jugando un partido, que Javi había bajado al barranco por el balón y que como no subía, yo había ido a buscarlo. Y que entonces lo vi ahí, con la cabeza vuelta nada, lleno de sangre, y que a su lado había un hacha que se veía la habían utilizado para hacerlo añicos. De pronto, se calla, se estremece, empiezan a sudarle las manos y sus ojos me miran con una luz que no alcanzo a comprender. Levanté mi cabeza y a lo lejos vi al hijo de doña Emilce lleno de sangre y con las manos temblorosas. Trataba de reírse, pero, a la vez, lloraba como un loco. A su lado, estaba el balón ensangrentado. La gente decía que desde la muerte de su mamá ese niño estaba muy mal, que . nadie se había preocupado por él, que nadie había sabido nada de él, que se había vuelto loco, que no había soportado ver los ojos de la muerte. Miguel sigue hablando muy rápido. Yo no puedo dejar de fijarme en su mirada, siento que tiene algo raro, me recuerda a alguien. Entonces, vienen a mi cabeza la mirada del hijo de doña Emilce el día del accidente y el balón de Javi ensangrentado. Paro en seco, quiero olvidar toda esta serie de accidentes, total todo inició con una falla mecánica y ahora es una bola de nieve cada vez más grande y llena de sangre. Miro a Miguel, le doy un abrazo y solo puedo pensar, en paz descanse doña Emilce su hijo nos metió un gol.



Jorge

"Considero más valiente al que conquista sus deseos que al que conquista a sus enemigos, ya que la victoria más dura es la victoria sobre uno mismo". Aristóteles

Mi familia hacía parte de ese nuevo grupo acomodado que llegó a Usaquén en torno a los años sesenta. Todos los hombres eran miembros del club Jockey, que era lo más tradicionalmente bogotano que podía existir en ese entonces. Mi mamá, además, era una mujer muy moderna para la época, ella entró a estudiar diseño de interiores y trabajó mucho tiempo para poder ser una mujer independiente. Imagínate eso, en ese tiempo era inconcebible. Por el otro lado, estaba mi papá, hijo de un ingeniero muy brillante, que supo hacer de sus inversiones una riqueza y que vivió todo lo que implicaba ser de una familia acomodada. De estos dos personajes nací yo. Un típico cachaco de lo más formal que recibió toda la sobreprotección, el consentimiento, la rigidez de las costumbres sociales y la exigencia del colegio para poder llegar a ser lo que en ese círculo social se esperaba. Cuando crecí, quise continuar con la tradición familiar. Quería

ser ingeniero o, más bien, quería darle gusto a mi padre y a toda mi familia. Comencé a estudiar ingeniería en los Andes, pero realmente no pude; no era lo que yo estaba buscando. Hice unos cursos libres de economía y me di cuenta que eso era lo que me gustaba. Así que me convertí en un hombre de banca, un banquero alto, blanco y elegante, que vivía en Rosales y perpetuaba, de alguna forma, la tradición familiar. Sin embargo, sentía que algo me pasaba, que algo en mí no andaba bien.

En ese tiempo, ir al psiquiatra era pecaminoso, era raro, solo los locos iban a eso, tenías que ser una persona muy extraña, muy complicada, y yo no respondía a esos parámetros. ¿Cómo, Yo, Jorgito, buen mozo, hijo de don Jorge y doña Rosita, que lo tenía todo, iba a ir al psiquiatra? Era algo que en esa época era muy difícil de aceptar. Sin embargo, en lo más profundo de mí, yo seguía sintiendo que algo tenía que cambiar, que no me gustaba lo que sentía. Entonces una amiga mía, Laura Milena, ex de un expresidente, me dijo que había estado en el psiquiatra; escuchar sus cuentos me dio fuerzas para decidirme y, aunque nunca le pregunté a que psiquia-tra iba, me armé de valor para coger y abrir las páginas amarillas. Empecé mirando los nombres y las hojas de vida que aparecían y vi un doctor que había estado en la clínica Charcot de París. Eso me pareció muy sofisticado y decidí que ese era. Además, pensé, con apellido extranjero, este es; llamé y pedí cita. Los días previos, andaba un poco ansioso. No sabía cómo contarle, cómo hablarle de lo que me estaba pasando o lo que sentía. Yo, Jorgito, sentía tanta culpa en mi interior. El día anterior a la cita, estuve trabajando hasta tarde y traté de calmar mis nervios tomándome algunos whiskys. Además, mi novia

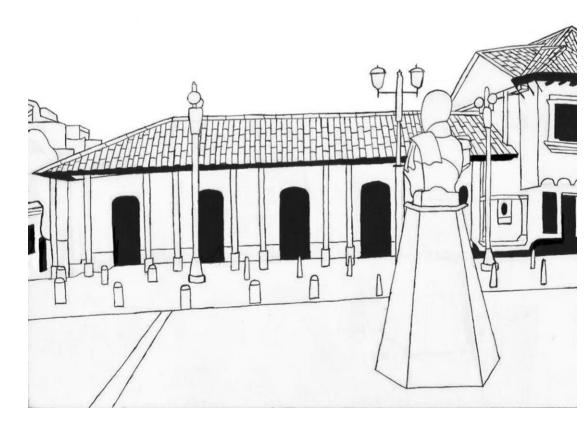
estaba viajando por lo que no tuve, ni traté de explicarle nada. Llegó la hora, era un martes y muy puntual estaba frente a la consulta.

Toco a la puerta y me abre una viejita, es la empleada. Se ve muy bien puesta, con su cofia, su delantal, su petico blanco, ¡chirriadísima! Pregunto por el Doctor François, ella, muy sofisticada, lo llama a gritos. Mientras tanto, en el primer piso veo una cantidad de viejitas, ¿será que me he equivocado y estoy en un geriátrico? En el rellano del segundo piso, aparece un viejito más viejito que la señora que me había abierto, era el Doctor. Me pregunta,

¡qué quiere?, le respondo con ansiedad y pena, con tanta gente me siento como gritando mis pecados. Tengo una cita con usted a las 6:00 p.m. Él me mira extrañado, como si no estuviera en el lugar adecuado, y me dice, yo estoy retirado, pero dígame ¿qué le pasa? Él allá y yo acá. Doctor, yo quiero hablar con usted. Bueno, está bien pero dígame qué le pasa. Y claro, las viejitas del primer piso encantadas escuchando. La vaina más bizarra y grotesca que te puedas imaginar. Logro que el viejito baje a la primera mitad de la escalera. Entonces, con un grito un poco menos fuerte, me vuelve a preguntar, ¿qué quiere? No sé qué decirle, me empieza a dar miedo por todo el cuerpo, cómo explicarle, y en esa posición, todas mis reflexiones en torno al tema, cómo sentirme normal. Me armo de valor y por primera vez en la vida, yo, Jorgito, el cachaco buen mozo y de plata, trato de expresar lo que hay en lo más hondo de mi ser y en ese instante donde todo es tan ilógico, intento ser lo más coherente conmigo y comienzo a pronunciar esas palabras que tanto me asustan. Doc-tor, doctor, siento la garganta seca, como si tuviera algo atorado, doctor, que me gustan los hombres. Él me mira de arriba abajo como tratando de descifrar lo que le acabo de decir y me vuelve a gritar. ¿Queeeeé? Me siento, de nuevo, gritándole a todo ese grupo de viejitos mis pecados. La segunda vez, mis palabras salen con vergüenza pero con más facilidad. Él me mira, en su cara aparece un gesto de sonrisa y me pregunta, ¿Cuál es el problema? En sus ojos veo la primera luz de claridad, pero también mi primer paso a la confusión, ¿doctor dígame cómo me puedo quitar esto? Quería que fuera tan fácil como quitarme un abrigo o cambiar de zapatos. Esperaba un antídoto que me librara de sentir cosas que no podía sentir, porque sentirlas era para gente demoniaca o enferma. Mientras baja las escaleras, me mira a la cara, siente mi preocupación y mi pesadez; el peso de ser quien soy. Finalmente, el doctor me dice, está bien, lo voy a atender, pero con una condición, tiene que cumplir todo lo que yo le diga. Observo la sabiduría que esconden sus canas y siento la certeza de que he encontrado la solución a mis males; doctor, lo que quiera yo lo hago.

El doctor me puso a hacer cosas para ser el típico hombre, pero, a medida que las hacía, que me esforzaba más, comencé a caer en una depresión profunda. No quería salir, no quería comer, no quería ver a nadie y hablar con la gente me aburría; estaba todo irascible. Un día me planté y le dije que no soportaba más esos métodos tan ortodoxos, que me estaba haciendo mucho daño y que, de verdad, me estaba enfermando. Él, con toda la serenidad del mundo, me dejó hablar y cuando terminé me dijo, pero, ¿acaso no era lo que querías? Yo no entiendo Jorge, porque el primer día que te vi estabas sano pero querías que te curara y ahora que te estoy curando me dices que te sientes enfermo. Lo miré extrañadísimo, pensando en manos de

qué clase de loco estaba. *Jorge*, me dijo en un tono suave, ahora tú ya sabes cuál es la cura. Me quedé en silencio, lo miré largamente, me di la vuelta y me fui. Después de un tiempo, yo, Jorgito, el cachaco buen mozo, entendí y, simplemente, comencé a ser lo que siempre fui.





Lucía

"vuela esta canción para ti, Lucía, la más bella historia de amor que tuve y tendré". Joan Manuel Serrat

Mi querida niña, hoy me atrevo a escribirte porque muchas veces me los has preguntado y yo no he sabido cómo responderte. Siempre doy vueltas como un trompo sobre el tema y nunca te respondo, mientras que tú te quedas mirando tratando de darme fuerzas con tu mirada para que te cuente y puedas resolver ese acertijo que has tenido toda tu vida. A veces, veo como miras a las niñas cuando salen corriendo al ver a sus papás; lo sé mi niña, porque me duele. Veo como las observas y siento que tú también quieres poder correr fuertemente hacía tu papá y que él te de un abrazo. En algunos momentos me preguntas sorprendida, ¿mamá dónde está mi papá?, ¿cómo es él? y yo no sé que responderte. Por ese cambio de tema y pareciera que no te hago caso, pero es todo lo contra-rio, lo que pasa es que no sé como decírtelo. Pero ahora, mi vida, ahora sé que es el momento de reunir todas las fuerzas de mi cuerpo y contártelo. Mi niña, como siempre te he dicho por las mañanas cuando rezamos nuestro ángel de la guarda y te doy un beso para irte al cole, tú has sido mi luz. Te lo digo todos los días, eres mi sueñito hecho realidad, sé que a veces no me crees porque te regaño y te digo, Lucía no hagas esto o lo otro y tú sientes que esos momentos no te quiero, pero, ¿sabes?, te adoro.

Te voy a ser honesta, así que a veces me haya mentido, porque es difícil mirarse a los ojos en algunos momentos de la vida; pero, ¿sabes? todos nos hemos mentido alguna vez, nos escondemos tras el miedo de no sentirnos enamorados y vo, muchas veces, me he sentido así, asustada. Siempre fui una mujer que generaba gusto en los hombres, nunca sufrí porque no me vieran sino todo lo contrario, mi altura, mi tez blanca y mis ojos me ayudaron a no pasar desapercibida. Pero eso no es todo Lucía. Mi sueño siempre fue tener una familia y un hombre que me amara, pero, no sé si por suerte o por destino, la vida me ha dado hombres que no han tenido la valentía de querer estar conmigo. O, puede ser, que la vida me haya llevado hasta ellos para aprender sobre la otra cara del amor. Ellos siempre me prometieron muchas cosas, pero las cosas nunca se dieron. Me decían, Laura eres una mujer maravillosa y, luego, me dejaban. Lucía, sé que te vas a enamorar y me gustaría que no te rompieran el corazón y que no sintieras ese dolor que se da en el estómago, porque sabes, el corazón está ahí, es ahí donde se siente. Pero sé que te va a pasar, porque a todos nos pasa, a todos nos llega, y yo solo te puedo decir que cuando lo necesites yo voy a estar ahí para consolarte y darte un abrazo.

Mi niña, el último novio que tuve tenía 10 años menos que yo. Cuando la soledad acecha, por los poros te da un

CS

frío muy fuerte y se siente la necesidad de dar un abrazo, de sentir calor por todo el cuerpo. Yo, en ese momento, necesitaba ese calor. Mi cuerpo me exigía tener a alguien, por lo que me aferré a él. Él me advirtió que por su trabajo al no estar casados debíamos vernos a escondidas v yo, sin pensarlo, acepté. Un día, en plena calle, me gritó que si seguía besándolo de esa manera le iban a sacar de las fuerzas armadas y que ahí sí no lo volvía a ver. Yo, ese día, me sentí muy mal, lo último que quería era que perdiera su trabajo por mí. La culpa me llevó a la tristeza, a la melancolía. Ves mi vida todo lo que hacemos por una gota de amor. Recuerdo cuando me llamaba a la oficina, cómo después de hablar con él siempre estallaba a llorar a escondidas. Una vez, mi jefe se fijó en mis ojos, se acercó y me preguntó que qué me pasaba. Yo le respondí que no me pasaba nada, que eran, solo, cosas del amor. Ella, muy respetuosamente, me dijo que uno está con la gente que lo ama, no con la gente que lo hace sufrir. Mija, esas han sido unas de las palabras más sabías que he escuchado en mi vida, así que recuérdelas. También tengo presente lo último que me dijo el soldadito, que él me podía dar un hijo, que él pasaría los fines de semana con nosotros, pero que no podía decir de quién era, ni tan siquiera a mi familia, que nadie tenía que saber nada. Esas palabras me llegaron a lo más hondo de mi cuerpo y me decidieron a terminar con él el día de mi cumpleaños. Me dije, no puedo seguir así con mi vida, no puedo continuar mendigando amor. Pero sabes, lo más triste de todo era que él jugaba conmigo, con mi único sueño, con mi deseo de tener hijos. Porque eso sí, siempre quise tenerte. Soñaba contigo desde que era muy chiquita. Mis amigas se burlaban de mí cuando me preguntaban que

73

quería ser de mayor y yo respondía, sin pensarlo, que quería ser mamá. El sueño de todas ellas era viajar, estudiar, tener carro, casa... Lo más paradójico fue que, con el tiempo, ellas empezaron a tener hijos y yo no los tenía. Además, a medida que mis relaciones fueron pasando, y con ellas todo el dolor que se puede sentir, mi cuerpo me empezaba a avisar que cada vez era más difícil tener hijos. El soldadito se encargaba de recordarme eso, que él era más joven que vo, que él tenía mucha más vida para estar dando amor a todas las mujeres y que yo, cada día, me hacía más vieja y que ya no tenía muchas fuerzas para amar. Y es verdad Lucía, cuando uno pasa de los treinta, el cuerpo cambia, se transforma. Las arrugas te disfrazan y te dibujan los caminos por los que has pasado, señalándote tanto los aciertos como los desaciertos de la vida. Yo con el amor tuve más desaciertos que aciertos. Me enamoré de mi mejor amigo del colegio. De chiquitos éramos inseparables y él me defendía de los otros niños cuando me molestaban. Fuimos creciendo y él empezó a comportarse raro. Yo no le hacía caso, me decía a mí misma que era una de sus tontadas, pero sentía que me miraba diferente. Un día me trajo una flor y me dijo que quería ser mi novio, yo le contesté que no y que él ya sabía que yo tenía novio. Él se fue corriendo y, desde ese día, se alejó de mí. Después de un tiempo, todo volvió a la normalidad, volvimos a hablar de todo, de sus novias, de mis novios... Un día decidió casarse y, en ese momento, sentí que había perdido algo, que lo que teníamos había cambiado. No quise prestarle atención a lo que sentía, pero, como entonces comencé a trabajar con él, me di cuenta de que la química entre los dos era muy fuerte. Pero él estaba casado y yo nunca me meto

en esas cosas, así que renuncié. Con nosotros la vida ha sido muy caprichosa, sabemos que sentimos algo muy fuerte, que nos amamos de muchas formas, pero no podemos estar juntos. Me hace acordar tanto ese libro que me hacían leer en el bachillerato, *El amor en los tiempos del cólera*, la vida le da fortuna a unos para que puedan estar y a otros pequeños instantes de alegría que nos recuerdan que estamos solos.

Me dirás, mi mamá me está escabullendo el tema otra vez y no me va a hablar de mi papá, pero, precisamente, estoy tratando de que entiendas porque te tuve así; porque decidí amarte sin que tuviera un compañero al lado. Para mí fue muy difícil estar sola, sin alguien que me acompañara a los exámenes, a los ejercicios... pero me llenaba de alegría el saber que tú estabas creciendo conmigo. Recuerdo el día que me dijeron que estaba embarazada. La verdad fue un día que no puedo describir. Sentí que había muerto y que volvía a vivir. El médico me mandó a hacer unos exámenes y estábamos angustiados por los resultados. Él me dijo que en cuanto los tuviera lo llamara y se los leyera. Cuando los recibí no entendí nada, vi algo en negrilla pero no sabía que significaba. Me angustié y a los cinco minutos llamé al doctor. Él estaba en un congreso, por lo que me contestó muy bajito. Le dije que ya tenía los resultados pero que no entendía nada. Él me dijo que se los leyera. Comencé por lo que estaba en negrilla, le dije, la hormona Gonadotropina coriónica está a 1421. Me respondió, Laura, no estás embarazada, y me gritó, estás embarazadísima. Colqué el teléfono en estado de shock y comencé a caminar hacia mi trabajo en la 134 con novena, las lágrimas comenzaron a salir de

mis ojos. A medida que pisaba la tierra firme, veía pasar mi vida ante mí. Aparecieron las imágenes de todos los hombres que me hubiera encantado que fueran tu padre, pero se desvanecieron como cuando se derrumba un castillo de naipes. Los silencios, los desplantes, los adioses... se fueron ahogando en mis lágrimas. Después apareció mi familia, la gente a la que quiero, me imaginaba la cara que iban a poner cuando les dijera que estaba embarazada. Por un breve instante, me gobernó un sentimiento muy poderoso, sentí miedo por todo el cuerpo, ese miedo que dice la gente que se siente al tener una pequeña muerte. Me sentí caminar por un túnel negro lleno de recuerdos, en cuyo final había una luz clara y enérgica hacía la que caminé y, entonces, me sentí volver a vivir. Mi niña adorada, tú siempre fuiste mi decisión, mi certeza. A tu padre no lo conozco y tú nunca lo vas a conocer. Todo fue gracias a ese doctor que me gritó durísimo que estaba embarazada, él fue el que me ayudó a cumplir mi sueño, me ayudó a creer en la vida, a volver a renacer y así, literalmente, es como se llama la clínica donde tu padre biológico dejó esa semillita que te dio la vida.





Marcos

"(...) y finalmente dibujaré el aire y el aire serán las letras de tu nombre, ya que cada vez que te pienso la respiración me duele con un dolor bonito, porque tú eres el aire que respiro" Jairo Aníbal Niño, El aire alrededor.

Huelo la comida, el olor del hogao me lleva a otro tiempo, saboreo el filet mignon y tomo un sorbo de vino, los recuerdos vienen a mí envueltos en miles de sensaciones. Han pasado 20 años y sigo pensando en ella. Recuerdo cuando la conocí, estaba comprando unos cigarrillos y ella caminaba hacia la panadería de la 140, con sus jeans apretados y su camiseta suelta. La vi tan desprevenida, con un caminar torpe, como si sus pies fueran una carga para caminar, y con una mirada totalmente perdida. La seguí con la mirada y me sorprendí al ver que se acercaba a una mesita en la que estaba sentado mi primo Federico. Me apresuré a ir a ese mismo destino, no me importaba nada, solo saber quién era ella, conocer que había detrás de esos ojos. Llegamos al tiempo, mi primo se asombró al vernos a los dos a la vez, ¡Marcos!, ¡Julieta!, qué sorpresa. No entendía muy bien porque estábamos

los tres juntos, pero, simplemente, sonrió y exclamó, ni que lo hubiera planeado. Federico tenía una cita con Julieta, pero mi presencia hizo que habláramos un rato; como no estaba invitado, pero tampoco quería irme, les gasté un café. Ella me acompañó para ver qué es lo que quería tomar y mientras hacíamos fila, le pregunté por ella, por lo que hacía... y me dijo que estaba terminando bellas artes. Seguimos hablando, riéndonos como tontos, con esa sonrisa nerviosa que aparece cuando alguien te gusta mucho. Nos sentamos en la mesa y veía como ella me miraba, me sentía en la gloria, como si esos ojos me estuvieran asegurando toda la vida. Federico se dio cuenta de nuestra conexión y como buen amigo, más que primo, me invitó a acompañarlos a una fiesta que había en la 116. Yo lo único que sabía era que quería seguir viendo esos ojos, porque esas dos pepas negras me habían cautivado desde el primer momento en que las vi y ya no podía apartar mi mirada de ese rostro. Fuimos a la casa de un amigo de mi primo. Al principio, estábamos muy tímidos, pero a medida que la noche oscurecía empezamos a sentirnos cada vez más cerca y ya no importaba nadie más, ni tan siquiera mi primo Federico. La molesté mucho, le dije que tenía que ir a mi casa para cocinarle unos buenos platos, siempre me ha gustado demostrar mi afecto con una buena comida. Cuando el vino ya estaba en mi cabeza, y toda duda o miedo se había desvanecido, me acerqué y besé sus labios. Sentí electricidad por todo el cuerpo, no quería hablar más, solo quería seguir sintiendo esos labios, ese cuerpo... era como si dos mitades que hubieran estado separadas demasiado tiempo, por fin, se hubieran encontrado. Ella me correspondía con sus caricias, pensé en que quería que nos fuéramos

a mí casa, pero me asustaba que ella pensara que iba demasiado rápido. Sin embargo, fue ella la que me invitó a irnos. Nunca me había sentido como esa noche. Su tacto, su olor, sus ruidos... me llevaron a otro mundo, a lugares a los que ninguna otra mujer me había llevado.

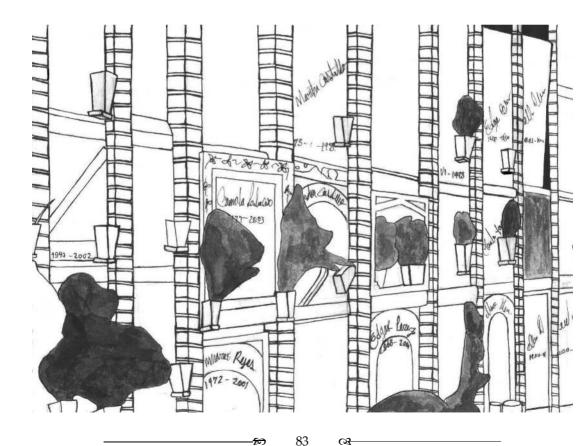
Los días y las semanas pasaron y el amor se hizo cada vez más fuerte. No me cansaba de ella, al contrario, quería compartir todo con ella. Nos divertíamos con nuestros amigos, con la familia, pero, sobre todo, cuando estábamos los dos juntos. Nos gustaba quedarnos en la cama jugando, levendo, comiendo... sintiéndonos libres. Recuerdo cuando andamos en el apartamento desnudos, espantando a los vecinos, y hacíamos el amor las veces que el cuerpo nos dejaba. Me sentía tan afortunado, agradeciendo a la vida lo bien que me estaba tratando al permitirme encontrar esa parte que ya sentía mía; porque Julieta era parte de mí, de mi cuerpo y ya no podía estar sin su presencia. Cuando se iba a clase y llegaba por la noche, me daba una angustia pensar que estaba caminando sola por las calles bogotanas. Cuando se iba para Cali donde su familia, no soportaba no poder tocar su cuerpo, no ver lo que estaba viendo, no poder escuchar su sonrisa en mi oído. Era una sensación tan fuerte como si me quitaran una pierna y tuviera que andar cojo.

A los dos años, me decidí. Quería que nuestra relación se hiciera formal, que la sociedad supiera que le entregaba mis votos a Julieta, la niña de mis ojos. Compré un anillo de plata, nunca le gustó el oro, y preparé una serenata con mi primo, que tocaba el bajo y con un amigo que tocaba la guitarra; sabía que le encantaría. Me puse la nariz de payaso, imaginándome como iba a cantarle

y gritarle a mi amor. Cuando llegamos al apartamento, todo estaba apagado. Comenzamos a cantar, ella salió y se quedó observándonos en silencio. Seguíamos cantando y ella comenzó a llorar, supe que ese era el momento para pedirle matrimonio, sabía que ella me amaba como yo la amaba; nunca nos habíamos sentido tan completos. Con mi nariz de payaso y mi abrigo abierto mostrando mi cuerpo desnudo frente a ella, me llené de toda la valentía para decirle, solo quiero ser tuyo, y le entregué el anillo. Con el corazón hinchado, me quedé esperando su respuesta.

Su prolongado silencio hizo que mis amigos se marcharan del apartamento. Una vez solos, ella finalmente habló y me dijo que se iba con sus papás a Cali. Yo no entendía nada, le pregunté porque quería dejar nuestra casa, esa casa en la que éramos felices. Me contestó dolida, herida, me dijo que eso era lo que yo creía, que estaba harta de mí, de mi pocilga; me gritó que no quería saber nada más de mí en su vida. Yo me sentí morir, mi vida, mi amor se resquebrajaba, se convertía en una pesadilla. No entendía la reacción de mi dulce Julieta. Le pregunté qué le pasaba, le repetí que no le entendía. A medida que le preguntaba, ella se ponía más roja, exaltada, como si mis palabras la enojaran aún más. Vi a una Julieta que no conocía, totalmente trasformada, trastornada. Traté de no irritarme, de calmarme, volví a preguntarle qué pasaba, que si se sentía mal. La respuesta me devastó, lo único malo que me ha pasado en la vida eres tú Marcos. Se dio la vuelta y comenzó a empacar sus cosas. Yo no me lo podía creer, me sentí como un payaso, cómo podía haber creído en esa mujer, cómo no podía haberme dado cuenta de quién era. Ella empacó todo lo que pudo y se fue.

Yo me quedé sentado, mirando la puerta y tratando de comprender lo que había pasado. Me sentía como si una aplanadora me hubiera pasado por encima. Seguí mirando la puerta, ese espacio por donde salió esa última vez que la vi. La llamé al celular muchas veces, pero nunca me contestó. La única noticia que recibí de ella fue a los 6 meses, cuando mi primo Federico me llamó y me dijo, hoy a Julieta la van a enterrar.





Nicolasa

"Yo sigo desafiando al porvenir, y mientras tenga en las venas sangre, te seguiré queriendo, te seguiré adorando" Miguel Abuelo

Me levanto en las noches pensando en aquellos días. La oscuridad es el único momento en el que estoy a gusto, no hay tanto ruido y no siento a las personas a mi lado. Lo único que busco es mi soledad, y eso, porque a veces ni puedo cargar con ella. Hace rato me cansé de hablar, los sirvientes ya me ven y ni me saludan, y las empleadas me dejan las cosas en mi cuarto, pero no les escucho palabra. En las mañanas, el cansancio me coge todo el cuerpo, no hay fuerza que me pueda levantar, me siento paralizada, como un mueble más de la casa. Cuando puedo coger alientos, me encierro en el cuarto oscuro porque es el único lugar que me da claridad, total hay que mirar de frente a la oscuridad cada día.

Los días pasan y pasan y toda noción de tiempo se desvanece, cada momento toma tonalidades iguales, ya ni sé si es lunes o jueves, si es febrero o julio. Cada día es

otro más que me permite saber que pronto llegará el día en el que ya no estaré aquí. A veces pienso en qué dirá la gente, seguro que creen que soy una loca más de amor. Solo quiero quedarme en esta Hacienda, El Cedro es el único recuerdo que tengo de él, quiero seguir sintiendo su presencia en sus recuerdos y esperar. La decisión de dejar todo igualito a como él lo dejó la última vez me imagino que aumenta mi fama de loca. Los muebles chinos y coloniales que tanto le gustaban están en su lugar sus condecoraciones en el salón principal, la biblioteca grande con sus libros y las cartas que tanto le gustaban escribir en el secreter, todo está intacto. Incluso ordené que pusieran una cuerda alrededor de los objetos para que nadie pudiera acercarse a los lugares importantes para él. Casi toda mi hacienda está llena de cuerdas, los sirvientes simplemente pensaron que era otra de mis excentricidades.

En la noche, cuando me da la melancolía, voy a nuestra cama doble y trato de recordar las muchas veces que nos juramos amor. Extraño tanto su piel, el olor de su cuerpo, su ternura al tocarme. Los ruidos me traen de nuevo a esta realidad, escucho al señor que cuida la hacienda, el piso de madera me permite ser consciente de su presencia. Sigilosamente, me escondo en uno de los cuartos para que él no me vea. Pasa a mi lado, pero mi escondite me permite ocultarme, él sigue buscando el origen de los ruidos y como no encuentra nada extraño se devuelve al lugar de vigilancia. Ya me cansé de decirles que no me molestaran, que no entraran a la casa, pero ya ni me escuchan, solo creen que soy una viejita que esta medio loca. Algunas veces, cuando estoy muy aburrida, corro la cortina y veo a la gente; me fijo en sus

ropas y en lo raro que se visten, sobre todo las mujeres, que se arreglan cada vez más atrevidas. Aunque esta costumbre de ver entre las cortinas poco a poco la estoy dejando porque no me gusta saber de nadie, solo espero ese día en que no esté aquí.

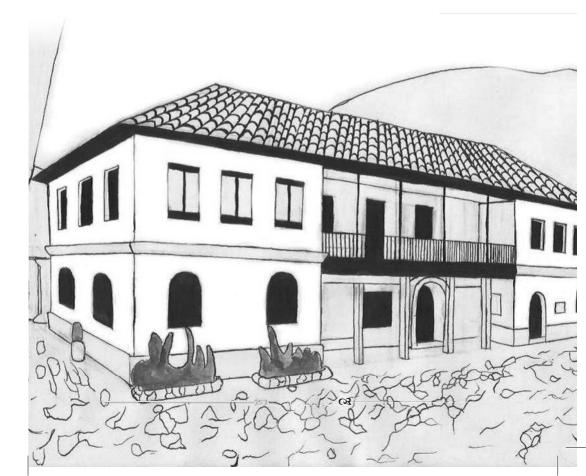
Me levanto otro día más en esta casa grande. La oscuridad me sigue con la luna llena, por un momento cierro los ojos y me vienen a la cabeza las imágenes de cuando besé su boca. Los abro de nuevo y siento el frío del patio central. No soporto tanta brisa, pero esa sensación me permite sentirme viva. Repito la rutina diaria de caminar todo el segundo piso, de perderme en mis recuerdos y disfrutar de la noche estrellada. De nuevo, escucho los pasos del vigilante, él cada día está más pendiente de lo que hago y no hago. Empieza a recorrer la planta baja y luego continua con la segunda. Su presencia me produce rabia, aburrimiento, frustración y todas esas sensaciones mezcladas hacen que me esconda. A veces me enojo y le hago algunas malas jugadas, le quito sus llaves, para que ahí si busque algo que se le haya perdido y deje de espiarme; le muevo el radio de su lugar para que busque sus ruidos y no los míos; o le escondo los sacos para que se muera del frío y deje de molestarme tanto. Las empleadas si han aprendido, saben que si insisten con su presencia puedo hacerles algo. Las pobres me tienen mucho miedo, sé que hablan de mí a escondidas, pero ya ni me importa lo que diga la gente, total el contacto con el mundo de afuera lo perdí desde hace rato.

De nuevo este señor me martiriza con sus pasos, ahora tiene una escopeta guardada debajo de su ruana; la verdad no aprende, este señor es muy testarudo. Me

hace recordar tanto a mi amado Francisco, que cuando se le metía algo entre ceja y ceja lo tenía que hacer, así que todos le dijéramos lo contrario. Un día de estos, a este señor lo voy asustar para que me deje de perseguir. Sigo con la confusión de los días, no tengo nada de claridad, a veces me dan ganas de llorar, pero las lágrimas ya no me salen, es como si me hubiera secado desde hace rato y solo esperara partir.

Otro día que pasa y sigo pendiente de los ruidos del vigilante, su presencia me molesta tanto. Ya no aguanto más, voy a buscarlo y a decirle unas cuantas cosas. Bajo al primer piso, no está; tampoco lo encuentro en el segundo, pareciera que estuviéramos jugando a las escondidas. Pero esta vez yo ya no me voy a esconder, me va a tener que rendir cuentas por su comportamiento y desobediencia. Salgo con mi bata blanca y el cabello blanco suelto; me río al imaginar su cara, el pobre se va meter un susto con esta vieja suelta en la casa. Pero tanto toc, toc, toc en el piso me está volviendo loca. Lo busco de nuevo en los cuartos del segundo piso. Por un instante, siento que alguien me está observando en la oscuridad, me sobrecojo, pienso que se han metido en la hacienda. La luz que entra por la ventana, me deja ver unos ojos oscuros y una escopeta que me amenaza. Por fin nos vemos frente a frente con el vigilante; noto en su cara algunas gotas de sudor, como si estuviera muy impresionado y asustado. Veo sus dedos en el gatillo de la escopeta, me dice que lo estoy volviendo loco, que ya no puede seguir así, que no aguanta más mi presencia, que sus amigos se burlan de él... Le digo que por favor tenga cuidado con ese rifle, que puede hacerme daño. Él me responde que no le importa, que tiene que acabar con el origen

de sus sufrimientos, que no aguanta más este trabajo. Lo miro con dulzura, él me devuelve una mirada fría, aprieta el gatillo y dispara. Siento, sorprendida, como la bala simplemente atraviesa mi cuerpo, no hay dolor, no hay nada, es como un sueño. El ruido del rifle al caer al suelo y los gritos del vigilante me asustan, solo escucho, ¡en esta casa hay un fantasma!!!





Oliver

"Al fin y al cabo somos lo que hacemos para cambiar lo que somos". Eduardo Galeano

Es sábado, a las 6:00 pm tengo que estar en el Camino del Café de Usaquén para hacer una presentación privada. Estoy feliz, es la primera vez que actúo en ese lugar, me parece mágico y siempre he querido contar ahí. Al preparar los cuentos, escojo ese, el que me ha perseguido día y noche durante toda mi vida. Comienzo a estructurarlo, como siempre hago con los cuentos, lo dividido en cada una de mis imágenes mentales y trato de darle mil volteretas para que cambie, para que tenga otra forma, pero como siempre, él retoma su significado inicial. Entonces cojo la moto y doy una vuelta por la avenida séptima antes de la actuación para refrescarme, no entiendo como un cuento te puede gobernar toda una vida.

Durante el trayecto, pienso en lo doloroso que es vivir con mi papá, en los insultos diarios y en el muro que se construye entre nosotros. Él siempre quiso que fuera administrador y yo, a su pesar, me decidí por la cuentería. La muerte de mi madre, en vez de acercarnos, nos alejó todavía más, nos convertirnos en simples extraños. Vivimos en la misma casa, pero, en realidad, somos más unos inquilinos que estamos juntos porque no tenemos otro espacio. Me duele que a mi hermano menor siempre le toque estar en la mitad, es como un balón que trata de llegar a cada uno de los arcos, pero que no lo logra, porque nosotros no se lo permitimos. Por mucho que trate de ser su hijito adorado no lo consigo. Todo lo que hemos vivido, esas historias de silencios, de tensiones, de desencuentros... no nos dan una tregua para poder hablarnos. No entiendo porque mi papá no comprende que vivo por el cuento, que la palabra me ha dominado desde pequeño, que me ha tomado de la mano y llena lo más hondo de mi alma. Además, me ha permitido exorcizar todos mis demonios y sin ella, sin la palabra, no puedo, ni podría vivir.

Vuelvo de nuevo en mí y veo el semáforo que se pone en rojo. Miro a la señora que está en la esquina sentada con sus cuatro hijos, tiene facciones indígenas y sus ojos reflejan mucho dolor. Me gustaría poder llegar a ella, que me contara un cuento y sintiera como estos nos pueden aliviar un poco esta carga de la vida. Sé que ella tiene también muchas historias que no quiere contar, que las palabras a veces son muy dolorosas, que traen tantos recuerdos que no se pueden manejar. A veces, pienso que eso es lo que le pasa a mi padre, que las palabras le dan miedo. El carro de atrás me pita, de nuevo me he distraído en mis pensamientos. Arranco y me voy a Usaquén. Llego al café, saludo a todos, este lugar es como una segunda casa, todos nos conocemos desde hace mucho tiempo. Yo siempre he venido como cliente, pero esta vez

ya soy un servidor más. La dueña me saluda y me pregunta, Oliver, ¿cómo vas?, ¿qué nos vas a contar hoy? Solo atino a responder, un cuento que necesito contar y que se ha apoderado de mí. Realizo un gesto chistoso, mostrando unas manos que me ahorcan. Ella se ríe y en sus ojos se ve una chispa de vida. Ayudo a arreglar el escenario para la presentación, incluso ponen una pantalla gigante en la parte de afuera para que las personas me vean; como me gusta este lugar, tan lleno de aire, de árboles... Me pongo mi ropa de escenario, voy todo de negro, como los oradores griegos. Hago varios ensayos de voz y me imagino el cuento varias veces.

Desde mi rincón, veo que hay varias mesas reservadas, eso me alegra. Hoy puede ser un buen día para exorcizar mis demonios. La gente va llegando y se va sentado en las mesas. La luna llena está saliendo, veo el cielo estrellado y por un momento pienso en el cielo de mi madre. Llega el momento de pararme en el escenario, de que el cuento se apodere de mí y cuente lo que quiere contar. Todo está lleno, menos la mesa que queda al frente del escenario. Me pregunto a quien se le habrá hecho tarde. Trato de imaginarme las personas que estarán allí sentadas, pero me distraigo con una señora que está con su hijo. Ya es el momento, la dueña me avisa que debo empezar. Inicio y el cuento empieza hablar por mí, veo a la gente que se empieza reír, siento que hay una conexión entre el público y yo. Empiezo a sacar todas esas emociones que están dentro del cuento, él sigue utilizándome como un ventrílocuo y yo me dejo, porque necesito que salga todo. Observo como la gente pasa de la risa a la sorpresa, de la sorpresa a la tristeza, de la tristeza a la risa... Estoy llegando a la fibra de cada

uno, lo veo en sus caras. Además, estoy llegando, por fin, a dominarlo, va él no me domina a mí. Por un momento, en plena narración, me quedo callado, no puedo creer lo que estoy viendo, muevo la cabeza para comprobar que no estoy soñando y sigo hablando para no interrumpir el cuento. Pienso, y ahora qué hago, no puedo cambiar de historia, no, no lo puedo hacer. Veo como él se sienta en la primera mesa con sus amigos de la oficina, todos silenciosamente tratando de no interrumpir. ¿Cómo voy a seguir contando su cuento?, ¿cómo voy a seguir contando su vida? No puedo creer que el protagonista principal esté al frente. Por un momento, me atrevo a mirarle a la cara, la conozco tanto, la he visto tantas veces. Pero algo extraño me gobierna, veo que su imagen ha cambiado, que está más canoso, que su mirada es más serena. Es la primera vez que mi padre me ve en el escenario, siempre se negaba a verme, recuerdo sus palabras, eso es cosa de vagabundos. Sigo hablando, sigo contando de su tristeza, de cómo se enteró que mi madre había muerto, de cómo yo me escondía en las escaleras. La gente está llorando, pero no veo reacción alguna en él. El relato ya no me importa, solo me interesa su reacción; siento como el cuento me deja poco a poco y me pregunto cómo voy a terminar. Mi cuerpo se encalambra, mi corazón palpita más de la cuenta. La gente está súper enganchada, no puedo cambiar absolutamente nada, no lo puedo hacer. Me lleno de toda la fuerza y valentía para terminarlo, uno puedo odiar a su papá, pero se puede sentir morir cuando lo ve llorar. Sin querer, mis lágrimas brotan, esas lágrimas que había llorado tantas veces debajo de la escalera. En una reacción rápida me las seco. La gente, llorando, em-pieza a aplaudir, es una ovación impresionante. Yo miro

la mesa de la primera fila, ya el cuento ha desaparecido, solo me importa su protagonista. Veo a sus amigos, él no se mueve; pienso que en cualquier momento se va parar y me a sacar del escenario. La gente sigue aplaudiendo, lo único que quiero es salir corriendo, pero no puedo, tengo que dar las gracias y esperar a la dueña. En ese mismo instante, mi padre se levanta, se dirige al escenario y me da un abrazo. Fue la primera vez que sentí que el cuento nos permitía derrumbar ese muro que había entre los dos. El cuento se fue y volvió mi padre.





P_{ola}

"¿Qué sería de la vida, si no tuviéramos el valor de intentar algo nuevo?". Vincent Van Gogh.

Preparo el desayuno mientras escucho desde el segundo piso la cantaleta de mi papá, usted es una buena para nada, las mujeres sirven solo para... No quiero seguir escuchándolo, me pongo los audífonos con la música a toda. Estoy cansada de tanta basura, decido salir a caminar por la loma y respirar un rato, este ambiente de la casa se pone pesado con este hombre que se las da de macho. Cojo las llaves impulsivamente, antes de que él baje al primer piso y me siga atormentado con sus gritos. Salgo, pero eso sí, le doy un golpe a la puerta bien fuerte, para que escuche y se enoje todavía más.

Me voy al parque que queda cerca de mi casa, tengo que aclarar todo este remolino de pensamientos y sentimientos que me tienen un poco ahogada. Necesito tomar fuerzas para seguir, porque lo de la lucha diaria es para machos de verdad. Quiero un cigarrillo para tranquilizarme, sé que no debo, pero tengo ganas de uno, no lo

puedo evitar. Lo saco de uno de los bolsillos de mi chaqueta, busco como desesperada el briquet y lo prendo. El humo va a mis pulmones, es como un sedante para mí. A medida que lo boto, los recuerdos salen con facili- dad. Me viene la imagen de Daniela con su panza, una culicagada más que es mamá, pero con una historia tan fregadamente dura. Me llega el olor del cigarrillo, la ansiedad se convierte en rabia cuando pienso en el perro del padrastro que la abusó desde los 8 años y cómo la única forma para que la dejara tranquila fue decirle que estaba embarazada. ¿Qué pasa con esta puta sociedad? Tan joven y con tanta vaina en la cabeza, como tanta peladita por ahí con historias parecidas, y encima muchas mamás que no les creen. Solo con pensar en eso se me eriza la piel. Pienso en mí y siento ira hasta de ser mujer por el hecho de ser tan vulnerable. Respiro profundo, me quito los audífonos, prefiero escuchar el ruido de la calle, no sé porque, pero siempre que trato de pensar en mí acabo pensando en los demás, como queriéndome evitar. Soy Pola de Calcuta. Me río un rato de mí misma. ¡No es una opción!, basta con ser Pola, nada de madre de Calcuta. Me siento una reinita pensado en respuestas idiotas, pero necesito drenar toda esta rabia y toda esta mierda.

Veo de lejos al primo de Gabriel metiendo un cacho en un arbusto, pienso en la inteligencia del Gabriel y en las condiciones en las que vive, sin agua, sin luz, sin alcantarillado... en mi cabeza resuenan las palabras que me dijo la última vez que nos vimos, el gobierno todavía no responde Pola, porque no sabe de qué localidad es este barrio, si de la Calera o de Usaquén, eso pasa por estar al límite. Es la escusa perfecta para no pensar en la gente, como no pertenecemos a nadie ni a nada. ¿Acaso crees que realmente a ellos les interesa que perte-

nezcamos a algo? Es una mierda la falta de plata. Yo tengo sueños, pero por mis condiciones nunca los voy a cumplir y ¿sabes por qué? No supe que responder, ¡porque nací donde nací! Repito las palabras de Gabriel e, instintivamente, pongo la mano en mi estómago. Me concentro en la humedad del cigarrillo en mis labios, con el humo que saco de mí boca parezco un dragón, pero un dragón que sí sigue soñando

Sin embargo, no puedo dejar de sentirme inquieta, tengo miedo. Respiro de nuevo profundamente, la Pola con miedo, me río y me pregunto qué diría la gente si lo supiera. Así que nada de ir dejándolo ver, toca ponerme mi caparazón, porque sino la gente se empieza a meter con uno y ese chance no sé lo doy a nadie. Este es un mundo donde los débiles no sobreviven, se los comen vivos. La gente sabe que no soy una mujer cualquiera y que no me dejo de nada ni de nadie. ¡Mierda!, qué rabia estar asustada y tener que ponerse caparazones. Recuerdo cuando conocí al Pitufo, con esa mirada de no me importa nada, de no le tengo miedo a nada. Me sobrecogió la seguridad de sus ojos sobre mi cuerpo. Así que nada de meterse con él, porque él la tiene clara, nada le importa, ni morirse ni llevarse unos cuantos por delante.

Ahí va doña Matilde buscando cuál de las tiendas le puede fiar el día de hoy. Tengo que tranquilizarme, sacar tanta vaina que tengo en la cabeza. El miedo sigue en mi cuerpo y pienso en la gente que tiene la cabeza más fregada que la del Pitufo. Esos paracos de mierda, a los que el gobierno les dio plata y todas las garantías del mundo para que nadie se pueda meter con ellos, y mientras tanto se tiran el barrio con todas las porquerías que aprendieron en la puta guerra. Y la tomba se dedica

a coger a los marihuaneritos, pero nunca al que vende la droga, a la mafia que se tira el barrio. ¿por qué será? ¡Oué mierda de sistema! Para que esto cambie está teso. No puedo de dejar de sentir una mezcla de angustia y rabia. Todo me da vueltas, es como un remolino que va a toda. Cada uno de mis pensamientos es un espejo que refleja un miedo profundo de mi realidad diaria y de mí misma. Tengo miedo de hablar, de enfrentar la realidad, de la diaria cantaleta de mi papá, de las lágrimas de mi mamá y de saber que ella va a asumir la culpa de todo. Y la rabia aumenta al darme cuenta que mi papá tiene parte de razón, que vivimos en un mundo de hombres en el que las mujeres somos las culpables de todo. Y como toda mujer culpable me enamoré de un hombre, con toda la intensidad en que vivo la vida, con todo el embobamiento que se puede sentir, con todo el deseo que pude experimentar en mi cuerpo y me arrojé a sus brazos. Y ahora, por supuesto, es mi culpa, por estar buscando lo que no se me había perdido, como dicen mis tías. Si claro, que vayan con esa culpa a otra que se la crea.

Siento algo en mi estómago, toda la transcendencia de mis reflexiones se pierde al sentir vida en mí, como si ese alguien me jalara desde dentro y me despertara. ¡Mierda! Tengo que enfrentar el miedo, no puedo ocultarme más con camisetas y sacos grandes, llegó el momento de hablar; que mi papá quiera creer lo que quiera, que la gente siga hablando, ya no quiero ocultar más, no puedo ocultarme a mi misma que voy a ser mamá. Me lo repito con toda la seguridad, tratando de botar la angustia. Pienso en mi mamá, en todas las mujeres que viven en peores condiciones y pueden salir adelante; pues nada, seré una más que no se deja de esto. Respiro de nuevo.

Apago el cigarrillo, lo espicho y le doy giros con mi zapato. Me siento rara con esos movimientos en mi vientre, juro que no más vicios de este, tengo que cuidarme y darle lo mejor al man que se está formando. No puedo seguir pensando en tanta gente, tengo que centrarme en este cuerpecito al que le voy a dar vida y me da fuerzas desde el estómago, como si ese fuera el lugar más importante de mi cuerpo. Me escucho muy cursi pensando todo esto, me río de mí misma y me siento mucho más tranquila. Me paro y pienso que tengo que ir a enfrentar a mi papá y decirles a mi mamá y a él que estoy embarazada, que voy a ser mamá y que, así no me crean ni una palabra, voy a cumplir mis sueños, aunque para ellos y para toda la sociedad esté predestinada al fracaso por ser una mujer, joven, pobre, sin profesión y embarazada. Esto no me va a determinar, porque ya no voy a ser una sino que vamos a ser dos; dos que seguiremos juntos luchándola en este lugar donde nos ha tocado nacer.



Quino

"La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia" Edgar Allan Poe

El día que conocí a Quino estaba empezando la residencia psiquiátrica en la clínica Montserrat. Él era uno de los pacientes del pabellón de cuidados especiales y cuando lo vi sentí un algo que no pude descifrar en ese momento. Él se me acercó con su cuerpo delgado, me miró fijamente, como tratando de descubrir mis intenciones, y me dijo: va ser usted el de mis sueños, por fin nos encontramos. Mucho gusto, Quino. Yo le respondí, mucho gusto, soy el Doctor Jaime Gómez y voy a estar un año aquí para acompañarlos. Él me miró y me dijo, falta un año, vaya, cómo pasa el tiempo, falta poco ¿no doctor? No entendí nada de su enigmático lenguaje y, simplemente, pensé que era un paciente con muchos problemas. Quino era todo un personaje, se levantaba por las mañanas cantando, es María la blanca paloma, es María la blanca paloma que ha venido a América, que ha venido a América, que ha avenido América a

traer la paz. Desafinaba tanto, pero cantaba con tanto sentimiento que nos alegraba el día. También cantaba otras canciones que le salían en el momento, algunas eran chistosas, otras tristes, otras no tenían sentido. Una vez, Beatriz la enfermera le dijo, Quino ¿Qué estas cantando? eso no tiene ni ton ni son. Él la miró extrañado y le respondió, ¿acaso la vida tiene sentido?, así pasa con mis letras. También tarareaba como buscando algún recuerdo a través de los sonidos, se concentraba tanto en esos sonidos indescifrables, parecía un niño chiquito con un juguete. En otras ocasiones, bailaba y buscaba movimientos con su cuerpo, decía, en mi otra vida voy a ser bailarín de cabaret, no de ballet sino de cabaret porque eso tiene más glamour. Cuando amanecía con el don, como él lo llamaba, predecía el futuro. Leía el naipe español y hacía reuniones con sus otros compañeros de área; era buenísimo verlos a todos reunidos atentos a lo que les dijera Quino. Se ponía una especie de turbante, se sentaba alrededor de un tapete con velas y hacía movimientos para invocar a los espíritus. Era todo un médium. A cada paciente le hablaba de su familia, de sus enfermedades y de su futuro. Todos lo miraban atentos, como si fuera realmente un gurú, incluso algunas vigilantes le creían cosas. Esa, supuesta, capacidad de ver más allá de lo que la gente podía ver lo convirtió en una especie de líder respetado y admirado por todos sus compañeros.

Cuando me acercaba mucho a sus reuniones, él me miraba y como veía en mí un gesto de burla, me exclamaba, yo sé que usted es un incrédulo, pero aunque usted crea fervorosamente en la ciencia, la ciencia no le va a poder explicar todo en la vida y hay cosas que siempre van a ser incompresibles, incluso para usted. Luego se acercaba, me miraba fijamente

a los ojos y me decía, doctorcito sé que un día se va acordar de mí y de mis palabras, porque usted me va a matar. Para mí todo lo que decía era un sin sentido más; sin embargo, la seguridad de sus palabras me desconcertaba. Cuide sus palabras Quino, mire que si no se calma le toca electroshocks. Los días pasaban y me miraba como si yo le debiera algo. Una tarde se me acercó y me preguntó, ¿Usted cree qué de verdad hace algo importante en la vida? A usted le han enseñado a seguir las reglas, a normalizar a la gente... No supe que responderle, sin embargo, él no estaba buscando respuesta sino, más bien, darme un sermón, pero ¿sabe? Las personas que valen la pena son aquellas que pueden romper las reglas y construir nuevas realidades, continuó pensando en voz alta, usted doctorcito quiere imponerme este mundo normalizado y tal vez yo nunca lo he querido. Yo lo miraba, seguía sin saber que responderle, siempre me cogía desprevenido y me dejaba sin palabras. Cuando terminó, me miró, me dio la espada y se fue cantando una de sus creaciones especiales para mí. A pesar de haber pasado tanto tiempo todavía la tengo en mi cabeza, al viejo hospital de los loquitos, llegó el pobre doctor mal herido, un loco espantapájaros bandido lo sorprendió y su vida electrizó.

Un día, cuando quedaba menos de una semana para irme del hospital, Quino se levantó en un silencio sepulcral. Estaba ensimismado en sus pensamientos, caminaba de un lado a otro, como diseñando algún plan; no quería comer ni hablar con nadie. Era notorio que le pasaba algo, todos estábamos extrañados y atentos a su comportamiento. Buscó a la enfermera a la que más serenatas componía, la miró serio y le dijo, *Beatriz, ¿me puedes llamar al cura?*, *lo necesito urgente*. Ella lo miró extrañada, como tratando de adivinar a través de su cara su nue-

vo juego y la desconcertó no encontrar su mirada pícara sonriente, sino la de un señor con mucho peso encima. Era tan raro de explicar, porque Quino, así tuviera más de treinta años, era un niño con cuerpo de hombre, se burlaba de todo y todo le generaba risa. Sin embargo, esta vez tenía puesta su cara de seriedad, como si lo que le fuera a decir al cura fuera realmente de vida o muerte. Beatriz, al sentirlo así, le dijo, Quino voy a tratar de hacer todo lo posible para conseguirlo, para que venga en estos días. Él, suplicando, le respondió, necesito que venga antes del martes. Ella le preguntó, ¿por qué tanta urgencia?, Quino solo le dijo, ya sabrás. Beatriz se quedó muy preocupada por Quino e hizo todo lo posible para que viera al cura.

El domingo por la mañana, tuvo visita de su madre. Quino le entregó las cartas, los libros que tanto había atesorado y le pidió que cada mes trajera chocolates a la gente del hospital. Su madre, aunque extrañada, acep- tó con facilidad. Después de la visita, tenía cita con el cura, quería confesarse y que le diera la extremaunción. El cura, también extrañado, le preguntó porque la quería si no estaba muerto y él solo le respondió, porque ya estoy más cerca de la muerte que de la vida, el martes ya no voy a estar aquí padrecito. Además, necesito que usted me confiese, escuche todos mis pecados y salve de toda culpa al que me va matar. El cura atónito le dijo, no te preocupes que nuestro señor siempre nos escucha, nadie te va a matar. Hijo, no tengas malos pensamientos, Dios está con nosotros y nos cuida de todo mal. El padre lo miraba compasivo, como si fuera otra persona desahuciada por sus problemas mentales. Le dijo que rezara cuatro avemarías y cinco padres nuestros. Quino le preguntó, ¿los puedo cantar en vez de rezar?, el cura solo atinó a decir, hijo, con tal que lo hagas con amor.

El lunes comenzó con Quino cantando el avemaría v el padre nuestro. Luego empezó a despedirse de cada uno de las personas de la clínica; a algunos les daba escritos de sus canciones, a otros les prometió dulces cada mes y a mí me miró con cierta rabia y me dijo, usted me va a matar. Yo, acostumbrado ya a sus locuras, le dije, deje tanta bobada Quino y póngase a hacer sus deberes. Al día siguiente, se levantó, limpió muy bien su cuarto y almorzó con toda la tranquilidad del mundo. Como a las siete de las noche empezamos a escuchar unos gritos infernales, era Quino, ¡el doctor hoy me va a matar!, ¡el doctor hoy me va matar! Yo ya estaba cansado de tanta impertinencia, además ese día había atendido a muchos pacientes, así que le grité amenazándolo, ¡Quino cuidado con sus palabras, que le doy una buena dosis de electroshocks!! Después de un rato, los enfermeros me avisan que Quino tiene una crisis muy fuerte. Les ordeno que preparen todo para el electroshock. Rápidamente, lo alistan, lo suben a la camilla y lo llevan a la sala. Le limpian la frente, le ponen los electrodos, un trapo en la boca y lo amarran. Empezamos con las descargas. A medida que le aplicamos el tratamiento, sus ojos comienzan a irse y su cuerpo empieza a moverse cada vez más fuerte. En la tercera descarga, pasa algo inesperado, Quino no responde, está tieso. Paramos todos los aparatos, llamo al equipo médico de turno, tratamos de reanimarlo varias veces, pero él está como una piedra en la cama. No puedo creer lo qué está pasando, es mi último día en la clínica y Quino se ha ido. Me viene a la cabeza una de sus raras composiciones, me creen loco, pero el loco es otro, el que cree que tiene la razón y yo, sin querer, le voy a meter desazón a su razón.



Rosa

¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? Primero fue el pollito. Jairo Aníbal Niño. ¿Qué fue primero?

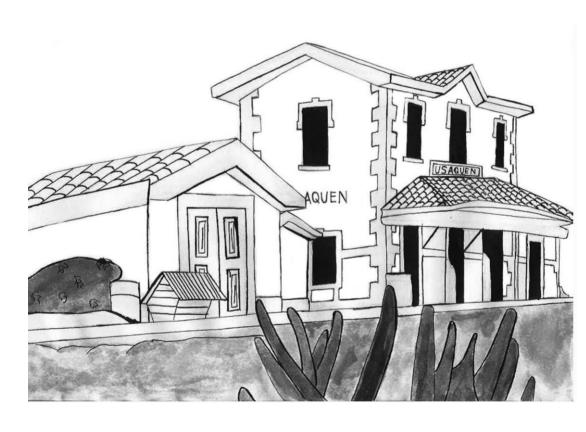
Veo a mi nieta llegar corriendo del colegio Buena Vista. Le doy un abrazo, me contagia su alegría y le digo, bienvenida mi amor, ¿cómo te fue en el jardín? Ella me da un beso en la mejilla y me muestra el dibujo de su familia que hizo en el cole. En sus garabatos estamos su mamá, sus hermanitos y yo, que estoy a su lado con una flor. Abue esto es para ti. Mi amor que dibujo tan hermoso, pero ¿por qué pones a esta vieja en esa pintura tan bonita? Ella me mira sorprendida y me dice, porque eres mi abue y la más ninina. Mi corazón se hincha cuando la escucho decir eso, mi orgullo de abuela se agranda, esa cosita tan bonita me da consuelo en la vida. Me cuenta que también hizo otro dibujo, me lo muestra y la imagen de una gallina con sus pollos me trasporta en el tiempo. En la vejez, la cabeza está más en el pasado que en el presente. Mis recuerdos se mezclan con muchas sensaciones, viene, de un totazo, el momento en el que partimos del campo y nos vinimos

a vivir a la ciudad. Ese dibujo despertó cada sensación que sentí en aquella época. Abue, ¿te pasa algo? No mijita, vaya a bañarse las manos para comer y hacer los deberes que la mamá viene y nos regaña. Abue, cuéntame un cuento. Mi cosita linda, venga coma y nos ponemos a hacer las tareas. Le sirvo la sopita que tanto le gusta y con cada cucharada me voy a cuando tenía la edad de Daniela, a esa mirada inocente. Llevo a la niña a la cama para que se acueste un ratito mientras vo trato de resolver esa sensación tan inquietante. Me acuesto al lado de esa cosita pequeña v ella me pide que le lea el cuento del patito feo. Al poco me dice, Abue tengo sueño. Mi amor duerma, que luego nos levantamos a hacer la tarea que la mamá viene por usted. Le coge el sueño, la miro dormir con esa respiración de animalito chiquito. Vuelvo a esas imágenes que me transportan a hace 60 años. Era toda chiquita e inquieta como Daniela, me gustaba jugar con todos los animales, pero mis preferidos eran los perros, las gallinas y los pollitos. Mi mamá me decía que tuviera cuidado con las gallinas, que me iban a picotear, pero a mí no me importaba. Jugaba a ser un polluelo más, movía mis brazos y los perseguía. Otras veces, les daba comida, trataba de ser como sus madres y las gallinas me picoteaban. Yo no podía decirle nada a mi mamá porque me pegaba. Un día, decidí no perseguir a los pollos y me fui a perseguir a los perros. A la carrera, llegué a la vereda próxima y comencé a buscar mi tesoro imaginado detrás del pozo. Escondida vi como llegaba una gente a casa de los vecinos. Salieron de la casa con el esposo de doña Carmenza y le pusieron un lazo en el cuello. Luego cogieron a doña Carmenza, la tiraron al suelo, le rompieron la falda y uno de ellos le metió el bulto que los hombres tienen entre las piernas.

Yo salí corriendo, asustada y con los perros persiguiéndome, ellos se dieron cuenta y comenzaron a gritar que tenían que coger a la niña. Sin mirar atrás, corrí lo más que pude. Llegué ahogada a mi casa y me encerré en mi cuarto a llorar. Mi mamá me preguntó que me pasaba y le dije que a doña Carmenza y al esposo les habían hecho daño. Mi mamá le contó a mi papá y esa noche nos fuimos a dormir al monte. Hicimos un cambuche arriba y mi papá vigilaba para ver quién se metía a la casa. Ese día también lo habían amenazado y la gente decía que estaban quemando las casas de la gente roja. Mi papá decidió que, para estar más seguros, íbamos a dormir unos días arriba en el monte.

Las historias de lo que les hacían a los rojos corrían como la pólvora: que se metieron en la casa de don Ramiro y le hicieron comer tierra y que luego, cual gallina, se cambió de partido; que a don Augusto lo dejaron muerto en la vía, como a un perro, para que todos viéramos qué se le hacía a esa gente... A mi papá le daba miedo que le hicieran algo a mi mamá, porque estaban violando a muchas mujeres y ellas quedaban embarazadas de esa violencia. Mi papá ya no podía dormir tranquilo y una mañana le dijo a mi mamá, al diablo, nos vamos a la capital como sea, que se metan su partido donde les quepa. Madrugamos, mi mamá y vo comenzamos a meter la ropa en costales y las cosas de la casa en cajas. Como estaba preocupada por los animalitos, fui a ver cómo los íbamos a empacar. Me quedé paralizada al ver como mi papá cogía las gallinas y con un apretón fuerte retorcía completamente sus pescuezos y las metía en el costal. Sentí frío por todo el cuerpo, no podía quitar la vista de esa bolsa de tela en la que los cuerpos de las gallinas muertas seguían moviéndose. Pensé en los pollos, quería esconderlos, no podría soportar que les pasara lo mismo que a sus mamás; quería llevármelos y protegerlos, seguir jugando con ellos. Mi papá me apartó, cogió los pollos y los metió en una caja. Salimos de la casa, yo miraba por un huequito y les decía, pío, pío, pío, como tratando de calmarlos; me sentía tan mal, quería ser su mamá gallina. Paramos en la casa de unos amigos, nos despedimos y mi papá les regaló la caja de los pollos, les recomendó la finca y les aconsejó que se fueran. Yo fui corriendo a donde el amigo de mi papá había puesto la caja, la abrí, miré los pollos por última vez y les dije, pórtense bien pollos, ustedes ya son grandes y se pueden defender solos, tratando de decírmelo a mí misma. Mi papá me llamó, me cogió y seguimos el camino. Todo el tiempo fui con la cabeza abajo, pensando en las manos grandes y fuertes de mi papá y en como hicieron tronar el pescuezo de las mamás de los pollos. Llegamos al restaurante, mi papá negoció las gallinas, las vendió y con lo que nos dieron, compramos el pasaje para venirnos a Bogotá.

Daniela se despierta, me grita, ¡abue!!, yo corro como si su llamado fuera urgente. La abrazo fuerte y le digo, Doña Daniela a hacer las tareas. Ella me mira y me dice, abuela, venga te doy otro regalito. Coge su segundo dibujo y con su media lengua me dice, abue, te regalo los pollos, tú eres la mamá gallina, tienes que darles comidita y cuidarlos. Al coger el dibujo, las lágrimas salen de mis ojos, todos los recuerdos se mezclan y siento un nudo en mi gargan-ta. Dani me mira y me pregunta extrañada, abue, ¿te pasa algo? Yo solo le respondo, voy a ser mamá de mis propios pollos.





Sergio

"Todo lo que puede ser imaginado, es real" Pablo Picasso

Mi amigo Sergio no creía en la leyenda popular que corría entre los hombres del barrio, hasta a aquel día que subió por el camino de la loma. Esa tarde le dijo a su mujer que llegaría temprano, pero se encontró con unos amigos en la tienda de doña Rosalba y un trago lo llevó a otro y se le fue la tarde. La falta de plata y las deudas con doña Rosalba no le permitieron continuar y tuvo que volver solo a casa. Por la hora que era, decidió coger el camino más rápido, a pesar de los rumores que habían empezado a escucharse, porque quería llegar un poco más temprano y que su esposa no le gritara más de la cuenta.

A medida que caminaba, Sergio pensaba en los nuevos chismes que corrían en el barrio. Rodrigo se estaba metiendo con la mujer de Alberto, pero si ella es lo más recatado de la casa, menudas habilidades las de Rodrigo, se decía así mismo. Lo que más le afectaba era como se resolvían los conflictos de faldas, a veces se podían hacer muy bien las cosas, pero cuando no, se llegaba a peleas con puños, cuchillos o como le pasó a Pedro; al pobre lo descubrió el esposo de Marcela y el tipo, que era un ganán del barrio, el día del bazar no aguantó más y le metió un tiro; ahora Pedro anda medio paralítico.

En el barrio, Sergio tenía fama de ser el hombre más fiel del mundo; podía tener a la puta más puta a su disposición y no la cogía, no le hacía nada. Porque eso si, en el barrio se sabe todo, pueblo chiquito infierno grande, todos nos conocemos con todos. Pero igualmente pecamos con nuestros pensamientos, deseamos a la mujer del prójimo, queremos tener cada vez más, como si se quisiera llenar una vasija que siempre está rota y Sergio no era la excepción. Pensaba en la mujer de Mauricio, pero no quería tener ningún problema con nadie v como ella ni lo miraba, no había lío. Sin embargo, cuando hacía el amor con su mujer, se la pasaba soñando con el cuer- po de ella, con su piel canela, con sus ojos negros, con su cintura, incluso con sus imperfecciones; soñaba con todo su cuerpo, con cogerlo y hacerlo suyo. A medida que subía, pensaba en ella. Su miembro, independiente, se le paró con todas las escenas que le venían a la cabeza. Hacía un gran esfuerzo por caminar, sentía la calentura de su cuerpo mezclada con el frío helado del camino de la loma. Anhelaba tanto acariciar cada una de las partes de Miriam, recorrer sus olores más íntimos y, sobre todo, deseaba oír sus gemidos y ver en su boca el gesto de placer. Su esposa y sus hijos pasaban a otro plano cuando soñaba despierto. Lo único que pensaba era en ella, en su mirada, en su cuello, en sus manos, en su espalda, en sus piernas... coleccionaba en su memoria cada una de

Álbum de retazos

sus partes y, con tan solo cerrar los ojos, armaba con sus recuerdos el rompecabezas. Nadie se podía imaginar lo que él hacía, solo él. Se reía a medida que caminaba. Pensaba en la inclinación de la loma y en como muchas veces trataba de parar todos esos pensamientos inclinados que lo hacían sentir culpable. Después de ese collage de imágenes, sentimientos y borrachera vino a su mente la imagen del martes pasado cuando se encontró con Miriam en la panadería. Ella llevaba la piyama sin el sostén y el frío de la mañana hacía que sus pezones sobresalieran de la camisetica que llevaba puesta. El simple recuerdo le generó electricidad en todo su cuerpo. Seguía caminando y pensando en la imposibilidad de conseguir algo de ella, ni una mirada, ni un saludo... una total negación que le generaba aún más deseo. Pero él tan tímido, tan de la casa, sabía que no iba hacer nada con una mujer y menos con ella.

Seguía anhelando el cuello y las piernas de Miriam, estaba tan perdido en sus pensamientos que no se dio cuenta de lo oscuro que estaba el camino. De pronto, se tropezó con una piedra, el esfuerzo por no caerse y el frío que le entró por todos los poros hicieron que se despertara de esa especie de borrachera sueño erótico. Por un momento, se sintió perdido y trató de agilizar el paso para llegar a la cima, a su casa. Su cuerpo, sin embargo, no le permitía acelerar más, la cantidad de trago lo tenía turuleto. En sus intentos por mantenerse y seguir caminando escucha unos ruidos detrás de un árbol, voltea y es una mujer.

Por un momento, piensa que es Miriam y su cuerpo se hincha por el deseo. Se da cuenta que no es ella y que, además, tiene una palidez muy extraña. Ella comienza a acercarse a Sergio. La cercanía le descubre la dulzura de su cara y un gesto que no puede descifrar. Ve sus ojos y los siente tristes, como si hubiera perdido a alguien. Sergio no puede dejar de mirar su vestido blanco y su pelo largo suelto. Ella lo mira, le coge la cara y le pregunta, ¿por qué no vienes conmigo? Él solo atina a responder, ¿quién eres tú? Ella lo mira y le dice, necesito amor. Ser- gio solo puede pensar en Miriam, en la mujer que tanto desea. Pero, por un momento, se le ocurre darle amor a esa mujer de los ojos tristes, total su mujer ya se habrá acostado y la cantaleta está asegurada en el desayuno; y, además, no tenía a Miriam. La mira, la coge de la mano y se van caminando por el bosque que hay en el cerro.

Al otro día, su esposa lo encontró en el camino dormido, desnudo, sin ninguna de sus pertenencias y con todo el cuerpo rasguñado y moreteado. Al verlo, pensó que estaba muerto y gritó fuertemente; algunas personas que andaban se acercaron a ver qué pasaba. Su mujer puso su oreja en su pecho, sintió su corazón latir fuertemente y al ver que estaba vivo, comenzó a golpearle con toda su fuerza. Se sentía traicionada, lastimada, no entendía porque Sergio tenía huellas de otra mujer en su cuerpo, creía que era diferente a todos los hombres. Poco a poco, él empezó abrir los ojos, la cabeza le daba vueltas, no recordaba nada de lo que había pasado, no entendía porque estaba desnudo o porque estaba tirado en medio del camino. Lo único que recordaba era la tibieza de la mano de Miriam y el deseo que le generó aquella mujer con ese vestido blanco de novia y esa necesidad de ser amada. Al ver como su mujer lo miraba y la gente llegaba, trató

Álbum de retazos

de taparse con la chaqueta de su esposa. No sabía que decir, siempre había rechazado los engaños en el barrio y él ahora se veía bajo el escarnio público. Su mujer sólo acertó a preguntarle, temiendo la respuesta, qué le había pasado. Él exclamó exaltado, la mujer del vestido blanco, esa que ronda a los hombres y se los lleva y les hace daño, miren como me dejó... Todos lo miraban y recordaban lo que contaban otros pobres hombres sobre esa mala mujer que rondaba por el barrio. Además, Sergio, tan juicioso, nunca había tenido una caída con nadie, era claro que todo había sido un engaño y esa mujer era, como decía la leyenda, un fantasma endemoniado.

Mientras Sergio trataba de calmar a su esposa y explicar a las personas que estaban alrededor qué había ocurrido, Miriam bajaba a trabajar. Ella se acercó a ver qué pasaba y él, pudoroso, trató de ocultar su cuerpo. Al principio, el cuadro le pareció cómico, patético... pero, precisamente, esa imagen patética y de sumisión la atrajo. Comenzó a observar con deseo cada parte del cuerpo de Sergio, él se dio cuenta y se sonrojó. Pensó en las veces que él la había visto así, sintió una fuerza interna y pensó en que lo único que quería era seguir perdiéndose en las noches.



Tatiana

"él era un fabricante de mentiras, tenía las historias de cartón. Su vida era fábula de lata, sus ojos eran luces de neón. Y nunca tengas fe, que sus mentiras pueden traer dolor". Sui Generis, fabricante de mentiras.

Llegamos al bar La Ruana de doña Juana. Clau y yo nos sentamos cerca de la puerta a esperar a sus amigos. Recuerdo cuando él llega, me encanta, lo detallo y no puedo creer que tenga la suerte que venga a mi mesa, que sea amigo de Clau. Lo sigo observando, es un hombre alto, acuerpado, con manos y pies grandes, moreno, con unos ojos como faros. Me sorprendo a mí misma al sentir tanta atracción por un hombre así. Mi timidez me hace cometer pequeñas torpezas, lo sigo mirando y todo lo que veo me encanta, es hermoso y es tan querido con todos los demás, se nota que es un hombre de bien. Me cuenta que trabaja en la fuerza aérea, me dice que quiere ser piloto y volar por los aires. Yo, mientras tanto, lo miro y me sonrojo, esos ojos y su presencia me hacen volar. Me sigue hablando y siento que la vida me ha dado un regalo. Estoy nerviosa, pero trato de seguir hablando. Él me mira

y me coquetea, me encanta capturar toda su atención, ser su centro; que un hombre así se fije en mí me alaga y me hace sentir electricidad por todo el cuerpo.

Los otros se van a bailar. Clau anda encarretada con un amigo de la universidad. Me quedo con Jesús, me roba un beso. Esperaba que me generara esas chispitas que le dan a la gente en el estómago, pero cuando me besa no siento nada, al contrario tengo la impresión de una lengua atragantada en mi garganta. Puede que sean los tragos, porque con un hombre así cualquier mujer debe sentir. En el segundo ensayo tampoco siento nada y su presencia se hace, además, un poco invasiva. Seguimos hablando y me dice que quiere seguir saliendo conmigo. Me digo a mí misma ¿por qué no?, si hace mucho tiempo no estoy con nadie y es tal vez esa misma ausencia la que hace que no sienta nada. Todos cogemos para la casa de Clau, ella termina en un cuento con su amigo y yo no acabo de entender, de comprender qué pasa, estoy desconcertada. En la casa, Jesús sigue siendo muy invasivo, yo trato de hablar, pero siento sus manos muy fuertes en mi cuerpo, no siento gusto sino daño. Trato de persuadirlo para que no siga. Por fin, puedo despedirme, la verdad no entiendo nada cuando me despido de él esa noche. Al verlo me encantó, pero en la cercanía había algo que no me gustaba, me siento molesta, pero como no tengo mucha experiencia con los hombres pienso que quizás lo que necesito es tiempo, así que acepto su invitación para vernos otro día.

No nos vimos esa semana porque tuvo que salir para Córdoba. El viernes me llamó y me dijo que me a iba a recoger al trabajo, Clau me animó a que no perdiera la oportunidad de estar con un hombre tan bueno, me dijo, vas a ser la envidia de todas, no te creas que un hombre así cae del cielo todos los días. Cuando pensé en volverlo a ver, me dio un frío por todo el cuerpo, una sensación de rechazo muy fuerte, por lo que traté de irme a mí casa antes de que él llegará, a pesar de lo que decía Clau, había algo que hacía que no lo quisiera ver. Llegó a la oficina a la hora acordada y no me encontró. Clau me excusó y le dijo que había tenido que irme a casa. El tipo cogió el carro y me llegó. Se hizo pasar por otro amigo y el celador lo dejó entrar. Cuando lo vi me sorprendí muchísimo y me dio ansiedad por todo el cuerpo, me generaba algo que no sabía cómo describir. Dejé que entrara y se sentara en el sofá. Su cara tenía algo que no me gustaba, además estaba muy agresivo porque no lo había esperado. Le conté que andaba enferma, que por eso me había vuelto, pero que ya que estaba aquí podíamos salir. Traté de persuadirlo de todas las formas para que saliéramos. Él lo único que quería era tirarme al sofá. De nuevo, intenté darle un beso, pero esta vez sentí todavía más repulsión.

Él pone su mano grande sobre mi cuerpo, me coge con toda su fuerza, como si fuera una muñequita, total soy flaca y bajita y a él su estatura le permite hacer lo que quiera. Se baja el pantalón, me sube la falda y me rompe la blusa. No entiendo qué está pasando, pero si él es el muchacho que había visto en la entrada del bar, un hombre guapo y gentil con todo el mundo. Jesús no más por favor, sé lo suplico, mire que yo soy virgen, por favor Jesús no más. Sus ojos cambian, se ponen más duros, no cree lo que le digo. Me grita, tú eres una puta más. Entre mis piernas, siento un dolor que nunca olvidaré. Mis lágrimas se escapan, pero él continua, no le importa que yo no quie-

ra, al contrario mi dolor le excita más. Con su boca, esa boca que fue encantadora, ahora me muerde para hacerme gritar. En ese momento, empiezo a no sentir, el dolor pasa a segundo plano, mi cuerpo sigue aquí, pero yo soy solo una observadora.

No sé cuánto tiempo pasó, me dejó tranquila, se levantó y se sonrío todo orgulloso, como si hubiera obtenido un gran trofeo, y me dijo, Tati, era verdad que eras virgen, tienes que ir al baño y limpiarte, recuerda que no usamos protección. Reaccioné como un ente, fui a bañarme, no sabía si lo que estaba viviendo era real o todo era una pesadilla. Cuando el agua toca mi cuerpo, me despierto poco a poco y veo mi cuerpo con sangre, moretones y rasguños... Tomo conciencia de lo que ha pasado, no lo puedo creer, me muevo y me siento quebrada. La rabia se ha ido acumulando y quiero ir a buscarlo. Cuando llego a la sala, él ya se ha ido, ya se ha escapado. Camino y siento dolor y un vacío por todo mi ser. Mi cuerpo me recuerda cada instante de lo sucedido, las lágrimas resbalan por mis mejillas, el frío se cuela por todo mi cuerpo; pienso en ese príncipe azul, en ese hombre ideal y divino que me contaban los cuentos de hadas, en ese que todas las mujeres quieren tener. Mi príncipe llegó, se convirtió en sapo y me rompió en pedazos la vida.





Victoria

"El tiempo se para aquí, mi amor está a punto de llegar, el tiempo se para aquí, aquí encuentro paz". Bebe, Pa´fuera telarañas.

Mi tío me tenía que recoger en la universidad. Yo lo esperaba ansiosa cerca de los vendedores que se hacen al frente de la 134. Me senté en las escaleras de la panadería y pensé en la clase de social, me había salido para estar puntual y nada que llegaba. Miré el reloj para asegurarme de que era la hora. Como queriendo controlar la situación, cogí mi mochila que estaba en el suelo, busqué el último cigarrillo que tenía suelto y pensé en todo lo que me esperaba. Traté de imaginar las caras de todos, la de mi tío, las de mis abuelos, las de mis primos... Los nervios iban creciendo, mi pierna comenzó a moverse sola. Pasaron cinco minutos, me repetía que todo estaba bajo control, que él estaba a punto de llegar. Aspiré un poco más el cigarrillo, era como un calmante, cada inha-

lación me alejaba de todas mis ideas locas y me ayudaba a imaginar mi lugar en el mundo.

De pronto pensé, se le va a olvidar recogerme; no puede ser, es ilógico que me deje metida. Pero, a veces, pienso cosas y pasan, como mis sueños. Así que, fue pensarlo y comprobar, cuando lo llamé a la media hora, que no venía, que él estaba donde yo quería estar. Al colgar, con una angustia mezclada con rabia, me apresuré a coger un taxi en la séptima. Cuando por fin me paró un carro, me subí a toda y le rogué al chófer que fuera lo más rápido posible. Durante la eternidad de esos 40 minutos de viaje, sentí mi cuerpo envuelto en miles de sensaciones, las manos me sudaban, mi corazón retumbaba, mi cabeza daba vueltas... mientras el conductor no hacía más que hablar y hablar de su vida. Al final, yo ya estaba mareada de tanto rollo mezclado con mis emociones. Cuando llegué, mi tío estaba ahí parado esperando, en su cara se veía una sonrisa que pocas veces le había visto. Al principio, me dio rabia pensar que me había dejado metida, pero instantáneamente lo olvidé.

Es muy conmovedor cuando estás en el aeropuerto y ves a la gente llegar, hay tantos llantos, alegrías y emociones que se reencuentran. Veo desde lejos a mi papá, está saliendo de la zona internacional y lleva sus dos maleticas. En su rostro se le nota preocupación, lo veo un poco más viejo; es tan duro verlo cada año, sentir como la vida pasa y como el tiempo transforma su cuerpo. Por fin sale, corro emocionada y le doy un abrazo intenso, como queriendo recobrar todos esos momentos que vivimos juntos. Él me coge la cara y nos miramos muy cerca, siento como mi cabeza da vueltas y mi estómago

se retuerce ante la certeza de que los días pasan y no se pueden recuperar. En su cara hay un gesto de dolor, a él le duele no poder ser papá y a mí no poder ser su hija.

La alegría de estar juntos, sin embargo, todavía no ha cubierto su rostro, en cada una de sus arrugas hay ansiedad, aún le falta la otra parte. Me dice, todavía no ha llegado, traté de esperarlo en la sala internacional, pero no me dejaron, su vuelo se retrasó. Me mira y me da un abrazo, me tranquiliza sentir su brazo en mi cuerpo, pero también me contagia su ansiedad. Mientras espe-ramos, le hablo de todo lo que se me viene a la cabeza pero él está en otro mundo, tratando de aclarar todos sus pensamientos. Le digo, Pa' míralo, pero mi pa' no lo ve, ¿dónde está? Allá, está recogiendo las maletas, el que tiene la chaqueta azul. Me mira sorprendido, como si no pudiera ser él, como si esperara al niño que había dejado a los cuatro años, con su peinadito de medio lado con gel y la camiseta de hormiguitas. Mi papá, desde lejos, ve a su hijo con extrañeza, sin reconocer a ese hombre grande y musculoso. Pienso en ese extraño mapa que somos mi mamá en Buenos Aires, mi papá en Estados Unidos y yo en la mitad, entre el norte y el sur, en ese centro que me da mi país, Colombia. Ese centro que me ha permitido estar lejos de todo dolor y cerca de poder comprenderlos. Instintivamente, sale corriendo y salta las vallas de contención, esas que separan al viajero de los suyos, como tratando con ese salto de recuperar ese algo que todavía no entiende. Un policía trata de detenerlo, ¡señor! ¿para dónde va? Su emoción y sus recuerdos no le permiten hablar, pero su cara, su cuerpo, sus gestos hacen que el policía lo deje entrar.

Mi hermano acaba de salir de recoger sus maletas y camina desprevenido. Mi papá lo abraza por sorpresa, él lo mira extrañado y un poco asustado como si se tra- tara de un señor desconocido. Yo, desde lejos, veo dos hombres en apariencia extraños que se quieren sin saber mucho el porqué. Salen un poco tímidos de la puerta internacional, yo corro hacia ellos y los cojo a los dos; por fin estamos los tres juntos en un lugar. Los abrazo fuertemente y ellos se abrazan, al sentirnos el tiempo se fractura y yo retorno a un espacio olvidado en el mundo, mi hogar.



Ximena

"¿Me haces un favor? ¿Qué clase de favor? ¿Quieres tenerme mis avioncitos durante todo el recreo? ¿Durante todo el recreo? Sí, es que tú eres mi cielo". Jairo Aníbal Niño, ¿Me haces un favor?

Me levanto por la mañana y miro por la ventana la luz del día. La abro y respiro un poco el aire que entra de la calle. Pienso en todas las cosas que tengo que hacer, en los ejercicios de matemáticas que todavía no he he- cho y en el libro que nos pusieron a leer, Álbum de re- tazos, a esa vieja no la conozco, pero habrá que leerla. Plancho la blusa blanca y el uniforme azul. Me preparo el desayuno, café con leche y pan que hay en la alace- na, el pan está un poco duro porque han dejado la bolsa abierta, pero es lo único que hay. Me baño, no me quedo ni cinco minutos debajo de ese chorro helado, pero me despierto completica. Mónica me llama al teléfono, me dice que hoy van a escoger a las niñas que irán al colegio masculino Gimnasio Campestre. Me pongo a pensar en

porque hacen eso, en porque escogen a las niñas con mejores promedios del colegio para que vayan a esa fiesta de niños ricos. Aunque la verdad me gustaría ir y saber cómo es eso; entrar en ese mundo de niños gomelos y ver cómo son de cerca. Es tan divertido cuando los veo en Unicentro, con esa forma de hablar, de caminar... No me hago muchas ilusiones, porque al fin no supe cómo me fue en literatura. Decido arreglar un poco el desorden de la casa, tiendo la cama de mis papás, lavo la loza del lavaplatos y, después, salgo para el colegio. Me apresuro a llegar, falta poco para que toque el timbre de entrada y no quiero ser la última en hacer la fila. Miro a las profesoras que la ordenan, son señoras tan arregladas, con sus carros tan finos, se nota que no están aquí por plata sino por amor ayudar a los otros; son tan refinadas. A veces, me gusta acercarme a ellas para sentir el olor de su perfume, me encantan esos olores. Antes de que nos vavamos a los salones, nombran a las niñas que van a ir al colegio masculino. Han decidido que vayan las de noveno, decimo y undécimo. A lo lejos, escucho que dicen mi nombre, estoy entre los cinco primeros puestos del curso de décimo. Todas salimos de la fila súper contentas, porque sabemos que el día de hoy será especial, saldremos de la monotonía de las clases, del discurso del profesor de religión, del estrés de la profesora de química y del tedio del profesor de física. Me apresuro a ver quiénes vamos y no está Mónica, pobre, ella tenía tantas ganas de ir y conocer niños nuevos. La semana pasada andaba como mal con Juan y quería ver que se podía hacer con esos niños ricachones. Las profesoras nos dicen que nos van a llevar a rectoría. Como buenas niñas ejemplares que somos, hacemos caso, las seguimos y esperamos el

sermón del la rectora. La señora rectora, de una forma muy enfática, nos dice, niñas, por favor, pórtense bien, ustedes tienen que dar una excelente imagen y llevar con orgullo el escudo del Colegio Distrital Cristóbal Colón. Nada de hacer cosas indebidas, deben ser muy educadas con los niños y recordar siempre que son mujeres de bien. Yo, mientras tanto, pienso en toda esa basura que dice, no comprendo muy bien qué es ser mujer de bien, ¿son mis profesoras mujeres de bien?, ¿son las mujeres de plata mujeres de bien?, ¿quiénes son las mujeres de bien? Estoy totalmente distraída en mis pensamientos cuando escucho que la rectora me dice, Ximena quiero que tú me informes si hay algún mal comportamiento para anotarlo en el libro negro. Yo hago una señal de afirmación y me pregunto porque confían tanto en mí. La mezcla de mi pinta de niña chiquita y mis buenas notas no les permite ir más allá y ni se les ocurre pensar que, tal vez, yo no soy más que una espía, que yo estoy del lado de mis compañeros y que me di- vierte romper las normas y hacer cosas indebidas. Las profesoras comienzan a alistarse para cruzar caminando esa carretera tan peligrosa que es la séptima. Total, yo la paso todos los días y no me pasa nada, pero bueno, sigámosles el rollo.

Cruzamos la séptima y llegamos al colegio de los chicos, es tan grande. Nos recibe gente muy educada y elegante, nos hacen seguir y nos dicen que vayamos hacia el patio. En el camino, las instalaciones nos sorprenden y nos cautivan, grandes, limpias, como si no hubiera vida en ese espacio, todo tan arreglado. Después del patio, nos llevan al comedor, las mesas están servidas y nos sentamos. Hay demasiadas cosas en la mesa, dos vasos, cinco cubiertos, una cantidad de platos de diferente ta-

maño y una servilleta de tela. Me da un poco de angustia y me pregunto para qué todo esto si solo vamos a comer. Inmediatamente, pienso en que tengo que observar como come la gente e imitarla. Llegan los estudiantes y se sientan al frente de nuestras mesas, veo como se sonríen y murmuran entre ellos, nos ven como gente rara. A mí también me pasa, los veo todos extraños. De pronto, veo a un niño distraído mirando los cerros, me inquie- ta lo que lleva en sus manos, parece una trompeta. Me pregunto qué pensará y pienso qué raro que un muchacho de estos tenga un instrumento con el que se toca el mariachi. Mientras lo miro, él se da cuenta y, sonriéndome, me devuelve la mirada. Me sonrojo, bajo la cabeza y me pongo nerviosa. Me como el postre pensando en esta gente, en este mundo de plata. Pienso en mis amigos, en nuestra forma de vestir más despreocupada y en cómo hay gente, como ésta, a la que le importa demasiado verse bien. El niño sigue mirándome, yo lo miro y él me sonríe. Lo sigo viendo con disimulo, no quiero que piense que soy una descarada. Él coge un papel, escribe algo y se lo entrega a su compañero. Me hago la desentendida, como si no supiera que ese papel es parte de nuestras miradas. El compañero se acerca y me dice, mire, aquí le mandan. Trato que mis profesoras no se den cuenta, porque nos tienen prohibida cualquier relación con la gente de este colegio. Empiezo a leer la carta y me emociono al cruzar esa frontera. Me levanto y voy al baño, mien- tras que la gente sigue con los grupos musicales. Cuando llego, siento ansiedad por todo mi cuerpo y un peque-ño miedo mezclado con la alegría de hacer algo que no debo, pero que me va a permitir descubrir algo nuevo. Busco el laboratorio de química, que queda al lado de la

capilla, y me siento a esperar al niño de la trompeta. Él llega y me dice, Hola. Lo primero que sale de mi boca es una pregunta, ¿qué haces con ese instrumento? Tocar, me responde, toco en la banda del colegio y el sonido de la trompeta es uno de los que más me gusta. Le digo que me enseñe como toca y él me muestra como se respira y como se sopla. Yo lo imito, él se ríe y nos quedamos mirándonos. Le doy un beso en la mejilla y él me corre la cara para que se lo de en la boca. Siento cosquillitas en mi cuerpo. Me da pena que alguien nos vea y le digo que nos corramos al rincón. Nos acercamos mucho para sentir nuestras zonas prohibidas, me gusta sentir ese bultico que tiene entre las piernas, el olor de su colonia y la suavidad de sus manos, es increíble lo suave que las tiene. Él sube su mano a mis pechos y los toma suavemente; siento como baja su otra mano a mi parte trasera. Andrés, tenemos que tener cuidado para que no nos descubran. No te preocupes, que si nos echan mi papá los demanda, me dice tranquilo. Bueno, pero mi papá no los puede demandar, eso sí, yo les hago una manifes-tación. Él me mira sorprendió, se extraña por mi manera de hablar y por mi independencia. Salimos del rincón y nos sentamos a hablar. Le hablo del último libro que he leído, es uno de Mario Mendoza, me encantó. Le cuento la historia de Satanas, cautivo su mirada y toda su atención. Pasa una hora entre besos, cuentos y miradas. Le digo que me tengo que ir, que el evento va a terminar y que tengo que volver a mi colegio. Si me descubren aquí, me matan. Él me mira tiernamente, me da un beso en la me-jilla y me dice, quiero que nos sigamos viendo. Yo lo miro, me gusta su mirada de niño bueno, vale, pero yo lo busco. Él me contesta, ¿cómo? No se preocupe que yo estudio al otro lado de la séptima y sé como llegar acá. Nos miramos, me

Ximena

separo de esa cara bonita y me vuelvo a mi lado de la calle. Llego al colegio y les cuento a mis amigas. Todas me miran con envidia por haber cruzado esa calle y haberle robado unos besos a un niño de plata. Yo solo siento la ansiedad de irlo a buscar a la salida del colegio y decirle que me gusta mucho. Por fin se terminan las clases por hoy, cruzo nuestra línea divisoria que es la avenida. Me paro al frente del colegio y lo espero. Cuando sale le grito, ¡Ey! ¡Andrés! Él me mira sonriendo y viene hacia mí. Todos sus amigos nos miran extrañados, no entienden qué está haciendo.

Nuestro noviazgo duró lo que duró el año. Solo nos veíamos en esa línea divisoria de la séptima, yo la cruzaba o, en algunos casos, él la pasaba. Nunca quisimos hablar de nuestras vidas, porque sabíamos que, en últimas, había muchas cosas que nos separaban. Nunca tratamos de vernos fuera de esa zona, porque lejos de allí su mundo y el mío eran muy diferentes. Juntos descubrimos nuestras zonas prohibidas y toda diferencia se borraba cuando estábamos desnudos.



Zara

"¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de aquí? Esto depende en gran parte del sitio al que quieras llegar, dijo el Gato. No me importa mucho el sitio, respondió Alicia. Entonces tampoco importa mucho el camino que tomes, le contestó el Gato."

Lewis Carroll, Alicia en el País de las Maravillas.

Mi cuerpo empieza a reaccionar ante la imagen de la ventana del avión. A través de ella, observo Bogotá, esa ciudad que desde hace tiempo ha perdido sus dimensiones. Desde lo alto, reconozco la topografía de los cerros; me fijo más y veo Usaquén, me sorprendo a mí misma descubriendo el apartamento de mis papás que está cerca de la séptima. Mis lágrimas surgen con facilidad ante la presencia de esa imagen que parece un cuadro, una imagen que parece querer decirme algo que yo, tal vez, no había querido entender hasta este momento. Empiezo a llorar desde lo alto, la altura me permite la distancia suficiente para recordar todo lo que había pasado en esos cortos días. Tengo en mis manos el mapa de Corea, en mi cabeza resuena esa palabra, tratando de imaginarme en ese nuevo mundo; a medida que trato de hacerlo, solo

アジアニーア

me vienen imágenes desordenadas de mi viejo mundo. Por un momento, siento que me desgarro, que allá, al otro lado de la ventana, dejo una parte de mi cuerpo.

Recuerdo cuando era chiquita, me gustaba tanto mirar la séptima por la ventana y ver desde allí el potrero que quedaba en la 116. Era gigante, estaba cercado con alambre de púas, era un mundo desconocido y mágico que llenaba mi imaginación de lugares fantásticos. Lo veía como mi primera frontera, lo sentía, en ese entonces, como un espacio para vivir y sentir lo que había en ese otro lado. Ahora, estoy borrando esa frontera, estoy volando a un lugar desconocido, un lugar donde empezaré desde cero; un lugar donde no tengo historia y donde seré, simplemente, una más.

El avión se aleja cada vez más, la ventana se ve más opaca y las nubes lo tapan todo sin que yo pueda ver. Por el contrario, las imágenes de mis recuerdos se hacen más claras. Evoco a Julián, mi amigo del conjunto con el que me la pasaba montando en la bicicleta; él era mi confidente y, en ese lugar cercado con alambres de púas, me robó mi primer beso, construimos mundos posibles y nos sentimos completamente libres. En mis recuerdos se mezclan otras escenas, mis vecinos del apartamento de enfrente y sus gritos a media noche. Me río cuando recuerdo a uno de ellos en la sala de mis papás en calzoncillos. Me viene a la cabeza el pueblito de Usaquén, con sus tiendas, sus canchas de tejo, sus escaleras... y la pollería donde me encantaba comer pollo con mis papás. Pero también siento angustia, se me aparecen las imágenes de la empleada que me hacía esas cosas feas que prefiero olvidar.

Álbum de retazos

El avión se mueve, se agita, mis lágrimas siguen saliendo y el dolor se mantiene en mis recuerdos. Después de un rato, el avión se calma y recuerdo la tranquilidad que me generaba acostarme sobre el sofá de la sala y ver a mi papá cantar en los ensayos de coro; era tan divertido verlo contento, liberado del control de mi mamá para ser él mismo. Me encantaba verlo así, en ese momento de libertad, de poder ser. Tratando de tranquilizarme, me acomodo en esa imagen por horas, disfrutando de esa sensación mientras el avión continúa en su rumbo.

A la mitad del vuelo, voy al baño y veo salir una señora con su niña; la niña tiene cara de asustada, tal vez por las turbulencias del avión, yo la miro tratando de darle consuelo con mi mirada. Al regresar a mi silla, la melancolía vuelve acompañada de los gritos de mi madre diciéndome, Zara tienes que hacer esto, tienes que hacer esto otro, tratando, siempre, de controlar todas mis acciones, me decía cómo sentarme, cómo vestirme, cómo comer... Sé que quería darme mucho cariño a través de sus demandas, pero me sentía cansada de tanto tener que hacer, con una pesadez que no alcanzo a describir. En cambio, mi padre buscaba darme ligereza en la vida, dándome gusto en todo lo que yo pedía. Siempre me decía que él era el encargado de recoger a su niña, que lo llamara a cualquier hora, que aunque estuviera dormido él iba y me recogía. Lo recuerdo esperándome en el carro a que saliera de las fiestas. Veo su sonrisa cuando me veía llegar con mis amigos y nos preguntaba, ¿a quién tenemos que llevar?, no crean que a esta ahora van a coger un taxi en esta ciudad tan insegura. Es un ángel, nunca he en-tendido porque estaba casado con mi mamá.

La azafata me pregunta si estoy bien, si deseo un pañuelo. La miro y le sonrío, le digo que todo está muy bien. Pienso en mis padres, en las cicatrices que nos hicimos, en las cosas que no les he dicho por miedo a su reacción, a quebrar ese orgullo que sienten cuando hablan de mí. Estudié derecho para cumplir el deseo de mi madre, me incliné por las matemáticas para conocer la exactitud del número, pasé a la antropología para comprender más el mundo humano y, sin embargo, todavía no entiendo muchas cosas de ellos, a pesar de que son el fundamento de lo que he construido hasta hora.

Me cubro con la cobija, siento la tibieza de mi cuer- po y esa sensación me hace pensar en David, en todo lo que me genera su presencia; en ese conjunto de sensa-ciones que han hecho que le diga que sí a vivir con él y a aventurarme. La vida te puede cambiar en 15 días con un solo sí, una respuesta que me lleva a otro continente, a dejar mi trabajo, mi espacio, mi topografía, mis libros, mi comida, mi familia, mis amigos... un sí que me lleva a confiar y a arriesgarme, a coger la mano de ese otro que hasta hace un año no estaba en mi historia, en mis recuerdos, en mis planes. Ese sentimiento que tanto suena en las novelas me llenó por completo, haciéndome sentir tan ligera como nunca antes me había sentido. Colmó de alegría cada uno de mis poros, me dio la valentía para dejar todas esas cosas que creía que eran importantes y me enseñó que la vida la podía empacar en dos maletas. Cuando David me mira siento confianza, tranquilidad, puedo ser quien soy sin sentirme culpable de mis deseos. Lo conocí en la oficina. Su presencia y su sonrisa me embobaron de inmediato, desde que lo vi por primera vez me aferré a la tierra. La cocina era uno de los espacios en

Álbum de retazos

el que nos encontrábamos para estar juntos. Él llevaba su almuerzo y yo lo pedía a la cafetería de la esquina para estar a su lado. La comida nos unió y mientras nos contábamos las historias de su vida y la mía, comprendí que el amor es una experiencia única, que mis papas tienen su propia forma de amar y que yo estoy construyendo la mía.

Siento las llantas del avión prepararse para el aterrizaje, me había quedado en una especie de ensoñación y reflexión por varias horas. He llegado a mi destino, en ese momento decido, por fin, cerrar la ventana, los recuerdos se desvanecen, escucho el golpe de las llantas contra la tierra. La alegría gobierna todo mi cuerpo, por un instante de revelación comprendo qué es amar, cierro los ojos, doy gracias y, por primera vez en mi vida, me siento libre.



Sobre los protagonistas

Antes de hablar de algunos de los personajes, quiero expresar como cada uno de ellos me llevó a ver la localidad bajo diferentes ojos, sus miradas me permitieron construir un álbum de historias que se entrecruzan en el área topográfica de la localidad de Usaquén. A partir de la palabra y de la evocación de sus recuerdos en un café, en sus casas, en su lugar de trabajo... compartieron conmigo muchas historias. A partir de esa emocionalidad, construí una imagen, en algunos casos próxima a la realidad y en otros no tanto. Unas historias que, en conjunto, se escapan de la complejidad de las personas que entrevisté, de su singularidad, de sus emociones, de sus sueños, de sus imaginaciones, de sus silencios, de todo el mundo que han construido y reconstruido en su cotidianidad. Por tanto, la elaboración del libro es un producto de construcción mutua, un lugar de encuentro entre quién habla y quién en escribe y a partir de ahora, espero, entre quién lee.

En el siguiente apartado, los personajes hablan en primera persona de algunas vivencias en la localidad, de sus gustos, de sus preferencias... dando al lector la

oportunidad de capturar retazos de diálogos a través de los cuales pueda construir su propia imagen de los protagonistas. Sin embargo, deseo aclarar que no todos los entrevistados aparecen en este apartado, ya que algunos prefirieron mantener el anonimato y, en ocasiones, un mismo personaje me proporcionó varias historias.



Amaia

Historiadora, 33 años, española, soltera, vive en Usaquén hace 4 años.

Hacer la entrevista a Amaia fue un gusto. Me permitió descubrir la ciudad bajo la mirada del otro, del extranjero. La sensibilidad transmitida por sus palabras me llevaron a sentir más la ciudad, las calles, los cruces, los callejones, las avenidas... hasta me hizo imaginar la localidad como ese lugar apartado de Bogotá que necesitaba tren.

Lo que más me impacta en Colombia es la indiferencia de la gente ante lo que le pasa alrededor. Cuando uno llega por primera vez a América, en concreto a Colombia, se sorprende mucho como la gente no ve a los pobres, no los ve y no los quiere ver. Uno debe aprender con el tiempo, pero yo los sigo viendo. Recuerdo cuando llegué la primera vez con Ainara y eso que al vivir en la 122 con 12 la diferencia no era tan grande. Nuestra calle era como una isla de riqueza y seguridad y bajar a la 15, que ni tan siquiera es una calle fea, pero nosotras la veíamos feísima, era como cruzar dos mundos diferentes. Un miedo personal es la indiferencia de la gente ante las armas; yo no había visto armas más que en la tele, y aquí uno ve armas por todo lado, pasando de la ametralladora de película, a la escope-

ta y al revolver; por ejemplo, estás en Carulla y pasa el señor con el revólver y la gente tan tranquila. A mí me parece muy loco que Usaquén sea más grande de la ciudad en que nací; una localidad de una ciudad y es mucho más grande que mi ciudad. Me parece inabarcable. Siempre que pienso en Usaquén está muy lejos de Bogotá. Yo conocí Bogotá sobre papel, la conocí en el siglo XVIII. Mi Bogotá era lo que actualmente queda entre la 26 y la primera y el Chorro de Quevedo y San Victorino. Usaquén era un pueblo que quedaba lejísimos, era otra cosa, y llegó el tren para juntarlos. Yo creo que lo que más me gusta de Usaquén es el tren, desde mi casa lo escucho los sábados y los domingos, es como mi despertador.

Una frase que recuerdo mucho en la cabeza es el ¡mar, idiota, el mar! Es una frase de los payasos de la tele y me recuerda al colegio, nos la decíamos cuando era una cosa muy obvia. Me gusta cualquier canción para cantar como loca. El lugar que me gusta estar es en mi casa. Un lugar para perderme es Roncesvalles, mi comida preferida es cualquiera que haga mi madre. Mi gran amor es mi amorcito. Una bebida que reconforte el ama es el chocolate con churros. Mis héroes son mis papás. Me da miedo la enfermedad y la soledad. Mi pesadilla es quedarme sola y la palabra que me defina es trascendental.

Beto

Celador, 41 años, nacido en San Marcos, Sucre. Unión libre, católico, trabaja en Usaquén hace 14 años.

Realicé la entrevista en su lugar de trabajo. Durante dos horas estuve parada y sintiendo las miradas de curiosidad de la gente. Incluso, algunos por estar hablando con él y ayudarle a abrir me miraban con cierta superioridad. Me gustó como Beto los recibía con una sonrisa. Después de algunos silencios y con toda la prudencia del mundo, me contó su historia y la de un compañero. El frío, el cansancio de estar parada y sentir como el tiempo pasa demasiado lento me llevaron a terminar la entrevista.

Llegué aquí (Usaquén) el 10 de octubre de 1997. Llegué a este trabajo por la recomendación de un amigo y la verdad me gustó. El trabajo me da mucho y, además, los días que me quedan libres tengo trabajitos, como plomero, pintor... Al trabajito vengo con carro propio, mi bicicleta. Este barrio es muy sano, el primer día que llegué me encantó ver todo lleno de árboles. Lo que más ha cambiado del barrio es la señalización, antes casi no había y ahora hay demasiada y muchos semáforos. También ha cambiado mucho la 140, antes tenía mucho hueco.

Una frase que recuerdo mucho en mi cabeza es estar feliz. Mi color preferido es el negro. Me gusta mucho el merengue.

El lugar que más me gusta es Bogotá. Un lugar para perderme es un pueblecito de Boyacá que ahora no recuerdo como se llama. Mi comida preferida es el arroz con coco. Mi gran amor es mi mujer. Una bebida que reconforta el alma es la cerveza Águila. Mi héroe es Steven Seagal. Todavía no he tenido mi peor pesadilla y la palabra que me define es amor.

Catalina

Trabajadora social, 50 años, bogotana, separada, católica, 8 años en Usaquén. Vive sola.

Es una mujer encantadora que me hizo pensar mucho en la comunidad, en el trabajo social que se hace en los cerros y, sobre todo, en las diferentes formas de vivir en la localidad.

Mi primera experiencia en Usaquén fue en el barrio el Codito, que queda en el cerro oriental, y en los barrios circunvecinos. Yo llegué a Usaquén a dirigir un jardín público que tenía 200 niños. El cerro ahora está más poblado que antes, la séptima era menos transitada, aunque, en general, lo que más ha cambiado es la población. Los problemas más importantes de Usaquén son la inequidad, la ausencia de oportunidades y las muchas formas de violencia que se van generando entorno a las inequidades. En la última votación de presupuestos de participación se vio nuevamente que en casi todos los territorios se ha incrementado la violencia. Para mí, la pobreza es la ausencia de oportunidades, la ausencia de iniciativas, es la incapacidad de creer en los sueños, no creo que la pobreza se tenga que relacionar solo con las carencias físicas, ni con la económica, creo que la pobreza es más la carencia de espíritu. Yo he conocido personas que han estado en condiciones muy difíciles en la vida

y que, sin embargo, han salido adelante con sus proyectos de vida y con las iniciativas que se han propuesto.

Recomiendo muchos lugares bonitos en Usaquén. El lado ambiental de Soratama es hermoso, queda en el territorio San Cristóbal Oriental, es un aula ambiental que se ha constituido como reserva natural, y casi nadie la visita. También la Capilla, en ese mismo territorio, me parece un sitio para conocer. Desde otro punto de vista, barrios como Verbenal, Santandercito, San Antonio hay que conocerlos para saber donde está uno parado.

Una frase que tengo en mi cabeza es deseo poco y lo que deseo es poco. Me gusta la música colombiana. El lugar donde más me gusta estar es en mi casa. Un lugar para perderme es el aula ambiental de Soratama. Mi comida preferida son los crepes. Mi gran amor no se puede contar. Una bebida que reconforte el alma es el mojito cubano. Mi héroe es mi hijo menor, él ha vivido mi segunda separación, y una palabra que me define es guerrera.

Daniel

Cuentero, 33 años, bogotano, unión libre. Cree, pero no en la iglesia, vive en Usaquén hace 33 años.

Su desenvoltura, su espontaneidad e intensidad con la palabra me llevaron a lugares en los que él había vivido, y que yo pude imaginar con facilidad. Me transmitió amor por su trabajo, por el cuento, y la pasión por llegar a cada una de las personas a las que les narra sus historias.

De los amores que se buscan para no encontrarse, yo soy de ese perfil. Yo soy del cuento. El cuento en sí mismo es poesía. El cuento tiene esa sensación de algodón, se deshace. Al final de un cuento nunca hay un aplauso sino un largo suspiro y ese suspiro me agrada más que el aplauso, porque sé que hay un extrañamiento profundo, un sobrecogimiento en la gente.

Usaquén es una localidad que tiene de todo para absolutamente todos. Usaquén tiene todos los estratos, tiene parte urbana y parte rural. De Usaquén me gusta el Camino de Café, donde las personas tienen espacio para charlar rodeados de naturaleza, es un espacio muy bonito. También el espacio de cuentería, ese al que la gente llega a esperar cuentos, es incluso un destino turístico, apareció en el New York Times, y es donde he hecho el 99 por ciento de mis amistades.

Una frase que se me viene a la cabeza es las mentes son como los paracaídas solo funcionan si están abiertas. El lugar que más gusta estar es con la gente que quiero. Un lugar para perderme, hasta que cumplí los 18 mi sitio era el cementerio, mmm un lugar para perderse es República Dominicana. Como de todo un poco, he comido una cantidad de insectos, pero mi comida preferida es la carne. Una bebida que reconforte el alma es el whisky, pero hay un trago que me encanta y que me trae recuerdos muy bonitos, recuerdos de calma, es el padrino, dos onzas de whisky y una de amareto. Mi gran amor es el amor. Tengo muchos héroes, Jairo Aníbal Niño, pero mi papá es un personaje heroico. Mi miedo es el dolor, no soporto el dolor. Mi peor pesadilla es que Álvaro Uribe esté en el poder y también depender de los demás y una palabra que me de**fi**ne es idiota.

Eliana

Profesora universitaria, 33 años, soltera, lugar de nacimiento Tunja, cree en Dios y hace seis 6 años que vive en Usaquén.

Su amabilidad y presencia me permitieron iniciar la construcción del libro. Como toda persona de ciencia, su relato fue completamente tranquilo, distante y sin ninguna exaltación de la emocionalidad. Sin embargo, en un fragmento de su historia familiar, sus ojos se fueron, su voz se fracturó y fue a partir de esa quiebre que desarrollé la historia.

Yo soy la menor de cinco hermanos, ellos estaban estudiando aquí en la universidad, tenían un apartamento en Cedritos y yo vine a estudiar y a estar con ellos. Lo que más recuerdo de Usaquén es que era un lugar tranquilo. Nos reuníamos en el parque de la 146 con novena; en ese tiempo no lo habían reformado, solamente existía una cancha de futbol, una de baloncesto y algunos juegos para los niños. Íbamos al parque a contar historias de miedo y cosas de ese estilo, a jugar cartas, a tomar cervecita... era muy rico, porque nunca pasaba nada. Según me contó una amiga, una noche fueron al parque a jugar a la güija y se apareció un fantasma o espíritu. Se identificó con el nombre del hermano de mi amiga que estaba muerto, le

hicieron un par de preguntas y respondió tal cual el día de la muerte, como murió...

Usaquén se ha vuelto mucho más comercial, antes había muchos conjuntos de casas que han vendido para hacer edificios. Los parques los han cambiado y transformado según las necesidades de los jóvenes y les han quitado mucho verde.

Una frase que recuerdo mucho en mi cabeza es todo puede ser posible. Una canción que recomiendo es "entre pairos y derivas" de Jorge González. Tengo varios colores preferidos, violeta, naranja y rojo. Los lugares para perderme son La Candelaria, el Parque Nacional y el Parque Simón Bolívar. Mi gran amor es España. Una bebida que reconforta el alma es el té de jengibre. Mi héroe es mi papá. Me produce miedo la frustración. Mi peor pesadilla es que le suceda algo a mi familia y una palabra que me defina sería el antónimo de claridad.

Felipe

Estudiante de bachillerato, 18 años, bogotano, soltero, cree en Dios, vive en Usaquén hace 18 años. Actualmente vive con su mamá, su abuela y su hermanita.

Su deseo por ayudar a los demás, su silencio para pensar cada una de las preguntas y la forma como encontró a su papá me llevaron a la sorpresa y a la curiosidad.

Mi primera experiencia que recuerdo en la localidad fue conocer a mi mejor amigo, siempre hemos vivido en el mismo conjunto. La mamá de él y la mía son muy buenas amigas, como nuestros abuelos, nuestra amistad es generacional, es un apoyo muy chévere. Bella Suiza era muy poco urbanizado, yo tengo un principio ambientalista, no me gusta que construyan en el monte. Mis abuelos me cuentan que cuando llegaron al barrio del conjunto para arriba no había absolutamente nada, solo puro pasto, montaña, etc. Mi abuela vino de San Bernardo Cundinamarca y mi abuelo es de acá de Bogotá. Ellos vinieron acá buscando una vivienda. Bella Suiza era un lugar muy agradable y de hecho lo sigue siendo.

En Usaquén hay espacios violentos, de inseguridad, por ejemplo, en San Cristóbal, de ahí para abajo, entre la 163 ó 179 con novena, no me gusta, pero Bella Suiza es armonioso, tran-

quilo, no pasa nada. Yo tiendo a presentir las cosas, no en un 100%, pero, lo he comprobado, presiento cosas tanto buenas como malas. Mi estrato social es central, he conocido personas de diferentes estratos, pero a mí no me gusta clasificar a la gente. La gente cree que por vivir en un conjunto residencial somos adinerados, pero ellos no conocen en mi historia de vida. A mí la diferencia no me gusta, yo trato de no hacerle caso.

Una palabra que tengo presente en mi cabeza es la perseverancia. Un lugar para perderme es la selva. Mi color preferido es el verde. Mi comida preferida es la pasta. Un miedo es el engaño. Mi peor pesadilla es la muerte. Una bebida que reconforta el alma es el jugo de mora. Mi héroe es mi abuelo. La palabra que me define es dudoso.

Gloria

Ama de casa, 58 años, nacida en Cocuy, Boyacá. Casada, católica, 40 años en Usaquén. Actualmente vive con su esposo.

La entrevista estuvo llena de silencios, pausas en la palabra, momentos donde la mirada se iba a otros lugares, como si se fuera al pasado. Durante toda la entrevista, sentí secretos por descubrir.

Yo soy del Cocuy, mi papá nos trajo a Bogotá, él empezó a trabajar acá en la ciudad en obras, en construcción. Mi esposo trabajó y pudimos comprar el pedacito de tierra en el Codi- to. Del Codito, recuerdo la lucha que nos tocó, no había agua, tocaba bajar a la séptima a lavar, allá había una quebradita. Tampoco había luz, no había teléfono, era como un campo. Ya ahorita canalizaron el agua y todo eso. La gente de la junta fue a pedir servicios y el gobierno nos empezó a colaborar. Por aquí había canteras, subían y bajaban volquetas sacando arena y para traer el mercado o las cosas tocaba pedirle a los de las volquetas que lo llevaran a uno. Toda la gente que peleó por el barrio ya murió, ellos iban a las reuniones, pedían y exigían.

Cuando nosotros vinimos por acá colocamos una canchita de tejo ahí. Nos tocaba bajar hasta abajo, porque no subían

carros, no subía nada, a recoger la cervezas. Yo trabajaba en eso hace un tiempo, a uno le tocaba lidiar con la gente, con los borrachos, porque a veces llegaban, jugaban tomaban y se iban sin pagar.

No tengo muchas frases en mi cabeza. Prefiero el color negro, me gusta el vallenato aunque ninguno en especial. Yo como de todo. El lugar que más me gusta estar es en mi casa. Un lugar para perderme es mi tierrita. Yo no tengo miedo, más bien soy valiente. La palabra que me define es sensible.

Jorge

Gestor cultural, 54 años, bogotano, soltero, cree en Dios. Vivió en Usaquén 21 años. Actualmente, vive con su compañero.

Hablar con Jorge fue un goce, su sensibilidad hacia la vida, su mirada introspectiva y su sonrisa en cada una de las palabras me llevaron hacer una entrevista de más de tres horas.

Yo llegué de niño, en el año 65, a la casa que mis papás habían construido en Santa Bárbara, cerca de la Pepe Sierra con autopista. En esa época era una zona de frontera, había unas pocas casas, unas casas que eran proyectos privados. El grupo que vivíamos en esa zona, nuestros papás y mis amigos, éramos lo que se denominaba en esa época, como la nueva burguesía profesional. Todos nuestros papás eran médicos, ingenieros, abogados... todos profesionales y la mayoría, aunque yo diría todos, pertenecientes a las clases altas, nuestros papás terminaron siendo gente que estuvo en la dirección de empresas importantes, ministros...

Cuando llegamos a nuestra nueva casa, yo apenas tenía 8 años, había muchos lotes desocupados, con muchas vacas que pastaban por ahí, mi mamá peleaba con las señoras de las vacas porque se comían las **fl**ores del jardín. En esa época, la auto-

pista tenía un peaje donde están los Héroes. Solamente había un carro para la familia y los que no tenían carro tenía que ir como en una **f**lota.

Una frase que se me viene a la cabeza es por donde han pasado 100 burros pasa uno más. Soy malísimo para cantar y la música que más he oído en la vida es la música clásica. Un lugar para perderme son las calles de la ciudad o viajando sin ninguna dirección. Una bebida que reconforte el alma es cualquier bebida alcohólica. Una palabra que me define es tránsfuga. Me produce miedo la pobreza, la vejez, la pérdida de memoria, la falta de salud; muchas cosas realmente. El lugar que más me gusta de Usaquén es estar lejos de Usaquén, realmente ese sitio se convirtió en el lugar en el que no quiero estar. Le cogí mucha antipatía, representa el deber ser, el arribismo de mi familia, el mantener el estatus. Un lugar en el que me gusta estar es cualquiera que tenga mucha luz. Mi gran amor me toca decir que es mi compañero. Mi tío Junior puede ser mi héroe.

Lucía

Secretaria, 36 años, lugar de nacimiento Sogamoso, soltera, cree en Dios, lleva 5 años en Usaquén y vive con su hermana.

Fue una entrevista llena de emocionalidad, de lágrimas, de risas, de silencios. Laura me llevó a pensar en el amor, en el desamor, en los encuentros y desencuentros, pero, sobre todo, en los sueños con mucho amor.

La primera experiencia con la localidad fue en el parque principal que está al lado de la Hacienda Santa Bárbara, es muy bonito. Recuerdo también la iglesia, porque fui al matrimonio de mi mejor amiga, me recordó los pueblitos que están cerca de Sogamoso. En otra ocasión, vine a una entrevista de trabajo, estaba llena de miedo, tenía susto. Pero cuando me llamaron me emocioné mucho.

Una palabra que recuerdo mucho en mi cabeza es desamor. Me encanta toda lo música de Miguel Bosé. El lugar que más me gusta estar es Sogamoso, en mi casa con mi mamá. Me encanta comer pasta con menudencias. La bebida que reconforta el alma es la cerveza. Me producen miedo las arañas. Mi heroína es mi mamá y una palabra que me define es buena persona.



Marcos

Ingeniero civil, gestor gastronómico, 57 años, bogotano, separado, católico. Lleva 10 años en Usaquén y en la actualidad vive solo.

Es un hombre muy agradable, sus ojos de niño pícaro y su lenguaje travieso me llevaron a un mundo de historias de amor, soledades, alegrías y mucha vida. La entrevista se hizo en torno al vino, al club de cocina y a algunos clientes, todos estos ingredientes me llevaron a repensar mi historia con la comida.

Mi padre y mi madre, siendo ambos italianos, se conocieron en Bogotá, se casaron a escondidas. Mi madre era del norte, de cerca de Venecia, y mi padre era napolitano. Mi madre murió hace cinco años y mi padre todavía vive. Él era embajador de la Orden de Malta en Colombia. Yo soy la oveja negra, pobrecito mi padre. A pesar de nacer en Bogotá, yo de niño aprendí hablar primero en italiano, a los 3 años yo hablaba italiano. Mi abuelo era muy rico, un noble italiano, tenía toda la plata del mundo y por miedo al comunismo decidió venirse a Colombia. Primero mandó a sus hijos, mi padre llegó a los 18 años y la plata que mi abuelo le mandó durante dos años para su estadía en Colombia se la gastó en Cali. Mi abuelo

no quiso saber nada de él; obviamente el dinero que tiene mi padre lo hizo él solo.

Una frase que me viene en la cabeza, yo no te amo siempre sino todas las veces, ;sabe lo que significa?, ;no?, si yo es- toy contigo te amo y si no estoy contigo no. Detesto la cama, solo me gusta para hacer el amor, no me gusta para nada más. Cocina Club me gusta, pero también me gusta la finca de los Llanos, es espectacular, es pescar, andar en alpargatas, montar en caballo... pero también me gusta la ciudad, me gustan los conciertos, el teatro... ¿La comida qué más me gusta? Esa respuesta te la voy a dar porque fue una pregunta que respondí hace 15 días a la W, me preguntaron cuál sería mi última cena. Mi última cena sería lo que más me gusta, como buen italiano unas berenjenas a la pantuciana, una pasta al pesto, un ossobuco y un tiramisú; pero como soy colombiano, un arroz con huevo, que es la cosa más rica que pueda haber. Hay una bebida que si reconforta el alma, un tres esquinas con jugo de cereza y unas góticas de limón, eso sí reconforta el alma. Me produce miedo la soledad total, me gusta vivir solo, pero la soledad es no tener gente a mi lado. Me gusta encantar, atraer, ser el centro de atención, para qué. Mi peor pesadilla es quedar parapléjico, prefiero morir. Tengo un problema con mi héroe, esto no lo debería decir pero... mi hijo del medio es mi héroe, él ha sido lo que yo nunca pude ser para mi padre y es muy difícil de reconocerlo porque es muy él.

Nicolasa

Director de la Casa Museo General Santander, 61 años, bogotano, casado, católico, tiempo en Usaquén 61 años. Vive con su esposa y dos hijos.

La casa de Santander fue un recorrido lleno de mucha historia y a medida que iba pisando cada tablón de madera del suelo, sentía la magia del pasado. El director de la casa tiene muchas historias sobre Bogotá, la localidad y, especialmente, sobre el general Santander. Me llevó a replantearme algunos momentos históricos del país y repensar a Bolívar y a Santander.

Estamos en una de las casas del general Santander, la otra casa es la hacienda Hato Grande, que hoy en día es la hacienda de los presidentes. Esta casa se remonta a tiempos de Gonza- lo Giménez de Quesada, uno de sus capitanes se enamoró del valle y le encomendaron un predio que se extendía desde la 128 hasta Barrancas y desde la autopista hasta los cerros de la Calera. La casa se consolida en 1620 como hacienda, es de tipo colonial andaluz, con 47 estancias totalmente cuadradas, de 33 por 33 metros, con cuatro balcones corridos y en cada uno de esos balcones hay dos nichitos. La vida en la cada casa se desarrollaba generalmente en el segundo piso, porque en el primero se almacenaba todo lo relacionado con el transporte,

el carruaje, los aperos, las sillas... La restauración de la casa se hizo entre 1978 y 1982, para luego convertirse en Museo. Todo se mantiene tal cual estaba, menos una de las partes de la biblioteca, porque hubo un corto y se quemó.

Durante dos días, estuvo un equipo de Caracol Televisión en la casa para grabar y certificar si había actividad paranormal. Los dos días estuvimos desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana. En el segundo piso, detectaron la presencia de un ser femenino que decía llamarse Nicolasa. No sé, yo sé quién podría ser Nicolasa, la novia del general Santander, Nicolasa Ibáñez. Pero yo no creo hasta que no tenga una comprobación científica. Toda la hacienda está llena de leyendas y bueno, los celadores, las señoras del aseo, los empleados... prefieren no quedarse solos en la hacienda.

Una frase que recuerdo mucho es la del general Santander, colombianos las armas les dieron la independencia, las leyes les darán la libertad. Mi color preferido es el rojo. A mí toda la vida me ha gustado la música clásica, yo soy muy romántico en esas cosas. El lugar en el que me gusta estar es Bogotá y un lu- gar para perderme es la selva por la parte de Leticia. Mi comida preferida son los típicos, me encanta el ajiaco y el cuchuco con espinazo. Mi gran amor es mi segunda señora. El cognac es la bebida que reconforta el alma. Por supuesto, mi héroe es Santander. La palabra que me define es apasionado.

Pola

Gestora local de juventud IDPAC, 32 años, bogotana, lleva en Usaquén 16 años. Vive con sus hijas.

Al verla, su estética me generó mucha curiosidad, una mezcla de punketa joven y mamá. Después, su forma de expresarse me acercó a ese otro que no se ve, recordándome la necesidad de apostar por una sociedad incluyente.

Lo que más recuerdo de la localidad Usaquén es la séptima, es una avenida que recorre toda la localidad de sur a norte y que te permite ver toda la diversidad de la localidad. Lo que más me llama la atención de Usaquén es la lucha de clases. Yo trabajo con jóvenes de todos los estratos, pero más que todo con chicos que están en la periferia, en estado de vulnerabilidad, con los que no tienen plata. Los problemas de heterogeneidad de la localidad dan para mucho, para que haya problemas de seguridad, de violencia, para que haya mucha envidia social, porque unos tienen y otros no. Para mí, es un reto liderar la red de jóvenes, la red de comunicaciones. Es un trabajo que articula actores de diferentes estratos sociales, por ejemplo es chévere que al consejo local de juventud lleguen candidatos súper gomelos junto con los muchachos de la loma, comiencen a borrar esas barreras culturales de clase y se presenten como personas

que quieren actuar en los problemas para generar soluciones y ayudar a otros y sin importar la estratificación.

Los imaginarios de la gente con la mujer son crueles, la realidad de la mujer es muy difícil y en todos los estratos socioculturales es lo mismo. Vivimos en una sociedad patriarcal, la mujer se autoflagela, se autoreprime para tener alegre al papá o al esposo; es una mujer que en muchos casos no sueña. No necesitamos plata, necesitamos sueños que nos permitan ver la vida desde una perspectiva positiva. La mujer se roba así misma los sueños, por su hogar y sus hijos.

Una frase que tengo presente es la resistencia también es globalizada. Mi color preferido es el azul. Me gusta cantar con mis hijas, me gusta Andrea Boccelli. Me gusta estar en Usaquén. Un lugar para perderme es la casa de mi novio. La comida que más me gusta es la comida de mi novio. Mi gran amor es Jesucristo. Una bebida que reconforte el alma es el Vodka. Mi peor pesadilla es mi exmarido. Mi heroína es Policarpa Salabarrieta. Me produce miedo mi papá y una palabra que me define es mujer.

Rosa

Vendedora, 65 años, nacida en Bituima, Boyacá, casada, católica. Vive en Usaquén hace 57 años. Vive con su esposo.

Me gustó mucho su mirada, la de una mujer adulta con mucha sabiduría y experiencia ante la vida. Me recordó a mis abuelos y sus relatos.

En el gobierno de Laureano Gómez hubo mucha persecución. Mi papá era liberal, lo amenazaron con matarlo y entonces nos trajo para Bogotá. Cuando nos vinimos a Bogotá hacía poquito que había pasado lo del 9 de abril. Nosotros llegamos al barrio de San Fernando, aunque entonces no había barrio, eran fincas con casonas. Empezamos a trabajar en las canteras, el dueño acomodó un espacio para que hiciéramos un campamento con latas y telas metálicas. El barrio Pañuelito tiene como 37 años de construido, de que lográramos la victoria por la lucha por una vivienda digna. Antes el agua la tomábamos de nacimiento que había cerca de las montañas y lavábamos en una quebrada que quedaba acá, no teníamos ni sanitario. El proyecto comenzó en 1970. Yo ya tenía mis años, yo ya era casada y, bueno, se conformó un buen grupo; se presentó un proyecto a los rotarios y lo aprobaron. Los líderes, con la ayuda del ge-

rente del Banco de la República, lograron comprarle la finca al dueño. El instituto territorial hizo el desarrollo de la vivienda, pero los sábados y los domingos, nosotros nos encargamos de la autoconstrucción de nuestras casas. En diciembre de 1974, entregaron las primeras casitas y un año después las 150 casas estaban listas.

Una frase, mmm... yo les decía a mis hijos, que ustedes sean felices. A mí me gusta mucho la música de María Dolores Pradera. Un lugar para perderme es irme para Tocaima. Me gustan mucho el plátano y los frijoles. Un lugar para estar es la sala-cuna, también mi casa, pero sobre todo la calle. Mi gran amor son mis hijos. Una bebida que reconforte el alma es el vino. Me produce miedo la soledad. Mi peor pesadilla era la tomadera de mi hijo, pero hace tres años dejó de tomar. Mi héroe es el alcalde de San Cristóbal Sur y una palabra que me define es la honestidad.

Sergio

Estudiante, 17 años, bogotano, soltero, cree en Cristo, tiempo en Usaquén 17 años. Vive con su papá, con su mamá y con su hermano.

Sergio me llevó a los silencios, a la imaginación, a pensar en la mujer de blanco. Me compartió su autonomía e independencia, su gusto por los carros y las cosas que quiere vivir y sueña hacer.

Lo que a mí más me gusta de Usaquén es el paisaje; como yo vivo bien arriba alcanzo a ver toda Bogotá, y su la naturaleza es lo que más me ha impactado. Mi papá y mi mamá son de acá, mi mamá vivía en las canteras y mi papá vivía más abajo, más o menos en la quinta. Mi mamá me mostró una foto de cómo vivía, me impactó mucho ese cambuche. Mi abuela no era de aquí de Bogotá, se vino del campo, el papá de mi mamá no quiso darle su apellido. La vida en las canteras era muy di-fícil, todos los hijos de los canteros recogían el agua en el pozo y cada uno lo llevaba para su casa. Cuando yo nací, cada uno tenía su casa y ya todo estaba arreglado. Mi papá es conductor de volqueta y yo sé conducir la volqueta.

Aquí se vive chévere. Toda la gente habla con todo el mundo, no hay rateros, bueno, puede que haya pero aquí no roban

a nadie, es un sitio muy tranquilo. En los parques se reúne la gente para ver los partidos de micro, para tomar... Aquí lo que si hay son roces entre familias, como aquí todo el mundo es familia. El problema que hay aquí es el chisme, todo el mundo habla de todo el mundo, los chismes pasan de boca en boca y la gente se entera de todo.

La señora le dijo a mi papá, venga conmigo, él reaccionó y se fue corriendo a la casa. La mujer ya se le había aparecido a muchos señores y uno de ellos apareció, al otro día, desnudo y rasguñado. Esa señora aparece de la nada, como de los arbustos, y está vestida cómo de matrimonio.

Una frase que recuerdo mucho en mi cabeza es ser independiente, siempre la tengo presente, porque no quiero depender de mi padre. La música que prefiero oír son los bailables. El lugar que más me gusta estar es manejando un carro. Una bebida que reconforte el alma es una gaseosa, por lo general tomo manzana. No tengo comida preferida como de todo y mucho. Mi gran amor es mi familia. Mi mayor miedo es no lograr mis metas. Mi heroína es mi mamá, porque ella me apoya siempre. Mi peor pesadilla es que se me aparezca un fantasma. La palabra que me define es autónomo.

Ximena

Arquitecta y profesora universitaria, 33 años, bogotana, soltera, agnóstica. Vive hace 27 años en Usaquén.

Al verla, su mirada me inquieto porque me sentía observada, era gracioso porque yo era la que supuestamente iba a observar. Poco a poco, descubrí un espejo de múltiples tonalidades y yo me veía reflejada en ellas.

Usaquén tiene una estratificación muy alta, la mayoría de gente vive en estratos 4, 5 y 6, pero hay una porción de población, en los barrios del Norte, el Codito, la Quinta, San Cristóbal, que no pertenecen a esos estratos. La mayoría de la gente de esos barrios, llegó procedente de Boyacá, huyendo de la violencia y vinieron a buscar una vida mejor. Ellos lo único que sabían era sembrar y su única opción era trabajar en las canteras; mi abuela era una de esas personas. Ellos trajeron muchas costumbres de Boyacá, por ejemplo, la cerveza, el tejo y sus construcciones, un tipo de construcciones que me permitieron estar en el campo y en la ciudad a la vez.

La ciudad tiene dos entradas y dos formas de entender la vida. En la entrada del sur se concentraron las personas que llegaban de los Llanos, del Tolima... y en la norte las de Boyacá, Santander... Todas estas personas que llegaron a Bogotá

después de los años 50, después del bogotazo, son las que han hecho la ciudad. Lo que yo llamo bogotanidad la hacen la fusión de culturas; construyendo una Bogotá muy diversa.

Una palabra que se me viene a mi cabeza y con la que me levanto todo los días, es carpe diem, es una palabra en latín que quiere decir aprovecha la hora, aprovecha el momento; cada día me levanto y digo a ver qué me trae el día, hay que dejar de lado el pasado y el futuro, pensando en el presente. El presen- te es todo mi tiempo. A mí me gusta comer de todo, un buen chuchuco me gusta, el caldo con costilla, las fresas con crema. Un lugar para estar es mi estudio y una palabra que me define es divertía. Un lugar para perderme es rock al parque, porque te metes dentro de la multitud y no eres nadie, eres parte de la masa. Una bebida que reconforte el alma es la grappa. Ver atropellados a mis papás es mi peor pesadilla. Mi mayor miedo es el miedo a estar sin poder moverme, tener un accidente y no poder hablar, no poder ser autosuficiente físicamente. Mi héroe es el hombre araña, él siempre ha sido feo, las viejas no le paraban bolas, él no tiene plata, no tiene poderes, que lo picara una araña fue un error, es un súper raro. Mi gran amor es la arquitectura y mi amor platónico es Mario Mendoza.

Victoria

Estudiante universitaria, 23 años, bogotana, soltera, cree en si misma. Tiempo en Usaquén 6 años, actualmente vive con sus abuelos.

Su voz me llevó a sentir muchas emociones. La historia la construí por la sensación de un sin-lugar, por la pérdida de ese lugar que a veces buscamos y no es fácil encontrar. El encuentro con sus seres queridos me dejó ver un espacio no topográfico, un lugar de encuentros para estar, para vivir, para encontrarse.

Hace seis años que llegué de Buenos Aires a Bogotá, todo era tan chiquito y tan colorido. Lo que más me gustaba eran los parques tan cerca a mi apartamento. Durante mi adolescencia, comencé a deprimirme tanto que me empezaron a dar un tratamiento. Puedo decir que la tristeza es felicidad, porque, por lo menos, se siente algo.

Cuando estoy feliz hace sol, sé que la lógica es diferente. Me gusta estar feliz, la realidad se siente linda. Tuve una época que le sacaba fotos a todo. El lugar donde uno vive hace parte de uno, se convierte en tu hogar. Así pasa también con mi ba-rrio, me siento muy cómoda en él, sé que es inseguro y es algo que me preocupa, pero la verdad es que cuando estoy en otro

lado me siento extraña. En mi barrio no me siento perdida, es como mi casa, lo quiero y no me gusta que le pase nada.

En la actualidad, lo que más me gusta de Usaquén es Hacienda, la feria de los domingos en Usaquén, el Show Place, allí hay un cafecito y el señor atiende muy bien, el Blockbuster, Palatino, Unicentro, la séptima y la 147.

Hay muchas frases que tengo en la cabeza, pero la que ahora me viene es, nooooo, porque no me viene otra frase en la cabeza. es de mi abuela, cada uno con su culo hace un gallinero. La música que prefiero cantar es el blues y el jazz. El lugar en el que me gusta estar es la azotea de mi edificio. Mi comida favorita es el sushi. La bebida que reconforta el alma es el té. Mi miedo es la soledad. Mi peor pesadilla es que se me caigan los dientes y una palabra que me define es "biutiful", no es la palabra, es el contexto de la palabra en la canción de Tan Biónica. Mi héroe es mi papá.

Zara

Estudiante universitaria, 33 años, bogotana, agnóstica, vive en Pittsburg y vivió en Usaquén 22 años.

Era mi primera entrevista virtual, por lo que la lejanía topográfica me preocupaba. La intensidad de la palabra me llevó a espacios comunes de encuentro, donde pude visualizar muchas zonas fronterizas y pensar diferentes realidades.

Mis primeros recuerdos de cuando era chiquita me hacen pensar que todo era diferentísimo. Todo era un potrero inmenso, no había centro comercial, no existía Hacienda Santa Bárbara... Me enteré muy vieja que eso era Usaquén. Cuando era chiquita lo que se veía como pueblo para mí eso era Usaquén y era allá lejos.

Lo que más me hace falta de Bogotá son los cines, escuchar música en español en esos sitios que tienen sillitas, los coros, las iglesias de Usaquén; me hace una falta loquísima el almuerzo ejecutivo, donde le dan a uno el menú, le dicen mamita el menú del hoy es papita, el arroz, carnita, pollito, eso es un sueño hecho realidad, porque acá se come muy mal; la ciclovía también era chévere y acá no hay nada ni parecido.

Una frase que tengo mucho en mi cabeza es ¿vale la pena?, es una forma de pensar las cosas, ¿vale la pena pelear con ese

tipo? ¿vale la pena? ¿vale la pena pedir la plata devuelta?, ¿vale la pena? La música que prefiero cantar son las canciones que canta mi papá, género guitarrita. El lugar donde me gusta estar es en mi cama. Un lugar para perderme es un libro. Mi comida preferida es el sushi. Mi gran amor es mi esposo. Mi héroe es mi papá, ¡total! Me produce miedo la incertidumbre. Mi peor pesadilla es que mi hijo se muera y una palabra que me define es la curiosidad. El lugar en el que prefiero estar en Usaquén es en una banquita en la plaza.

Índice

Agradecimientos	9
Introducción	11
Prefacio	13
Amaia	17
Beto	23
Catalina	29
Daniel	35
Eliana	41
Felipe	47
Gloria	53
Harold	59
Jorge	65
Lucía	71
Marcos	79
Nicolasa	85
Oliver	91
Pola	97
Quino	103
Rosa	109
Sergio	115
Tatiana	121
Victoria	127
Ximena	131
Zara	137
Sobre los protagonistas	143

179

